

**CB**

**24**

**Jacques Dupont**

**El mensaje  
de las  
bienaventuranzas**



**EDITORIAL VERBO DIVINO**  
Avda de Pamplona, 41  
31200 ESTELLA (Navarra) - Espana

1990

**“¿Has intentado alguna vez gritar en una chabola: “Dichosos los pobres...”? Yo no puedo soportar oír las bienaventuranzas proclamadas de cualquier manera y en cualquier momento de nuestras celebraciones. Los cristianos que las cantan, con bastante inconsciencia, con admirables melodías ortodoxas, ¿se dan realmente cuenta de lo que dicen? Las bienaventuranzas son un grito revolucionario. Y las han convertido en un medio de mantener bien protegido un orden social injusto...”.**

Esta reacción de un amigo expresa perfectamente la paradoja de las bienaventuranzas y el interrogante múltiple que nos plantean. ¿Qué hemos hecho nosotros con esas bienaventuranzas?

“*Dichosos...*”. El evangelio, la buena nueva que proclama Jesús es la dicha. ¿La proclaman todavía la actitud y la vida de los cristianos? Muchas veces hemos transformado esta llamada a la dicha en una religión triste, en una religión de obligaciones. Pero Jesús nos llama a la dicha.

“*¡Dichosos los pobres!*”. La buena nueva que grita Jesús es que Dios viene a establecer su reino; como un buen rey de su época, empezará restableciendo la justicia: “*¡Dichosos los pobres! Dios está ya cansado de veros pobres; viene a establecer su reino. ¡Se acabó ya! ¡Ya no seréis más pobres!*”

Las bienaventuranzas son la buena noticia de que Dios viene a liberar a todos los desventurados de su miseria. Pues bien, por un trágico contrasentido, han servido muchas veces en el curso de las edades, y a pesar de ellas mismas, para mantener y amparar

un orden social injusto, como si Jesús declarase  
, *Que gran suerte tenéis de ser pobres!*, *Seguid siendo  
lo toda vuestra vida* Y ya veréis más tarde en el cielo,  
*cómo os recompensa Dios!* Encontraréis en la página  
6 algunas citas, entre otras muchas que se podrían  
recoger, de escritos o de discursos de hombres políti-  
cos, de ricos, de cristianos, animados probablemente  
de muy buenas intenciones, pero que demuestran co-  
mo funcionan con frecuencia estas bienaventuranzas  
como un opio destinado a consolar a los pobres man-  
teniéndolos en su condición. La lectura de estos tex-  
tos nos hace daño. Ojalá nos incite por lo menos a la  
humildad y a pedir perdón. Si las bienaventuranzas  
han podido servir para aplastar a los pobres en vez  
de liberarlos, se comprende que haya habido, fuera  
de las iglesias o en contra de ellas, quienes hayan  
recogido para realizarlo este anuncio de felicidad del  
que nosotros habíamos perdido el sentido.

¿Como se ha llegado a ello? Han contribuido  
muchos factores: el deseo maquiavélico de los pode-  
res políticos o económicos de utilizar a la religión  
para mantener el 'orden' social, la tendencia de  
cierto cristianismo a abandonar las tareas humanas  
de este 'valle de lágrimas' para evadirse al 'más  
allá', la interpretación dada por Mateo que —mal  
comprendida— llevaba a glorificar la pobreza y a  
convertirla en una virtud, siendo así que para Jesús  
es un mal. ¿No es significativo que los católicos no  
conozcan prácticamente más que la interpretación  
de Mateo y que hayan conseguido la proeza de aco-  
modar a ella la interpretación de Lucas, totalmente  
distinta? Y quizá el principal motivo haya sido una  
lectura perezosa del texto que, olvidándose de las  
raíces que tiene en la predicación de los profetas,  
haya perdido su sentido.

Se trata, entonces, de una invitación a estudiar  
en serio este texto fundamental. ¿Como hacerlo? No  
se puede aconsejar a todo el mundo que lea las 1 558  
páginas que les ha consagrado Jacques Dupont, un  
benedictino belga cuyos estudios constituyen una  
autoridad para todo el mundo, sus tres volúmenes<sup>1</sup>

---

J Dupont *Les béatitudes* t I *Le problème littéraire* t II  
*La Bonne Nouvelle* t III *Les évangélistes* Gabalda Paris 2<sup>o</sup>1969  
1973 388 426 y 744 p

se leen sin embargo fácilmente y resultará siempre  
interesante referirse a ellos. Pero más valía sin duda  
pedirle al padre Dupont que nos presentase, de for-  
ma sencilla, lo esencial de su estudio. Lo había hecho  
ya en un retiro que había predicado a las benedicti-  
nas de Lovaina en 1975. Son esas conferencias, reco-  
gidas por la hermana M. Delmer y transcritas por A.  
M. y E. Laigneau las que os ofrecemos. J. Dupont las  
ha revisado con esmero y es para nosotros una ale-  
gría publicarlas.

Al mismo tiempo que como un estudio de las bie-  
naventuranzas, este cuaderno se presenta como una  
aplicación ejemplar del método de análisis de los tex-  
tos que se llama histórico-crítico. Muestra aquí su  
fecundidad sobre todo en dos puntos.

Nos permite, en primer lugar, darnos cuenta de  
la *evolución de las tradiciones*. Efectivamente, tene-  
mos dos interpretaciones de las bienaventuranzas,  
debidas a Mateo y a Lucas, y esas interpretaciones  
son diferentes. No hablan de lo mismo. ¿Es posible,  
para comprenderlas, remontarse a un estado ante-  
rior, más cerca del pensamiento de Jesús? Inspirán-  
dose en la práctica de Jesús y en su lectura de los  
profetas y comparando las dos versiones de las bie-  
naventuranzas, J. Dupont logra, de forma convin-  
cente, remontarse más allá de los evangelios escritos  
y reconstituir un primer estado de esas bienventu-  
ranzas. Esto le permite entonces volver a los textos  
de Lucas y luego de Mateo para ver cómo las ha  
interpretado cada uno en función de las necesidades  
de su comunidad.

Puede distinguirse al mismo tiempo el *corrumpien-  
to doctrinal* que se ha operado en la comunidad pri-  
mitiva. Las bienaventuranzas de Jesús eran, ante  
todo, *teológicas*. Jesús hablaba en ellas de Dios, del  
**Dios de los pobres** que viene a establecer su reino.  
Las bienaventuranzas de Mateo y de Lucas son más  
bien *cristológicas*: insisten en aquél por quien ha sido  
inaugurado este reino, *Cristo Jesús*.

En el centro del cuaderno encontrareis *el texto  
de las bienaventuranzas de Mateo y de Lucas*. Sería  
conveniente empezar por repasarlas atentamente y,  
¿por que no?, estudiarlas con la ayuda del *cuestiona-  
rio* que las acompaña. La lectura de este cuaderno  
será entonces más apasionante y provechosa.

NO PERTURBEIS  
EL ORDEN NATURAL  
QUERIDO POR DIOS

*El rico es dádivoso, muremoslo, abandona sus palacios para visitar el chamo del pobre, desafiando su suciedad repugnante su enfermedad contagiosa, y cuando ha descubierto ese gozo nuevo se apasiona por el lo saborea y no puede desprenderse de el. Suponed que todas las fortunas son iguales, suponed que se suprime toda la riqueza y toda la miseria Nadie tendria medios para poder dar Habriais suprimido la mas tierna, la mas encantadora, la mas graciosa accion humanitaria Tristes reformadores, habriais estropeado la obra de Dios, al querer retocarla Dejados, por favor dejados el corazon humano tal como Dios nos lo ha hecho*

A Thuers, De la propiете, p 80

LLAMADA A LA PACIENCIA  
Y A LA ESPERANZA

Permitidnos hijos queridissimos que os anunciemos también a vosotros esa bienaventuranza que ya es la vuestra la bienaventuranza de la pobreza evangelica Permitid que al mismo tiempo que nos ocupamos de todas las maneras posibles por aliviar vuestras penas y procuraros un pan más abundante y más fácil os recordemos que el hombre no vive solamente de pan y que todos tenemos necesidad de otro pan el del alma esto es el de la religion el de la fe el de la palabra y de la gracia divinas Y permitid que además os digamos que vuestra humilde condicion es más propicia que las otras para el reino de los cielos es decir para los bienes supremos y eternos de la vida si la soportais con paciencia y con esperanza en Jesucristo

Pablo VI a los campesinos de América latina  
(23 8 1968)

COMO MANTENER EL ORDEN EN UN ESTADO

En cuanto a mi no veo en la religion el misterio de la encarnacion sino el misterio del orden social atribuye al cielo una idea de igualdad que impide que el rico se vea asesinado por el pobre

Le religion es ademas una especie de inyeccion o de vacuna que satisfaciendo a nuestro gusto por lo maravilloso no garantiza contra los charlatanes y hechiceros los sacerdotes valen más que todos los Kant y demas soñadores de Alemania

¿Como mantener el orden en un esta

do sin religion? La sociedad no puede existir sin la desigualdad de fortunas y la desigualdad de fortunas no puede subsistir sin la religion Cuando un hombre muere de hambre junto a otro que nada en la abundancia le es imposible aceptar esa diferencia si no hay allí una autoridad que le diga Dios lo quiere así es preciso que haya pobres y ricos en el mundo pero luego en la eternidad el reparto se hará de otra manera

Napoleon (1801)

LLAMADA A LA RESIGNACION  
Y A LA CARIDAD

¿Como obligar a las clases obreras a aceptar silenciosamente el paro y la miseria? ¿Como hacerlos de pronto lo suficientemente ilustrados e inteligentes para convencerles de que no quieran solucionar con la violencia del fusil y del sable esos problemas formidables en cuya solucion se halla empenada desde hace treinta siglos la raza humana, sin haber encontrado mas que la solucion que expone el evangelho con su divina teoria y que se resume en estas palabras resignacion y caridad ?

(Cita recogida por J Benet, *Le capitalisme liberal et le droit du travail*, t I, 194)

EL POBRE, GLORIFICADO

Charlot no parece que sea un hombre religioso y mucho menos un santo, pero personifica al pobre que Cristo ha glorificado y cuya pobreza aceptada se convierte en fuente de gozo, de victoria Sin aguardar al gran dia de los revolucionarios tacticos o al paraiso de los cristianos calculadores, Charlot nos recuerda que la libertad, hija de la

EL POBRE, CONTENTO  
CON SU SUERTE

*La cuestión de las relaciones entre el rico y el pobre que tanto preocupa a los economistas quedará perfectamente solucionada cuando quede bien establecido que la pobreza no carece de dignidad que el rico tiene que ser misericordioso y generoso que el pobre debe contentarse con su suerte y su trabajo ya que ni el uno ni el otro han nacido para los bienes perecederos y que uno tiene que llegar al cielo por la paciencia y el otro por la generosidad*

León XIII Carta a la tercera orden de san Francisco 17 de setiembre de 1882

pobreza verdadera, esta ya puesta en el corazon de todos los hombres

Por el camino en que se va alejando, solitario y placido, dando vueltas a su baston, el vagabundo Charlot, ¿no es acaso la puerta del cielo la que se entreabre cuando la palabra fin aparece en el film de la vida? ¡Dichosos los pobres, porque es vuestro el reino de Dios! (Lc 6, 20)

Mons Etchegaray (8 1 1978)

# “DICHOSOS...” ¿QUE CLASE DE DICHA?

“¡Dichosos...!”. He aquí un punto en el que Mateo y Lucas están de acuerdo: lo que ha sido considerado desde siempre, desde hace dos mil años, como el resumen de todo el evangelio, las bienaventuranzas, es una buena noticia, un anuncio de felicidad.

Pero, ¿de qué felicidad se trata? ¿Y para cuándo? ¿Para esta vida presente o para el “más allá”?

La *bienaventuranza* es una fórmula de felicitación, de la que encontramos muchos ejemplos en el evangelio: por ejemplo, “*Dichosa tú, que has creído* (Lc 1, 45); “*¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! — Mejor: ¡Dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!*” (Lc 11, 27-28); cf. también Mt 11, 6 y paralelos; 13, 16 y paralelos; 16, 17... No se trata normalmente de un deseo ni de una promesa; se constata la felicidad y se la proclama; los destinatarios son ya felices en el momento en que se les felicita.

Las bienaventuranzas con que se abre el sermón de la montaña hablan, por consiguiente, de personas que son actualmente dichosas o, en todo caso, que lo serán en el momento en que vayan a padecer malos tratos. Quizá no se dan cuenta de ello y tendrán que tomar concien-

cia de su dicha, pero la verdad es que son dichosas. Las bienaventuranzas siguen interpelándonos hoy: cristianos, ¿os dais cuenta de que sois felices? Y si no lo sois, las bienaventuranzas os obligan a preguntaros por qué no lo sois. Jesús quiere hacer de sus discípulos hombres dichosos; no concibe que puedan ser discípulos suyos sin ser dichosos.

Hay muchas maneras de concebir la dicha. Para muchos está vinculada a la idea de posesión: es feliz el que posee todo lo que desea. Esto es muy discutible y, en todo caso, no es así como Jesús comprende la dicha. A otros les gustaría reducir la dicha a contentarse con lo que se tiene, a aceptar buenamente la situación, pero no es esa la perspectiva de las bienaventuranzas, que van dirigidas manifiestamente a personas insatisfechas.

La dicha de la que hablan las bienaventuranzas no excluye las contrariedades ni el sufrimiento. Se refieren precisamente a unas personas a las que se considera desgraciadas. Es nuestra concepción de la felicidad lo que habrá que revisar. En función de las bienaventuranzas, parece ser que la felicidad de los cristianos implica tres cosas: tener un porvenir por delante - cumplir ac-

tualmente ciertas condiciones - apoyarse en alguna cosa que ya ha pasado.

## 1. Un porvenir por delante

Las personas dichosas de las que habla aquí Jesús son felices ahora en virtud del *porvenir* que se abre por delante de ellas.

La dicha actual de la que tienen que tomar conciencia no excluye ni mucho menos la experiencia del sufrimiento; pero lo que el presente contiene todavía de penoso queda iluminado por lo que tiene que venir después. Esas personas son *dichosas* porque tienen una *esperanza* magnífica, en el sentido en que Pablo habla del gozo de los que esperan: "*spe gaudentes*" (Rom 12, 12).

Las bienaventuranzas se dirigen hacia el porvenir mediante la promesa que contiene su segundo miembro. Y es precisamente esa tensión entre la primera parte, que describe situaciones poco halagüeñas, y la segunda parte, que evoca un porvenir totalmente distinto, lo que caracteriza a la esperanza.

Aquí hay que ponerse en guardia contra todas las interpretaciones que se empeñan en eliminar la dimensión futura de las bienaventuranzas y en reducir al presente el objeto de su promesa. La tensión entre los dos miembros de cada bienaventuranza parece esencial para la comprensión exacta de la dicha de que se habla. No es inútil insistir en ello.

La segunda bienaventuranza promete a los *mansos* que poseerán la tierra. A veces se la explica de esta manera: los duros intentan hacerse con todo por la violencia, pero el poder así adquirido es necesariamente frágil y está continuamente amenazado; los mansos, por el contrario, obtienen todo cuanto quieren por el afecto que se granjean por parte de los demás. No. Aquí no se trata de ningún dominio terreno, ni de la expresión de una experiencia corriente. La "tierra" que se promete en posesión pertenece al mundo venidero.

La séptima bienaventuranza declara que los *pacíficos* serán llamados hijos de Dios. Algunos creen que se trata aquí de la veneración con que los hombres rodean a quienes deben el gran don de la paz. No. Esta bienaventuranza afirma que *Dios* llamará a los que son artífices de la paz y hará de ellos sus propios hijos en el mundo venidero.

El sentido de la primera bienaventuranza no es distinto, aun cuando la promesa se formule allí en presente: *de ellos es el reino de los cielos*. Sí, el reino os pertenece a vosotros, los pobres, aunque no lo gocéis todavía. Os toca a vosotros, pero no se os entregará efectivamente más que cuando llegue, según se dice en la oración: "¡Venga a nosotros tu reino!".

La dicha de que hablan las bienaventuranzas se presenta entonces ante todo como vinculada a una promesa, como el resultado de una maravillosa esperanza. Es una felicidad vuelta hacia el porvenir, que anticipa por la esperanza lo que queda por venir.

## 2. Cumplir actualmente ciertas condiciones

Esta esperanza no puede separarse de una realidad vivida *en el momento presente*.

Entre la primera palabra de cada bienaventuranza, *Dichosos*, y la promesa que se formula en el segundo miembro, hay ciertas indicaciones que se refieren al presente. Se trata de personas que se encuentran en una situación de pobreza material o espiritual, de privación (de pan o de justicia), que no tienen nada que ver con la violencia ni ocultan ninguna falsía en su corazón. La última bienaventuranza tiene en cuenta una dicha futura, que coincide con el momento en que sus destinatarios tendrán que sufrir por su fe.

En la perspectiva del reino venidero, las bienaventuranzas no invitan a alegrarse a todo el mundo ni a cualquier individuo. Van dirigidas a ciertas categorías de personas, caracterizadas por sus situaciones o sus disposiciones de espíritu. A ellas es a las que se ofrece la esperanza. Suponen, por tanto, ciertas condiciones sobre las que volveremos más adelante. Esta dicha no se arraiga en un terreno cualquiera. Necesita un suelo en donde tomar raíces, un suelo de una calidad especial que le permita cobrar vida y transfigurar la existencia del cristiano.

## 3. Apoyarse en el pasado

Arraigada en el presente y abierta hacia el porvenir del reino de Dios, la dicha de que hablan las bienaventuranzas tiene también ciertas adherencias con *un pasado*

concreto: aquel momento en que se pronunciaron por primera vez. O mejor dicho, lo importante no es aquí el tiempo, sino *la persona* de aquel que, al proclamarlas, se presenta como garantía de las mismas. ¿Quién es ése que pretende decir a los hombres dónde está la verdadera dicha? “¿Quién soy yo, para vosotros?”: preguntaba ya a sus primeros discípulos. A esta pregunta no basta con responder con un nombre o con un título; cuando Pedro le respondió “Tú eres el Cristo”, poco después oyó que Jesús le trataba de “Satanás”. Sin embargo, la respuesta “Tú eres el Cristo” es correcta; pero hay que darse cuenta de lo que esto significa: tú eres aquel que habían anunciado los profetas, aquel que Dios nos había prometido, aquel que los hombres aguardan. El hecho de que tú lo seas lo cambia todo en la historia humana y en la vida de cada uno de nosotros. Tú anuncias el reino de Dios; pero, como tú estás ahí, el reino de Dios se ha hecho muy cercano a nosotros. Todavía seguimos rezando para que llegue ese reino; pero, como tú has venido, ese reino ha comenzado ya. No es simplemente objeto de anhelo y de esperanza; se ha convertido en objeto de fe, esa fe que te reconoce por lo que eres, el Cristo, aquél después del cual ya no hay que esperar a ningún otro.

El *porvenir dichoso* que prometen las bienaventuran-

zas se ha hecho *realidad presente* en la persona de Jesús. Encuentra en él su garantía.

Pero Jesús no es solamente aquél en quien el porvenir se ha hecho presente. Es aquel que da al presente una figura nueva. Ese presente que las bienaventuranzas caracterizan como un tiempo de pobreza y de privaciones, de mansedumbre y de pureza de corazón, de persecución por la fe y por la justicia; es también el presente que Jesús ha asumido en su existencia terrena. Las bienaventuranzas no son la expresión de un ideal abstracto, sino que reflejan la experiencia vivida por Jesús en su existencia humana.

Jesús sabe de qué habla y es su experiencia de hombre lo que hay que saber reconocer en las bienaventuranzas: una experiencia que nos invita a compartir. La dicha de que aquí habla Jesús es ante todo su propia dicha. Una dicha donde queda sitio para la cruz. Una dicha que, para nosotros, brota de la esperanza que él nos da por su cruz. Una dicha que será a la medida de nuestra fe en él. ¿No dijo acaso a sus discípulos que había venido “para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total” (Jn 15, 11)?

Por tanto, que sea él quien nos enseñe a ser dichosos.

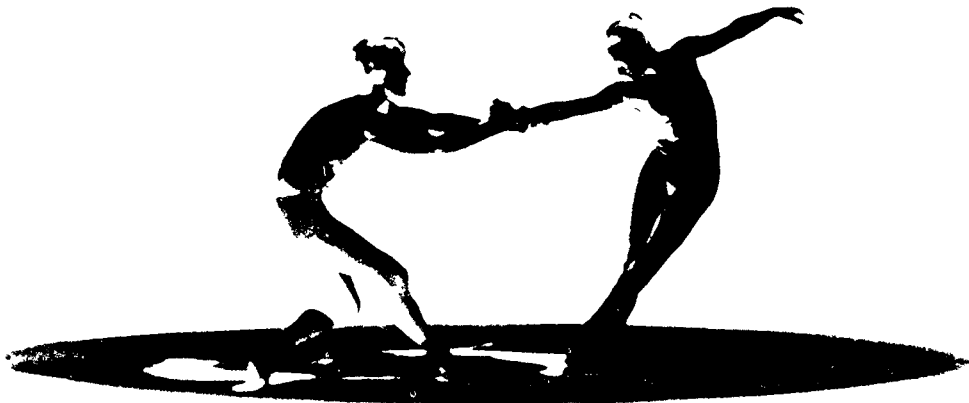


Photo G. Courty

“La alegría que encuentra el marido con su esposa la encontrará tu Dios contigo” (Is 62, 5).

# LAS BIENAVENTURANZAS ANTES DE LOS EVANGELIOS

Las bienaventuranzas nos han sido transmitidas por Mateo y por Lucas.

Se ha observado entre ellos cierto número de *concomitancias*. Los dos recogen la misma palabra ¡*Dichosos!* Los dos están de acuerdo en colocarlas al frente de una especie de discurso-programa que pronuncia Jesús al comienzo de su ministerio, un poco antes en Mateo que en Lucas. También hay en los dos una diferencia muy clara entre las primeras bienaventuranzas y la última, tanto en el tono general como en el estilo: mientras que las primeras son breves y están bien acuñadas, la última se despliega con cierta amplitud. Esto nos mueve a tratar por separado estos dos grupos de bienaventuranzas.

Pero ante todo llaman la atención sus *divergencias*.

Se dan en primer lugar para el discurso del que son exordio. En Mateo constituyen el comienzo del largo discurso de tres capítulos (Mt 5-7) que llamamos "sermón de la montaña"; en Lucas, son el comienzo de un "discurso en la llanura" mucho más corto (medio capítulo: Lc 6, 20-47); este discurso se encuentra recogido casi íntegramente en el sermón de Mateo, pero sus perspectivas son bastante distintas. El discurso de Lucas está centrado

casi exclusivamente en el amor al prójimo; Mateo se interesa sobre todo por la manera con que las exigencias del evangelio constituyen una superación respecto a las exigencias de la ley judía, tal como se la interpretaba en el siglo I.

En cuanto a las bienaventuranzas mismas, la primera diferencia que se advierte es la del número: Mateo tiene 9; Lucas sólo 4, pero las hace seguir de otras cuatro sentencias que recogen exactamente la otra cara de las bienaventuranzas: *¡ay de vosotros, los ricos, los que estáis saciados, los que ahora reís, de los que habla bien todo el mundo!*

La diferencia de contenido es la más importante: la razón de la dicha no parece ser la misma para Mateo que para Lucas. Lucas considera situaciones penosas (*Dichosos los pobres... Dichosos los que ahora pasáis hambre...*), mientras que Mateo tiene en cuenta actitudes del alma, disposiciones espirituales (*Dichosos los pobres de espíritu... Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia...*). Estas dos series de bienaventuranzas se sitúan en dos planos distintos; no hablan de la misma cosa.

No tienen por qué extrañarnos estas divergencias.



Tomemos dos periódicos de opiniones políticas diferentes; el informe que dan de una declaración importante se parece muy poco el uno al otro; cada uno recoge y subraya lo que le interesa, lo que corresponde a sus preocupaciones. Esto nos parece natural, y un mínimo de espíritu crítico nos permite poner las cosas en su punto. De la misma forma, los evangelistas no se proponen transmitirnos unos informes neutros y estrictamente objetivos de lo que dijo Jesús. Nos presentan más bien un testimonio "comprometido": intentan hacer comprender a sus lectores cristianos lo que significan a su juicio las palabras de Jesús para los cristianos que vivían unos cincuenta años más tarde. Las palabras de Jesús no son piezas de museo para que las contemplemos detrás de una vitrina; son un mensaje de vida, están hechas para ser vividas, para dar la vida, y no se comprenden en su verdadero sentido más que cuando se las vive.

Pero sigue siendo verdad que tenemos dos series de bienaventuranzas diferentes. ¿Cómo apreciarlas? No basta con compararlas entre sí; habría que poder compararlas con lo que Jesús dijo. Para intentar delimitar los informes diferentes que dan dos periódicos, podemos procurar remontarnos a su fuente, a los despachos de agencia, o a los propios testigos del acontecimiento. De la misma manera, para intentar un acercamiento a las bienaventuranzas de Jesús se nos ofrecen dos caminos convergentes: volver a situarlas en la vida de Jesús para encontrar allí palabras o hechos que presentan las mismas resonancias, o recurrir al mensaje de los profetas que inspiraron estas bienaventuranzas.

Vamos a considerar en primer lugar las bienaventuranzas relativas a los pobres, y luego la bienaventuranza de los perseguidos por causa de Cristo. Las primeras nos ofrecen sobre todo *el punto de vista de Jesús* nos pre-

sentan a Dios como el Dios de los pobres; la última nos hace descubrir el *punto de vista de la comunidad primitiva*, que está centrado ante todo en Cristo.

## LA ESPERANZA DE LOS POBRES

En el corazón de su miseria socio económica y aguardando a que sean proclamadas las bienaventuranzas evangélicas los pobres del Antiguo Testamento han conocido una esperanza que expresan cada uno a su modo: la ley, los profetas y los otros escritos. En este sentido la ley es el *derecho* de los pobres, los profetas son la *voz* de los pobres y los demás escritos cantan el *gozo* de los pobres. Porque tienen un derecho, una voz y un gozo, los pobres del Antiguo Testamento pueden como Abrahán esperar contra toda esperanza (Rom 4, 18).

Al leer estos textos del Antiguo Testamento se ve en perspectiva el mundo en que vivimos. Se imponen soluciones concretas. Si nuestra sociedad deja a los pobres sin derecho, no es más que una sociedad sin ley, ya que lo único que busca entonces es restablecer el equilibrio social. Si nuestra sociedad deja a los pobres sin voz, no es más que una sociedad sin profetas, ya que entonces nadie intenta despertar las conciencias dormidas. Si nuestra sociedad deja a los pobres sin gozo, no es más que una sociedad incapaz de escribir un nuevo capítulo de su propia historia, ya que nada orienta su mirada hacia un porvenir mejor. Al asegurar a los pobres su derecho, su voz y su gozo, es como una sociedad vive de veras, la ley, los profetas y los otros escritos.

J. Martucci *Cri de Dieu, espoir des pauvres* Paulines  
Paris 1977 33 y 65

# I. Las bienaventuranzas relativas a los pobres

## LAS BIENAVENTURANZAS EN LA VIDA DE JESUS

Hay dos episodios en la vida de Jesús que suponen un trasfondo parecido al de las bienaventuranzas.

Mt 11, 2-6 y Lc 7, 18-23 refieren que Juan bautista, desde el fondo de su prisión de Maqueronte, envió unos emisarios a Jesús para preguntarle: “¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?”. Se palpa cierta decepción por parte de Juan. El había anunciado un justiciero terrible, con el biello en la mano para aventar su parva y quemar la paja en una hoguera que no se apaga, con el hacha en la base de los árboles para cortar todo árbol que no da fruto y echarlo al fuego. Pero Jesús desconcierta a Juan al adoptar una postura totalmente distinta.

A aquel profeta empapado en las escrituras, Jesús le da la respuesta más convincente: “*Id a contarle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia*” (Mt 11, 5). Lucas insiste en la misma idea añadiendo un versículo inmediatamente antes de esta respuesta: “*Entonces mismo curó Jesús a muchos de enfermedades, ataques y malos espíritus, y a muchos ciegos les devolvió la vista*” (Lc 7, 21), y coloca en este momento el relato de la resurrección del joven de Naín (7, 11-17). Jesús realiza, por tanto, signos concretos, cura enfermos físicos (y no espirituales), resucita a un muerto y da entonces la significación de esos gestos: se trata para él del cumplimiento de las profecías. Efectivamente, en su respuesta recoge los términos con que el profeta Isaías anunciaba la venida del reino de Dios (Is 26, 19; 29, 18; 35, 5-6; 61, 1). Así, pues, Jesús es aquél a quien se esperaba. Con él se realizan los oráculos de salvación

de Isaías, una salvación destinada, como privilegio, a los pobres y a los desgraciados.

El último signo —la buena nueva anunciada a los pobres— parece el más importante y el más transparente; Jesús se identifica con el personaje del que habla el oráculo de Is 61: “*El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres*”.

Es precisamente este texto de Is 61 el que forma el comienzo del discurso-programa de Jesús, según Lucas, en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16 s). Después de su lectura, Jesús declara simplemente: “*Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje*”.

De esta forma, por sus actos y sus palabras, Jesús pretende proclamar una buena nueva a los pobres. ¿No es éste el trasfondo común de las bienaventuranzas? Pero para comprender debidamente lo que se realiza de esta manera, hay que repasar estos anuncios proféticos, ya que tanto por sus palabras (bienaventuranzas, discurso de Nazaret), como por sus milagros, Jesús demuestra que han sido cumplidos por él.

## LOS PROFETAS ANUNCIAN LA LLEGADA DEL REINO DE DIOS

Jesús ha recogido el tema de la *buena noticia* (*euangelion* = evangelio) y el de *anunciar la buena noticia* (*euaggelizomai* = evangelizar) de la segunda parte del libro de Isaías.

Recordemos ante todo el texto más importante, el que Jesús cita en Nazaret:

*El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido.*

*Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren,*

*para vendar los corazones desgarrados,  
para proclamar la amnistía a los cautivos  
y a los prisioneros la libertad...  
para consolar a los afligidos...*

*Comeréis la opulencia de los pueblos,  
y tomaréis posesión de sus riquezas (Is 61, 1-6).*

El oráculo de Is 49, 9-13 va en este mismo sentido:  
*Decid a los cautivos: "Salid";*

*a los que están en tinieblas: "Venid a la luz";  
no pasarán hambre ni sed,  
no les hará daño el bochorno ni el sol;  
porque nos conduce el compasivo  
y los guía a manantiales de agua...  
Exulta, cielo; alégrate, tierra;  
romped en aclamaciones, montañas,  
porque el Señor consuela a su pueblo  
y se compadece de los desamparados.*

Podrías leer también otros textos que datan de la misma época, como Is 35, 5-6 y los textos en que aparece la palabra *anunciar la buena noticia*: Is 40, 9; 52, 7; 60, 6, así como Sal 96, 2 (en la versión griega).

Para darles todo su sentido es importante situar esos textos en su contexto histórico. Cuando predicaban esos discípulos de Isafas que han compuesto estos oráculos, el pueblo conoce o acaba de conocer el destierro en Babilonia, lejos de su tierra, después de haber perdido su templo, su rey, todo lo que constituía su seguridad; ha conocido la tragedia de la deportación que nos describen con tanto realismo los bajorrelieves asirios: hombres empalados, guerreros desollados vivos, mujeres violadas, niños destrozados contra las piedras, hambre, sed... En semejante contexto las palabras *pobre, afligido, cautivo*, o, al revés, *liberación, buena noticia*, toman un sentido muy concreto.

Para devolver la esperanza al pueblo, estos profetas le anuncian la llegada muy próxima del reino de Dios. Casi todos estos textos proclaman: *¡Tu Dios reina!* o *¡Tu Dios se ha hecho rey!* *¡Tu Dios ha inaugurado su reino!* Este es el contenido de la buena noticia para Isafas. Pero ese reino ¿cómo lo vamos a ver? Isafas ofrece algunos signos: los cautivos son liberados, los cojos pueden andar, los afligidos son consolados; en una palabra, los pobres escuchan la buena noticia.

El profeta anuncia la llegada del reino y da algunos signos. Está claro que Jesús quiso mostrar que ese anuncio era realizado por él: él es el que cumple esos signos (milagros en favor de los cojos, de los ciegos, de los muertos...) y proclama: *La buena noticia se proclama a los pobres, o también: ¡Dichosos los pobres!*

## JESUS INAUGURA LA LLEGADA DEL REINO DE DIOS

Por tanto, es evidente que si se declara dichosos a los pobres, es porque el reino de Dios va a actuar en su favor; la llegada del reino va a traer el final de sus sufrimientos; los afligidos son dichosos porque el reino de Dios va a traerles el consuelo...

La relación de las bienaventuranzas con la segunda parte de Isafas, y más concretamente con Is 61, trae consigo cierto número de consecuencias.

1. Es posible reconstruir una versión de las bienaventuranzas que podría considerarse como el punto de partida de las dos versiones de Mateo y de Lucas. Estas se nos presentan como dos relecturas cristianas de una versión primitiva más antigua. De ella formaban parte ciertamente las tres primeras bienaventuranzas de Lucas y las bienaventuranzas correspondientes de Mateo:

## REINO — REINADO — REALEZA

Estas tres palabras traducen la misma palabra hebrea, aramea o griega. Convendría elegir, en la traducción, la palabra más adecuada al contexto.

Propiamente el *reino* pertenece sólo a Dios, por tanto, cuando se refiere a los pobres, habría que decir, como hace la *Nueva Biblia española*, que tienen a Dios por rey."

Mateo prefiere hablar del reino de los cielos en vez del reino de Dios, pero el sentido es el mismo (no se trata de un reino extraterrestre). Por respeto al nombre de Dios, los judíos evitaban pronunciarlo y lo sustitúan por un equivalente *Cielos* equivale aquí a *Dios*.

*Dichosos los pobres  
porque el reino de Dios (o de los cielos)  
es suyo.*

*Dichosos los que tienen hambre  
porque serán saciados.*

*Dichosos los afligidos  
porque serán consolados.*

2. No es de gran utilidad insistir en cada uno de los términos tomados en sí mismos; el grupo de los pobres no es realmente distinto del de los que tienen hambre. Se trata de personas desgraciadas que carecen de lo necesario o que no se ven atendidas en sus aspiraciones más profundas.

3. A esos desventurados es a los que Jesús declara que son dichosos. Y esa dicha que les toca es una consecuencia de la llegada del reino de Dios. Al decidir establecer su reino, Dios quiere manifestar su solicitud con los que sufren, con los que son desgraciados. Dios quiere proporcionarles la felicidad de que están privados. Dios quiere de esta forma hacer de su reino una manifestación de su misericordia para con los desgraciados.

Podría traducirse: "Dichosos los pobres, porque Dios se ha cansado ya de veros sufrir, porque Dios ha decidido demostrar que os quiere".

Vemos entonces toda la profundidad teológica que este trasfondo de Isaías da a las bienaventuranzas. Es la imagen de Dios la que allí se muestra.

## EL DIOS DE LOS POBRES

Hemos de detenernos a estudiar el motivo por el que Jesús declara dichosos a los pobres. ¿Por qué razón supone que los pobres se encuentran en una situación privilegiada respecto al reino de Dios? Veremos que de este modo es el rostro mismo de Dios el que él nos revela, el Dios de los pobres, el rey que pone su poder al servicio de los desvalidos.

### 1. EL EMPLEO DE LA PALABRA "POBRE" EN EL NUEVO TESTAMENTO

La palabra "pobre" aparece 25 veces en los evangelios.

Hay un primer grupo de textos fácil de delimitar: son aquéllos —20 veces— en que los pobres son sencillamen-

te los *necesitados* a quienes hay que dar limosna. Jesús le pide, por ejemplo, al joven rico: "Ve, vende tus bienes y da el dinero a los pobres". Igualmente, Zaqueo declara a Jesús: "*Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres*". Estos pobres son, pues, los necesitados, las personas incapaces de procurarse por sí mismas lo necesario para vivir y que se ven obligadas por consiguiente a confiar en la caridad de los demás. Tenemos un ejemplo bien claro de ello en la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro (Lc 16, 19-31), donde se nos presenta la miseria total de un pobre a la puerta del rico. En esos 20 textos el sentido es claro.

Quedan cinco casos en donde los pobres se nos presentan como los destinatarios de la buena nueva, en relación con el oráculo de Is 61. Pues bien, en ellos no se mencionan nunca a los pobres solos; siempre están al lado de ellos otros desgraciados. En el discurso de la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16 s), como en la respuesta de Jesús a los emisarios de Juan en Mateo (11, 5) y en Lucas (7, 21), los pobres están al lado de los encarcelados, de los ciegos, de los enfermos, de los oprimidos. En las bienaventuranzas de Lucas, los pobres están en compañía de los que tienen hambre, de los que lloran, de los que son perseguidos. En las bienaventuranzas de Mateo se trata de otra cosa: de los pobres de espíritu<sup>1</sup>, pero precisamente entonces no nos encontramos con el término "pobre" solo, sino especificado por la palabra "de espíritu".

Puede decirse, por tanto, que la palabra pobre —cuando no tiene esa precisión de Mateo— designa siempre en el evangelio a los menesterosos, a unas personas desgraciadas. A ellos es a los que, paradójicamente, se anuncia que son dichosos.

### 2. LA POBREZA, ¿UNA ACTITUD ESPIRITUAL?

Surge entonces fácilmente una objeción, que Albert Gelin formuló claramente hace varios años en su libro *Les pauvres de Yahvé*:<sup>1</sup> lo que Jesús anuncia a los pobres es la salvación de Dios. Pues bien, sabemos perfectamente que la salvación no está ligada a un estado sociológico o económico. No hay ningún estado sociológico que guarde, como tal, una relación con el reinado de Dios; ¿en qué

<sup>1</sup> A Gelin *Les pauvres de Yahvé* Cerf, París 1953. Ha aparecido de nuevo este libro con el título *Les pauvres que Dieu aime* en la col. Foi vivante n° 41.

podría ser más meritorio que otros estados para el cielo? Si uno se salva, es porque se lo ha merecido; y no tiene ningún mérito ser pobre. Por otra parte, entre los oyentes de Jesús no sólo había menesterosos, sino también por ejemplo, pequeños propietarios

Por consiguiente, cabe pensar que la pobreza de que habla Jesús es ante todo una apertura a Dios, una actitud espiritual. Para alcanzar esta pobreza espiritual, la pobreza material no es necesariamente, pero sí bastante normalmente un camino privilegiado. Así, pues, el que es declarado dichoso por Jesús no sería el pobre en cuanto tal, sino *el pobre que pone su confianza en Dios*, el que se abre a él con la confianza de la fe

Esta forma de interpretar la palabra "pobre" parece, sin embargo, muy difícil por las siguientes razones:

● introduce en esta palabra un sentido que no existe en otros lugares, al menos en los evangelios, a no ser evidentemente, cuando se la complementa por "de espíritu" Pero, cuando no existe esta añadidura ¿tenemos derecho a ponerla nosotros?

● siempre que se trata de los pobres en este contexto, van en compañía de los hambrientos, de los afligidos, de los cojos ¿Tendremos que espiritualizar igualmente a estos últimos para ver en ellos a los hambrientos espirituales o a los cojos espirituales?

● más inquietante todavía es el presupuesto tácito de esta interpretación. El mensaje religioso de Jesús, en estos dos casos, vendría solamente a confirmar la moral judía más oficial, según la cual los buenos serán recompensados y los malos castigados. En otras palabras, el

## LA POBREZA ES UN MAL

A pesar de lo que se ha dicho a veces del cristianismo éste no tiene un ideal de pobreza. La pobreza es un mal contra el que hay que luchar. Sólo puede haber en el cristianismo un ideal: el del amor.

A veces algunos se apoyan en la descripción idealizada de la comunidad primitiva: la de los Hechos para ver en ella una iglesia de los pobres. ¿Es esto tan seguro?

Allí se presenta a la comunidad de bienes como un ideal. *Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común* (2 44). *Lo poseían todo en común* (4 32). En su descripción de la iglesia de Jerusalén Lucas parece inspirarse en el tema griego de la amistad: intenta hacer ver a sus lectores que la unión de los primeros cristianos realizaba maravillosamente el ideal de la amistad que les es familiar. Según ese ideal los amigos lo ponen todo en común: no ya en el sentido de que cada uno renuncie a lo que posee sino en el de que pone todos sus bienes a disposición de su amigo. Está claro que este ideal de una amistad auténtica nos orienta no ya hacia un ideal de pobreza, sino hacia un ideal cuyo nombre cristiano es el de la caridad.

La observación de Hech 4 34 nos abre otra pista: *entre ellos ninguno pasaba necesidad*. Se trata de una alusión a Dt 15 4: *No habrá pobres entre los tuyos porque te bendecirá el Señor tu Dios a condición de que obedezcas al Señor*. El targum palestunense comentaba: *Si os aplicáis a los preceptos de la ley no habrá menesterosos entre vosotros ya que Dios os bendecirá*. Si uno pone sus bienes en común no es

para hacerse pobre por amor a un ideal de pobreza sino para que no haya pobres: el ideal que se busca es el de la caridad: el del amor verdadero a los pobres.

Por otra parte esta comunidad de bienes no es más que la expresión de una comunión más profunda: *en el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo* (Hech 4 32). La puesta de los bienes en común no es más que una consecuencia de la conciencia que se tiene de formar todos juntos una sola comunidad: un cuerpo en el que cada uno se siente solidario de todos los demás.

El ideal propuesto por Lucas no es ni de pobreza ni de desprendimiento sino más sencilla y profundamente un ideal de caridad fraterna. Se traduce no en amor a la pobreza sino en amor a los pobres: nos mueve no a hacernos pobres sino a velar para que nadie sienta necesidad. La pobreza de la que hablan las bienaventuranzas no se presenta ni mucho menos como un ideal propuesto a los cristianos. Constituye más bien una situación que indigna a Dios y que atenta contra su honor. No puede tratarse entonces más que de un ideal de amor que conduciría sin duda a empobrecerse para repartir con los que se encuentran necesitados para que dejen de ser pobres. El único ideal, el único voto religioso posible es el del amor.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cf J Dupont, *La pauvreté évangélique dans les Évangiles et les Actes*, en *La pauvreté évangélique*, Cerf, Paris 1971, 37-63.

reino de Dios no será más que una recompensa destinada a los que se la han merecido, y como se les promete a los pobres, habría que colocar a éstos entre los buenos, entre los que tienen mérito. Esto parece grave respecto al mensaje evangélico.

- se reduce de este modo la bienaventuranza a un lugar común de manual de moral.

- finalmente, esta interpretación no se preocupa de leer el versículo hasta el final. Hagámoslo nosotros.

### 3. DIOS Y LOS POBRES

¿Por qué se declara dichosos a los pobres? El texto lo dice explícitamente: los pobres son dichosos porque tienen a Dios por rey. Si queremos saber por qué son dichosos, tenemos que preguntarnos por qué tienen a Dios por rey.

El texto de las bienaventuranzas y, detrás de él, los oráculos de Isaías (y todo el conjunto del libro de la consolación y de su suplemento: Is 56-66) nos invitan a buscar la verdadera razón del privilegio de los pobres, no ya en la idea que a veces nos hacemos con mucha imaginación de sus virtudes, sino en la idea que los judíos del siglo I se hacían del reinado de Dios.

Pero ¿qué es ese reinado de Dios? Jesús no nos da nunca una definición del mismo. Ateniéndonos lo más posible a los textos, podemos decir: el reino o reinado de Dios es lo que pasa cuando Dios se manifiesta plenamente como rey. Cuando se habla del reino o del reinado, el punto de vista es esencialmente acto, dinamismo: Dios nos muestra que es rey interviniendo en la historia, haciendo algo en ella, actuando como un buen rey.

#### El rey ideal en el antiguo oriente

¿Qué idea se forjaban en Israel de un buen rey, de un rey ideal? Lo mismo que en los pueblos cercanos, Egipto o Mesopotamia, se atribuían al rey dos funciones:<sup>2</sup>

a. El rey tiene como primera función *asegurar la libertad de su pueblo frente a los pueblos extranjeros* que lo amenazan. El rey es el liberador de su pueblo. Hay cierto número de textos bíblicos que lo indican claramente.

Véase, por ejemplo, el final del cántico de Ex 15. Faraón y su ejército han perecido; el pueblo ha quedado libre; se termina con el grito: "*¡El Señor es rey!*". El Señor acaba de liberar a su pueblo, se ha manifestado como rey. Se ve luego a Dios mostrarse como rey suscitando salvadores para que liberen a su pueblo (libro de los Jueces). Se manifiesta finalmente como rey suscitando un rey humano encargado de liberar a su pueblo.

La segunda parte del libro de Isaías conserva exactamente el mismo punto de vista. El pueblo se encuentra entonces cautivo en Babilonia. Dios tiene que manifestarse como rey, tiene que inaugurar su reino liberando a su pueblo. La manifestación del reino de Dios será la vuelta maravillosa de los deportados de Babilonia, más admirable todavía que la liberación del primer éxodo.

Este primer aspecto del poder real, que podría llamarse nacional, no aparece nunca en las palabras de Jesús sobre el reino. El reino de Dios, para él, no se opone al dominio que Roma hace pesar sobre su país. Es éste un silencio característico.

b. Un rey digno de este nombre tiene que *ejercer además su misión liberadora dentro de su propio pueblo*. Tiene que asegurar a sus súbditos la justicia. ¿En qué consiste esta justicia? Se sabe muy bien, entonces lo mismo que hoy, que no todos los ciudadanos son iguales ante la ley, sino que de hecho los poderosos y los ricos tienen siempre la tendencia a explotar y a oprimir a los débiles y a los pobres. Aquí es precisamente donde interviene la justicia real: el rey es el protector del pobre contra el rico, el que hace respetar los derechos de la viuda y del huérfano, del oprimido y del extranjero. Hay demasiados textos para que los podamos citar todos. He aquí algunos ejemplos. El salmo 72 pide:

*Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de para que rija a tu pueblo con justicia, reyes: a tus humildes con rectitud.*

*Que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador. El librará al pobre que pide auxilio, al afligido que no tiene protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres; él vengará sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa a sus ojos.*

<sup>2</sup> Véase *Isaías* (Cuaderno bíblico n.º 23), 40-43.

Hasta los reyes asirios, aquellos tremendos bárbaros cuando se jactan de ser los protectores de los pequeños respetan este ideal. Es normal que Dios como rey ejerza este privilegio real.

El texto tan hermoso de Is 49 que canta la liberación anhelada muestra que Dios ha tenido piedad de sus pobres cuando se ha convertido en rey.

El salmo 146 nos da una especie de definición de Dios.

*Mantiene su fidelidad perpetuamente,  
hace justicia a los oprimidos,  
da pan a los hambrientos*

*El Señor liberta a los cautivos,  
el Señor abre los ojos al ciego  
el Señor endereza a los que ya se doblan  
el Señor guarda a los emigrantes  
sustenta al huérfano y a la viuda*

*El Señor reina eternamente,  
tu Dios, Señor, de edad en edad*

En un oráculo magnífico Isaías traza una descripción de los beneficios del reino de Dios (Is 11)

*Habitará el lobo con el cordero,  
la pantera se tumbará con el cabrito  
el novillo y el león pacerán juntos  
un muchacho pequeño los pastorea  
La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán  
juntas,*

*el león comerá paja con el buey  
No harán daño ni estrago por todo mi monte santo*

Al escuchar este texto se nos ocurre pensar que el león ante la paja no tendrá mucho apetito. ¡Peor para el león! El criterio del rey no es el apetito de cada uno. Su misión es asegurar a todos una justicia gracias a la cual los débiles no tendrán nada que temer de los fuertes. ¡Que se las arreglen los ricos! La preocupación del rey es que los pobres sean dichosos. Son ellos los que le interesan para con ellos tiene una misión.

El doble resultado de la intervención divina se afirma energicamente en el cántico de Ana.

*Se rompen los arcos de los valientes  
mientras los cobardes se ciñen de valor  
los hartos se contratan por el pan  
mientras los hambrientos engordan,  
la mujer estéril da a luz siete hijos  
mientras la madre de muchos queda baldía*

*El Señor da la muerte y la vida,  
hunde en el abismo y levanta,  
da la pobreza y la riqueza,  
el Señor humilla y enaltece  
El levanta del polvo al desvalido  
alza de la basura al pobre*

(1 Sam 2 4-8)

El Magnificat se hace eco de estas declaraciones.  
*Derriba del trono a los poderosos  
y exalta a los humildes,  
a los hambrientos los colma de bienes  
y a los ricos los despide de vacío*

(Lc 1 52-53)

Esto basta para que nos demos cuenta de lo que parece ser el presupuesto de la bienaventuranza de los pobres.

### Dios, un rey para los pobres

Jesús proclama que Dios ha decidido establecer su reino y manifestar su poder real. Entonces ¿quién se va a aprovechar de esta nueva situación? Evidentemente los pobres, los oprimidos, los aplastados. Si Dios es de verdad un rey digno de este nombre —¿y cómo no lo va a ser?— ejercerá su poder en favor de los pobres y de los pequeños y les vendrá bien a los pobres que Dios mismo sea su protector, su defensor. Entonces serán felices.

Así pues se abre una esperanza maravillosa para los pobres. Esto no quiere decir que sean mejores que los demás, más piadosos, más virtuosos. La afirmación de Jesús se basa en un presupuesto que no procede de la psicología de los pobres sino de la psicología de Dios en un presupuesto teológico. *La afirmación de Jesús se basa en cierta idea que él se hace de Dios en cuanto rey.* Dios tiene la obligación de dar la ventaja con su justicia a los pobres, a los pequeños, a los débiles, a los que han sido explotados y oprimidos. No hemos de hacer de las bienaventuranzas una interpretación moralizante. El mensaje cristiano no tiene en primer lugar la finalidad de recordar a los hombres los principios morales que pueden muy bien conocer por otra parte. El cristianismo no es solamente un apoyo más en favor del orden moral sobre el que reposa la sociedad. El cristianismo es esencialmente ante todo y sobre todo la buena nueva. El evangelio no se desinteresa de la moral, pero se interesa ante todo por una conducta que no es simplemente la de

la moral natural y de sus criterios Respecto a la moral natural, el evangelio es más bien peligroso; es un explosivo, tiene algo de revolucionario. Corre el peligro de llevarnos mucho más lejos que las reglas de una moral perfectamente sabia.

En nuestra interpretación de la primera bienaventuranza "*Dichosos los pobres*", tenemos que salir de una actitud demasiado estrechamente moralizadora, a la que le gustaría absolutamente fundamentar los privilegios de los pobres en sus méritos morales. Lo que está en discusión no son las disposiciones espirituales de los pobres, su psicología, sino las disposiciones reales de Dios. Lo que está en discusión, realmente, es la idea que nos hacemos de Dios.

Jesús se encuentra constantemente en conflicto con los fariseos de su tiempo precisamente en este punto. Para ellos, Dios es en definitiva un excelente contable. Pesa, calcula los méritos de cada uno y le paga a cada uno exactamente según sus méritos.

Pero el Dios de Jesucristo no es ese Dios. Y está por otra parte mucho más cerca del que anunciaban ya los antiguos profetas. Es un Dios que se caracteriza por su

predilección para con los más pobres y los más débiles, los más desvalidos y los más pequeños. Es un Dios que pone su pundonor en hacer felices a los que están privados de toda dicha humana. Un Dios que se pone de parte de los pobres y de los débiles y no a favor de los ricos y de los poderosos.

Si es ése precisamente nuestro Dios, se nos plantea un interrogante: ¿de qué parte estamos nosotros, los cristianos? No es posible estar del lado de Dios sin encontrarse al mismo tiempo del lado de los más desheredados de este mundo. Por eso, esta primera bienaventuranza nos hace pensar en el gran discurso de Jesús en Mt 25: seremos juzgados por nuestra conducta con los que tienen hambre, con los que tienen sed, con los que están desnudos, sin casa, con los enfermos y encarcelados "*Lo que hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo*".

Podríamos insistir más en ello, pero más vale simplemente maravillarnos de este Dios que tenemos. Así es como comprenderemos que no tenemos más remedio que ponernos de su lado y, por tanto, del lado de los pequeños y de los pobres.

## ¿FRACASO DE 2.000 AÑOS DE CRISTIANISMO?

Si el sentido de las bienaventuranzas es "*Dichosos los pobres*" porque en adelante ya no seréis pobres, puesto que se ha inaugurado el reino de Dios — se nos ocurre enseguida una objeción: basta mirar a nuestro alrededor para comprobar que los pobres siguen siendo pobres. El anuncio de felicidad que pronuncio Jesús se ha evaporado.

Plantear esta cuestión es plantear la del éxito o el fracaso de 2.000 años de cristianismo. En efecto, los judíos esperaban un mesías que estableciera el reino de Dios. Jesús, el mesías, ha venido simplemente a inaugurarlo, confiando a sus discípulos la tarea de establecerlo en el mundo. Comprobar que todavía hay pobres es, por tanto, plantear la cuestión de la eficacia de los cristianos.

Nuestra civilización occidental en concreto, aun cuando algunos intenten cortarle sus raíces, está basada en el cristianismo. ¿Como es entonces que en esta civilización el motor de la acción siga siendo de ordinario el dinero y no el servicio? Si, por ejemplo, un día quedara reducida o suprimida la escala salarial, ¿trabajarían tanto los más ricos (que tanto trabajan para serlo)? ¿Como es que la única manera de reconocer los

servicios de uno sea pagarle más? La única recompensa que se debería esperar, ¿no es precisamente la de haber podido hacer un servicio?

Entonces solo tendrían derecho a proclamar las bienaventuranzas aquellos que han hecho todo lo que podían con todos los medios posibles (reparto de los bienes, distribución de las responsabilidades, desde la acción sindical o política a la actividad profesional) en su propia esfera de influencia, para que no haya pobres. O si no, habrá que pedir estas bienaventuranzas humildemente, como una súplica para que Dios nos conierta y nos dé la fuerza de luchar así contra la pobreza y la miseria.

Pero también puede el creyente dar un sentido cristiano a sus diversas actividades humanas: contribuir a la curación de un enfermo, por ejemplo, ¿no podría ser vivido por un médico como una realización de las bienaventuranzas, lo mismo que luchar por la dignidad del hombre, por el desarrollo de los pueblos? Pero entonces la única recompensa que se puede esperar por ello no es precisamente el dinero, sino la certeza de haber contribuido, pobremente, a instaurar el reino de Dios.



## II. Perseguidos por causa de Cristo

Hemos intentado hasta ahora descubrir el sentido de las bienaventuranzas a nivel del pensamiento de Jesús. Lo hemos hecho partiendo de las tres primeras bienaventuranzas comunes a Mateo y a Lucas, centrándonos

sobre todo en la primera, que es la que da el sentido a las demás. Vamos a estudiar ahora la última bienaventuranza común:

*Dichosos vosotros  
cuando os insulten,  
os persigan  
y os calumnien de cualquier modo  
por causa mía*

(Mateo)

*Dichosos vosotros  
cuando os odien los hombres  
y os expulsen y os insulten  
y propalen mala fama de vosotros  
por causa de este hombre*

(Lucas)

Para estudiar esta bienaventuranza, empezaremos comparándola con las tres primeras para ver sus parecidos, pero sobre todo sus diferencias. Esto nos permitirá comprobar, en un segundo tiempo, que dice claramente lo mismo que las primeras; podremos entonces descubrir su pensamiento propio.

### 1. PARECIDOS Y DIFERENCIAS

El parecido esencial entre esta última bienaventuranza y las tres primeras es que se trata de nuevo de personas que sufren y que este sufrimiento constituye una afrenta, una injuria para la justicia de Dios. ¿Cómo permite Dios esta afrenta? Los salmistas se quejan muchas veces de que se encuentran en una situación desagradable (son pobres, están desamparados, enfermos...), pero

también, y quizá sobre todo, de que son víctimas de unos enemigos sin escrúpulos que se burlan de ellos, que les maltratan, que desean su muerte. En la tradición bíblica se observa un real parentesco entre los pobres — los hambrientos — los afligidos — los perseguidos.

Pero, más que el parecido, son las diferencias entre estas bienaventuranzas las que impresionan. Podemos señalar cuatro principales:

a. La situación que se contemplaba en las tres primeras era presente: se trata de personas que sufren la pobreza actualmente. La última piensa en el futuro: personas que no sufren todavía la persecución, pero a las que se anuncia que tienen que contar con padecerla algún día.

b. Las tres primeras bienaventuranzas se referían a los desgraciados en general; su situación va a cambiar con la llegada del reino de Dios. La última bienaventuran-

za se dirige a unos cuantos (“cuando os insulten”), a los que no se promete simplemente la dicha en el reino de Dios, sino una recompensa especial en dicho reino: “*Es-tad alegres y contentos, que Dios os va a dar una gran recompensa*”.

c. Se indica con claridad el motivo de su sufrimiento (y aquí está la diferencia principal): son perseguidos “*por causa mía*” (Mateo), o “*por causa de este hombre*” (lit.: del hijo del hombre) (Lucas). Sus sufrimientos les merecerán una recompensa particular, ya que los padecerán por causa de Cristo, por fidelidad a Jesucristo.

A veces se encuentra en los salmos un motivo semejante. Así, por ejemplo, el autor del salmo 44 exclama:

*Por tu causa continuamente sufrimos degüellos,  
nos tratan como a ovejas de matanza*  
(Sal 44, 23)

Este tema aparece con frecuencia en Jeremías; perseguido de muerte por sus enemigos, grita frecuentemente a Dios: “En el fondo, es por tu causa por lo que me persiguen y por lo que sufro... ¡Toma tú mi defensa, que es la tuya!”.

d. La cuarta diferencia caracteriza a esta última bienaventuranza en relación con las otras tres: estas persecuciones padecidas por los cristianos, por causa de su fe, se deberán a los judíos, a los mismos que habían perseguido a los profetas: “*Lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido*” (Mt); “*así es como los padres de éstos trataban a los profetas*” (Lc).

Por este último detalle nos damos cuenta de que esta última bienaventuranza supone la situación de la iglesia cristiana perseguida por causa de su fe; recoge el *eco de las experiencias dolorosas que había sufrido la iglesia primitiva*. En este contexto pasa a primer plano el motivo del sufrimiento: “*por causa mía*”. La persecución tiene que alegrar a los cristianos y merecerles una recompensa especial, porque la soportan por causa de Cristo.

## 2. ACLARACION MAS QUE DIFERENCIA

Acabamos de oponer la última bienaventuranza a las tres primeras. Es cierto que, a primera vista, la perspectiva es diferente. Podría decirse que las primeras son “teológicas”, que suponen cierta manera de concebir a Dios, la realeza de Dios y su justicia, que Dios está allí en

el centro; la última es más bien “cristológica”; Jesús está en el centro por el que se sufre.

Pero quizá no sea exacto oponer tan fuertemente estos dos puntos de vista. La última bienaventuranza nos aclara, nos explicita lo que estaba ya contenido en las primeras. Y nos invita a repararlas con mayor atención.

En las tres primeras, Jesús proclama a los pobres la buena noticia anunciada por Is 61: Dios se ha decidido a establecer su reino, a ejercer efectivamente su poder real. Pero esto supone que Jesús se presenta como el verdadero personaje de Isaías: “*El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia...*” Si los pobres pueden ser declarados “dichosos”, actualmente, es porque Jesús es el mensajero del que hablaba Isaías. La persona y la misión de Jesús estaban ya incluidas en las primeras bienaventuranzas: esto queda aclarado y pasa a primer plano solamente en la última. El hecho de padecer la persecución por causa de Cristo tendrá que ser motivo de alegría para los discípulos ante el pensamiento de la recompensa que van a obtener por ello. ¿Cuándo la recibirán? En lenguaje bíblico o evangélico hay que decir: en el momento del juicio

Pero entonces la última bienaventuranza supone además una enseñanza importante: *Jesús tendrá algo definitivo que decir en el momento del juicio*. No se trata solamente de su misión terrena, sino de su papel en el juicio. Es finalmente Jesús el que decidirá de la admisión en el reino de Dios y del lugar que le corresponde a cada uno. En aquel momento será bueno para los discípulos haber sufrido por causa de él, ya que este sufrimiento habrá creado un vínculo de solidaridad muy particular entre ellos y el que está encargado de juzgarlos. ¿Cómo queréis que este juicio sea imparcial?... ¡Han sufrido por él!

## 3. “POR CAUSA MIA”

Empezamos a ver un poco mejor por qué el sufrimiento padecido por causa de Cristo tiene que ser un motivo de alegría para el cristiano. Este sufrimiento hace más estrecha su solidaridad con aquél de quien depende la salvación en el último día. Es éste un pensamiento muy característico de los primeros cristianos y que se encuentra en todo el Nuevo Testamento. Recordemos algunos textos de los evangelios, de Pablo y de Pedro.

a. Para los evangelios, bastará con citar una sentencia de Jesús que debió parecer especialmente sabrosa a los primeros cristianos, ya que se la recoge seis veces en los evangelios, bajo dos formas distintas.

En su forma más sencilla la encontramos en Lucas y Juan: *"El que pretenda poner su vida al seguro, la perderá; y en cambio, el que la pierda, la recobrá"* (Lc 17, 33); *"Quien tiene apego a la propia existencia, la pierde; quien desprecia la propia existencia en el mundo, éste la conserva para una vida sin término"* (Jn 12, 25).

Mateo la presenta bajo otra forma: *"El que conserve su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la conservará"* (Mt 10, 39); *"Si uno quiere salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí, la conservará"* (Mt 16, 25).

En su primera forma, la promesa de vida eterna se relaciona con el hecho de sacrificar la vida presente. La segunda forma explícita esta sentencia, subrayando el motivo por el que se acepta perder la vida: *"por mí"*, por Cristo, por aquél de quien depende precisamente la obtención de la vida eterna.

Esta misma explicitación se encuentra en otros dos textos: Jesús promete la herencia de la vida eterna a quien *"haya dejado casa, o mujer o hermanos, o padres o hijos por el reinado de Dios"* (Lc 18, 29), a *"todo aquel que por mí ha dejado casa"*, etc. (Mt 19, 29). Se ve también aquí la tendencia de los primeros cristianos a acen- tuar el motivo cristológico: se sufre por causa de Jesús.

b. Es sobre todo san Pablo el que ha profundizado en el principio según el cual la solidaridad que establece el sufrimiento entre el cristiano y Cristo es prenda de eterna felicidad. Citemos algunos textos. Pablo exhorta a los filipenses a mostrarse firmes: *"A vosotros se os ha concedido el privilegio de estar del lado de Cristo no sólo creyendo en él, sino sufriendo por él"* (Flp 1, 29). *"Crear en Cristo"*, para Pablo, es una prenda de salvación; con mucha más razón lo será el hecho de sufrir por él. *"Estoy contento en las debilidades, ultrajes e infortunios, persecuciones y angustias por Cristo"* (2 Cor 12, 10). Por tanto, es una suerte poder sufrir por Cristo.

Pero hay otros textos, más numerosos, donde Pablo

da un paso más: no se trata solamente de sufrir por Cristo, sino con él. El objetivo de Pablo en su carrera, como la de un atleta en el estadio, es *"conocer a Cristo y el poder de su resurrección"*; para alcanzar este objetivo, el medio es el siguiente: tener *"solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte para ver de alcanzar como sea la resurrección de entre los muertos"* (Flp 3, 10-11). Los cristianos somos *"coherederos con el mesías; y el compartir sus sufrimientos es señal de que compartiremos también su gloria"* (Rom 8, 17).

c. Esta convicción no es exclusiva de Pablo. La primera carta de Pedro la expresa también en un texto más interesante todavía por el hecho de que se presenta como una especie de comentario de la última bienaventuranza: *"Estad alegres en proporción a los sufrimientos que compartís con el mesías; así también cuando se revele su gloria, desbordaréis de alegría. Si os escarnecen por ser cristianos, dichosos vosotros"* (1 Pe 4, 13-14). Se trata ciertamente de un comentario de la última bienaventuranza, pero entre ella y el comentario está la pascua. Está claro que estas reflexiones sobre el sentido del sufrimiento suponen el acontecimiento pascual.

A la luz de la pascua comprendemos mejor las ventajas que tiene sufrir no solamente *para* Cristo, no sólo *por* causa de Cristo, sino además *con* Cristo, compartiendo el sufrimiento de su cruz, ya que es éste para él el camino de la resurrección.

Para situar la última bienaventuranza en el contexto del ministerio de Jesús, hemos apelado al papel que le corresponderá a Cristo el día del juicio. Pero se impone una nueva perspectiva: Cristo no es ya solamente para nosotros el que tiene que juzgar a los hombres en el último día. Es ante todo aquel que ha sufrido y ha muerto por nuestra salvación. Bajo esta luz pascual, la última bienaventuranza no se dirige solamente a los que sufren *por* causa de ese Cristo que habrá de juzgarles; les concierne además, y sobre todo, por el hecho de que sufren con Cristo. Esta participación en los sufrimientos del crucificado se convierten en motivo de salvación y por tanto en motivo de alegría, ya que es la prenda de participación en su resurrección.

# Conclusión

En esta primera parte hemos intentado descubrir el sentido de las bienaventuranzas antes de los evangelios, el sentido que podían tener para Jesús. Hemos propuesto

igualmente una reconstrucción posible de las bienaventuranzas en una etapa anterior a la redacción de Mateo y de Lucas. Y hemos visto que la última bienaventuranza constituye una unidad claramente distinta de las tres primeras, que se refieren a los pobres, a los afligidos y a los hambrientos.<sup>1</sup>

## 1. LAS TRES PRIMERAS BIENAVENTURANZAS

Estas bienaventuranzas se nos presentan como una expresión de la buena nueva. Al declarar dichosos a los desamparados, a quienes el libro de Isaías presentaba como los privilegiados de la intervención de Dios al final de los tiempos, desean ante todo anunciar esta intervención, *proclamar la llegada del reino de Dios*. Por tanto, hay que reconocer en ellas una traducción concreta del mensaje central de Jesús: "El reino de Dios está cerca".

El presupuesto fundamental de estas bienaventuranzas se encuentra en cierta concepción del reino de Dios y de la manera con que Dios pretende ejercer su justicia real en favor de los pobres, de los oprimidos y de todos los que sufren. La intervención divina inminente estará en conformidad con la conducta que cabe aguardar del rey ideal, protector y defensor de los desventurados. Esencialmente *teológica*, es decir, centrada en *Dios*, esta perspectiva se interesa por los pobres en cuanto que permiten a Dios manifestar sus disposiciones para con ellos y la solicitud con que los rodea en virtud de la idea que él mismo se hace de sus atribuciones reales.

Veremos en los capítulos siguientes cómo esta pers-



<sup>1</sup> Recogemos, bastante libremente y con la benévola autorización de M. Gabalda, la conclusión del tomo II de *Les Béatitudes*, 379-381

pectiva teológica cedió pronto terreno a una reinterpretación *antropológica*, esto es, centrada en el *hombre*, en las disposiciones espirituales que hay que adoptar para participar de los beneficios del reino. Esta reinterpretación "catequética" es ciertamente muy antigua, anterior a la redacción de los evangelios. Es ella la que ha permitido convertir a las bienaventuranzas en el exordio del sermón de la montaña; las explicaciones de Mateo y de Lucas se aferran a ella, no para contradecirla, sino para completarla.

El significado teológico de las bienaventuranzas les da además un verdadero sentido *cristológico*, es decir, nos enseñan algo sobre Cristo. Jesús no es solamente un profesor de moral que enseña a los hombres los principios de una conducta conforme con su dignidad y su vocación; es ante todo el heraldo de la buena noticia de la salvación concedida por Dios. Pero no se contenta con proclamar únicamente con sus palabras esta buena noticia; la manifiesta además con su conducta para con los pequeños, los pobres, los enfermos, los desheredados de todo género, empezando por los pecadores. Tanto si se trata de las bienaventuranzas como de las parábolas, su palabra no puede separarse nunca de sus hechos, ya que no hace más que ilustrar su sentido y su alcance. Podemos entonces darnos perfectamente cuenta de que la misión de Jesús no consiste simplemente en anunciar la llegada del reino de Dios, sino que lo revela, ya que Dios manifiesta en ella lo que tiene que ser la realización de su reino. El ministerio de Jesús es, todo él, una primera epifanía del reino de Dios, que hace ya vislumbrar a los hombres la verdadera naturaleza de la realeza divina: realeza que no quiere dominar, sino salvar, y salvar ante todo, por pura gracia, a los hombres más desventurados, a aquéllos sobre los que pesan con mayor opresión las consecuencias del pecado.

## 2. LA ULTIMA BIENAVENTURANZA

La catequesis cristiana ha marcado con su sello el enunciado de la última bienaventuranza. Dentro de esta perspectiva, en particular, hay que procurar señalar que los sufrimientos padecidos por los perseguidos les son infligidos por causa de Cristo. Aunque la mayor parte de sus elementos encuentran sitio fácilmente en el contexto de la predicación de Jesús, hay que reconocer que, tomada en su significación global, esta bienaventuranza suscita dificultades que no encuentra la autenticidad de las primeras bienaventuranzas.

A diferencia de ellas, esta última no es una proclamación de la próxima intervención de Dios a fin de establecer su reino en beneficio de los que sufren; lo único que quiere es asegurar a los *crístianos perseguidos* la recompensa que les reserva el juicio final. El punto de vista es el de una *doctrina de la justa retribución* más bien que la de una afirmación de la justicia "real" ejercida por Dios en favor de los desamparados.

Mientras que el *sentido cristológico* es indirecto en las bienaventuranzas anteriores, aquí ocupa el primer plano. La recompensa que se promete a los perseguidos encuentra su razón de ser, no ya precisamente en los sufrimientos que tendrán que padecer, sino en el hecho de que sufren *por* Cristo. No está relacionada con la solicitud con que Dios mira a los desventurados y a los oprimidos, sino al papel que le corresponde a Jesús en la obtención de la salvación. Porque el sufrimiento se les inflige a los creyentes por causa de aquél de quien depende la salvación, por eso se convierte para ellos en motivo de alegría y de gozo. Aquel Cristo a quien la última bienaventuranza les invita implícitamente a mostrarse fiel, pase lo que pase, es también aquél por el que Dios quiere admitir a los hombres en su reino.

# LAS BIENAVENTURANZAS SEGUN SAN LUCAS

Hay algo que impresiona a primera vista cuando se leen las bienaventuranzas según san Lucas: van seguidas de lo que habitualmente se llaman las “maldiciones”. De hecho, no se trata, sin embargo, de maldecir, sino más

bien de lamentar. Quizá en vez de traducir: “¡Ay de vosotros!”, que puede tener un tono conminatorio, habría que traducir: “Sois desdichados vosotros...”. Vamos a estudiar sucesivamente estas dos series.

## I. “Dichosos vosotros...”

Hay dos rasgos particulares que caracterizan a las bienaventuranzas de Lucas: están escritas las cuatro en segunda persona de plural: “*Dichosos vosotros los pobres..., los que pasáis hambre...*” y añaden por dos veces el adverbio *ahora*: “*Dichosos los que ahora pasáis hambre..., dichosos los que ahora lloráis*”. El estudio de estos dos rasgos nos permitirá hacernos una idea de la existencia cristiana según Lucas.

### 1. BIENAVENTURANZAS DIRIGIDAS A LOS CRISTIANOS

Jesús, en Lucas, no se dirige a unas personas para hablarles de otras (“Dichosos los pobres, porque éstos tienen a Dios por rey”), sino que habla directamente a los pobres, a los que lloran: “*Dichosos vosotros, los pobres, porque tenéis a Dios por rey... Dichosos los que pasáis*

*hambre...". En la última bienaventuranza, sin embargo, no hay diferencia entre Mateo y Lucas, ya que los dos la dirigen expresamente a los perseguidos: "Dichosos vosotros cuando os insulten..."*

En el caso de esta última bienaventuranza, la razón del empleo del *vosotros* salta a la vista: Jesús dice *vosotros* dirigiéndose a los que son perseguidos por su causa. *Vosotros* son los discípulos, los cristianos. No hay que buscar más explicación al *vosotros* de las tres bienaventuranzas precedentes de Lucas: van dirigidas en este caso, no ya a los pobres, a los hambrientos, a los afligidos en general, sino a los *cristianos* que son pobres, desvalidos y perseguidos. Hay varias señales para confirmar que así es precisamente como hay que comprender este texto.

En relación con Mateo, el auditorio de Jesús está aquí más diversificado. En Mateo hay dos grupos: los discípulos y la gente (Mt 5, 1). En Lucas están seguramente los doce, a quienes Jesús acaba de escoger entre los demás discípulos (Lc 6, 13); pero están también esos otros discípulos que constituyen un "grupo" (v. 17), distinto a la vez de los doce y de la "muchedumbre" de gente venida de todas partes. Lo mismo que cuando la entrada de Jesús en Jerusalén (19, 37), Lucas se esmera en subrayar el gran número de los discípulos de Jesús. Los lectores cristianos comprenderán que el *vosotros* se dirige expresamente a ellos, sin limitarse a los apóstoles. Todos los discípulos deben sentirse aludidos.

Encontramos un procedimiento análogo en el discurso sobre el final del mundo, en la sección que anuncia las persecuciones que van a venir. Hay un versículo inspirado en Miqueas (7, 6), que refiere así Marcos: "*Un hermano entregará a su hermano a la muerte y un padre a su hijo; los hijos denunciarán a sus padres y los harán morir*" (Mc 13, 12). Lucas aplica esto directamente a los cristianos: "*Hasta vuestros padres y hermanos, parientes y amigos os entregarán y os harán morir a algunos*" (Lc 21, 16).

He aquí algunas razones para pensar que, al transcribir las bienaventuranzas, Lucas piensa en las condiciones de existencia de los cristianos de su tiempo. Esta misma idea quedará reforzada con el examen del adverbio "*ahora*".

## 2. "AHORA..."

Este adverbio se añade en dos ocasiones a las bienaventuranzas y otras dos a las maldiciones: "*Dichosos los*

*que ahora pasáis hambre, porque os van a saciar. Dichosos los que ahora lloráis, porque vais a reír... ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque vais a pasar hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque vais a lamentaros!*".

La última bienaventuranza revela un cambio del mismo género. Lucas no podía evidentemente hablar en ella de la dicha de los que eran perseguidos *ahora*, mientras habla Jesús; piensa solamente en las persecuciones que habrían de venir, en el tiempo de la iglesia. La adaptación no era difícil: "*Alegraos ese día, escribe, en el momento en que os maltraten*". En la primera bienaventuranza no se especificó esta misma nota; pero parece claro que hay que suponer en ella el sentido propio de todo el pasaje: se trata precisamente de los que son pobres "*ahora*".

A primera vista, todas estas indicaciones no cambian gran cosa; pero si miramos más de cerca, nos damos cuenta de que provocan un desplazamiento de acento muy significativo. Dos observaciones nos permitirán darnos cuenta de ello.

### a. El "ahora" de Jesús y el de Lucas

Para captar este desplazamiento de acento, preguntémosnos dónde habría puesto Jesús ese "*ahora*", si lo hubiera pronunciado.

Para Jesús, el tiempo de la salvación ha llegado con la misión que le ha confiado su Padre; se ha efectuado ya el giro decisivo de la historia de la salvación. Se ha pasado del "tiempo de la promesa" al "tiempo del cumplimiento". Es verdad que el reino de Dios no se ha manifestado aún en su gloria; tiene que venir todavía y se le pide a Dios que llegue su reino. Esto no impide que el reino esté ya presente de alguna manera, irrumpiendo en el presente, el presente de Jesús. Esto es precisamente lo que proclama Jesús en la sinagoga de Nazaret; siguiendo la lectura de Is 61, comenta: "*Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje*" (Lc 4, 16 s); ahora ya habéis entrado vosotros en el hoy de la salvación.

Si aplicamos este principio de las bienaventuranzas, oiremos a Jesús proclamar: "*Dichosos los pobres, porque ahora tenéis a Dios por rey. Dichosos los que pasáis hambre, porque ahora os van a saciar*". Siguen teniendo hambre, pero ha llegado ya el hoy de su saciedad; ha comenzado su consuelo, porque Jesús está ya allí. Si Jesús hubiera querido añadir el adverbio "*ahora*" en las biena-

aventuras, lo habría colocado en el segundo miembro. Lucas, por su parte, lo pone en el primero: *"Dichosos los que ahora pasáis hambre, porque os van a saciar (luego, más tarde...)"*.

El sentido es distinto. En la perspectiva de Jesús, el "ahora" se opone al pasado, a la situación anterior. "Hasta ahora, erais pobres, hambrientos..., pero ha llegado el momento de vuestro consuelo". En la perspectiva de Lucas, el "ahora" se opone al futuro, a un porvenir indeterminado que llegará no se sabe cuándo: "Ahora sois pobres, hambrientos..., pero llegará el día en que seréis consolados". En el momento presente, en el hoy, Lucas no ve tanto "el tiempo de la realización de la salvación", como "el tiempo en que la prueba continúa", pero al que seguirá algún día una transformación de la situación. El "ahora" de Jesús es un *ahora ya* de la salvación; la salvación ha llegado. El "ahora" de Lucas es un *todavía ahora* de la prueba que continúa. Es un *ahora todavía no* de la salvación, que se promete para más tarde.

### b. ¿Cuál es ese "luego"?

¿Cuál es ese "más tarde" al que nos remite Lucas? Tenemos que elegir entre dos fechas: el momento de la parusía o el de la muerte de cada uno. No se puede excluir a priori uno de los dos momentos.

Sin embargo, hay serias razones para pensar que en el ánimo de Lucas, debido a su cultura griega, es el punto de vista individual el que prevalece. Es también el punto de vista predominante en una docena de textos del evangelio de Lucas y de los Hechos.

Entre ellos, el más interesante, por estar muy cerca de las bienaventuras, es la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro. Abraham le explica al rico que se está "asando" en el infierno: *"Hijo, recuerda que en vida te tocó a ti lo bueno y a Lázaro lo malo; por eso ahora él encuentra consuelo y tú padeces..."* (Lc 16, 25). Se da aquí una oposición entre el "en vida" y el "ahora". En relación con las bienaventuras, estamos en la etapa siguiente; se ha producido ya el cambio; para el rico y para el pobre Lázaro se produjo en el momento de su muerte. El "ahora" de las bienaventuras coincide con el "en vida" de la parábola. El rico de la parábola habría podido evitar su suerte terrible si hubiera sido tan avispaado como aquel administrador poco honrado según la conclusión que Lucas le da a esta historia: *"Ganaos (ahora)*

*amigos dejando el injusto dinero; así cuando esto se acaba, os recibirán en las moradas eternas"* (Lc 16, 9). Los amigos de los que se trata son los amigos de Dios, y si nos hacemos amigos de los amigos de Dios, la cosa puede venirnos bien.

Recordemos también la historia del buen ladrón. Le pide a Jesús: *"Acuérdate de mí cuando vuelvas como rey"*. Para él, el momento de la salvación sigue siendo el momento de la parusía. Pero Jesús le responde: *"Hoy estarás conmigo en el paraíso"* (Lc 23, 43). No hay necesidad de aguardar a la parusía; hoy mismo serás salvado, en el instante de tu muerte; hoy mismo no te verás separado de aquél en el que has creído.

Así, pues, el "ahora" de Lucas señala a la vida presente en oposición a lo que habrá de pasar con cada uno después de su muerte.

## 3. LA CONDICION PRESENTE DEL CRISTIANO SEGUN SAN LUCAS

Vamos a intentar reagrupar lo que nos ha enseñado el estudio de este "ahora" y del "vosotros" que Lucas ha introducido en las bienaventuras. La existencia de que nos hablan las bienaventuras de Lucas es la existencia presente ("ahora") de los cristianos ("vosotros") en oposición a la que le aguarda al cristiano después de su muerte. Para captar esta relación entre el "ahora" y el "vosotros", vamos a plantearnos esta cuestión: ¿qué idea tiene Lucas de la existencia cristiana?

Podrá iluminarnos un texto. Al final de su primer viaje misionero, Pablo y Bernabé vuelven a pasar por las comunidades que habían fundado y las organizan. Les hacen unas cuantas recomendaciones: *"confortando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles que tenemos que pasar mucho para entrar en el reino de Dios"* (Hech 14, 22). Es ésta una afirmación muy importante para caracterizar el pensamiento de Lucas. Aclarémoslo con otros dos textos.

El primero nos permite comprender el "tenemos que pasar" de la cita. Habitualmente, en Lucas, ese "tenemos que" remite a una profecía que debe encontrar necesariamente su cumplimiento; es para él una manera de decir que lo que se designa por "tenemos que" forma parte de los designios de Dios. Pero esta explicación no vale en nuestro caso, ya que no existe ninguna profecía que



declarar que es preciso pasar por la tribulación para entrar en el reino de Dios.

La clave se encuentra en un texto que concierne, no ya a los cristianos, sino a Cristo. A los discípulos de Emaús les declara Jesús resucitado: *¿No tenía el mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?*" (Lc 24, 26). Está clara la alusión a la profecía del siervo doliente (Is 53). Pero lo que es verdad de Cristo lo es también de los cristianos: no es posible que el destino del discípulo sea distinto del de su maestro (Lc 6, 40).

Sin embargo, hay una diferencia. Para Cristo, se habla de sufrir. Para los cristianos, Lucas habla de que "tenemos que pasar por muchas tribulaciones". En los evangelios y en el Nuevo Testamento en general, la palabra "tribulaciones" tiene un significado muy concreto; se trata de la gran prueba que tiene que preceder al final de los tiempos y provocar la apostasía de los que no tengan una fe sólidamente anclada. En este sentido es como aparece el término en Mateo y en Marcos, en el discurso sobre el final de los tiempos y en el comentario a la parábola del sembrador. Pero en cada una de esas ocasiones Lucas ha suprimido la palabra. En los Hechos, por el contrario, la emplea de buena gana en los textos en que no hay nada que evoque el final de los tiempos. Para él, las tribulaciones son las pruebas de la vida corriente, sin esa dimensión apocalíptica. Y entre las tribulaciones está evidentemente la persecución.<sup>1</sup> En Mateo y en Marcos, el final de los tiempos irá precedido de toda clase de calamidades sobre el mundo y de persecuciones para los cris-

tianos. Se trata, en cierto modo, de un mal momento que hay que pasar. Lucas separa la persecución de ese final de los tiempos, de forma que parece convertirse, en él, en la condición normal del cristiano. Las persecuciones, la tribulación (esto es, las dificultades de todo tipo): ésa es la suerte del cristiano durante su existencia terrena en Lucas. Esto es tan normal como los sufrimientos de la pasión por los que tenía que pasar Cristo para entrar en su gloria. Pertenece al mismo tipo de necesidad ("tenemos que"); no existe otro camino para entrar en el reino.

Otra expresión que le gusta a Lucas nos puede ayudar a comprender mejor el "ahora" de las bienaventuranzas: la expresión "cada día". La encontramos una vez en Mateo, una vez en Marcos, pero cinco veces en Lucas y siete en los Hechos. Por ejemplo, según Mateo-Marcos, Jesús declara: *"El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"* (Mt 16, 24; Mc 8, 34); Lucas añade: *"cargue cada día con su cruz"* (Lc 9, 23). En el Padrenuestro, leemos en Mateo: *"Nuestro pan del mañana dónoslo hoy"* (Mt 6, 11); pero Lucas dice: *"Nuestro pan del mañana dónoslo cada día"* (Lc 11, 3). Y en la parábola del pobre Lázaro nos habla del rico que *"banqueteaba todos los días espléndidamente"* (Lc 16, 19): *se trata del revés de las bienaventuranzas.*

Ese "cada día" ilumina el "ahora" de las bienaventuranzas. Ese "ahora" no es solamente la existencia presente en general, sino realmente —en el pensamiento de Lucas— la existencia cotidiana, la de cada día. En la vida del cristiano la cruz no es algo excepcional; forma parte de la trama cotidiana. Su presencia no tiene que extrañarnos; es más bien su ausencia lo que debería preocuparnos. Esta cruz cotidiana son las pruebas pequeñas o grandes de la vida. Y mientras la prueba esté allí en nuestra vida, podemos decir que estamos en la buena dirección. "Los que siembran con lágrimas, cosecharán cantando".

---

<sup>1</sup> En el discurso sobre el final de los tiempos, es interesante ver cómo Lc cambia la perspectiva de Mt-Mc (cf. Lc 21, 12-19); cf. J. Dupont, *Les épreuves des chrétiens avant la fin du monde: Assemblées du Seigneur* 64 (1969) 83-86.

## II. “Desdichados vosotros...”

En estricto paralelismo con las cuatro bienaventuranzas: “*Dichosos vosotros...*”, Lucas ha añadido otras cuatro maldiciones: “*Desdichados vosotros...*”. Como en el caso de las bienaventuranzas, las tres primeras maldiciones son muy parecidas, mientras que la cuarta es un poco diferente. Estudiaremos los dos grupos sucesivamente, pero antes tenemos que preguntarnos a quién dirige Lucas esas “maldiciones”: ¿a los cristianos, como las bienaventuranzas?; ¿o a otros?

### 1. ¿QUIENES SON LOS “DESDICHADOS”?

A primera vista, podría creerse que esta frase se refiere también a los cristianos: “*Dichosos vosotros los pobres...*” — “*Desdichados vosotros los ricos...*”. Sin embargo, hay dos señales en el texto que nos hacen pensar que lo que se dice de la desgracia de los ricos no concierne a los cristianos.

Lucas pasa de las bienaventuranzas a las maldiciones por medio de un pequeño giro: “**Mas, por el contrario, ¡ay de vosotros...!**”. Ese “mas, por el contrario” (*plên*, en griego) es bastante fuerte en Lucas. Parece indicar en él que se pasa a hablar de otra cosa.

Pero además, inmediatamente después de las cuatro maldiciones, tenemos un nuevo giro que nos lleva de nuevo al primer auditorio, es decir, a la muchedumbre de los discípulos, a los cristianos: “*Pero, en cambio, a vosotros que me escucháis os digo...*” (6, 27). Esto parece indicar bastante normalmente que lo que precedía no iba para los que le escuchaban: los ricos a los que se declara desdichados no están allí, en aquel auditorio cristiano. Es una manera para Lucas de dar a entender a sus lectores cristianos que ni siquiera cabe suponer que pueda haber entre ellos personas de esa categoría.

Pero entonces, ¿por qué Lucas emplea todavía el “vosotros”? No es fácil responder a esta pregunta. Quizá se trate de una cuestión de estilo: las bienaventuranzas, en la biblia, pueden ponerse en segunda o tercera persona; las maldiciones se pronuncian habitualmente en segunda persona. También puede ser que Lucas haya querido respetar las fuentes, o que haya pretendido establecer un paralelismo con las bienaventuranzas. Lo cierto es que esto no tiene gran importancia y que lo esencial está en el hecho de que Lucas separe a los ricos de los que están allí escuchando a Jesús.

### 2. ¿POR QUE SE DECLARA DESDICHADOS A LOS RICOS?

Nosotros hablamos en general de los ricos; de hecho, Lucas emplea tres términos: los ricos, los saciados, los que ríen. Pero, lo mismo que en las bienaventuranzas, estos tres términos no distinguen entre categorías muy diversas, sino que significan en general lo mismo.

¿Por qué la riqueza es considerada como terrible desgracia y por qué hay que desconfiar de todo lo que se refiere a ella?

Notemos en primer lugar el contexto de pensamiento en que se sitúan estos textos. “*¡Ay de vosotros los ricos porque ya tenéis vuestro consuelo!*”; también en la parábola del pobre Lázaro, Abrahán decía al rico: “*Recuerda que en vida te tocó a ti lo bueno*”. En los dos casos se utiliza un verbo que está sacado simplemente del lenguaje comercial; significa “recibir lo que se le debe a uno”. Estamos aquí en presencia de una concepción bastante rudimentaria, que refleja más bien las ideas populares que una verdadera reflexión doctrinal: cada uno tiene derecho a cierta cantidad de bienes y tiene que

soportar cierta cantidad de males; lo que no se haya tenido durante la vida, se tendrá en el más allá. Esto puede parecernos demasiado simplista, pero no podemos ignorar este contexto en el que nuestras sentencias adquieren verdadero sentido.

Pero Lucas va más lejos. Se interesa especialmente por este problema de la riqueza, sobre el que recoge muchas enseñanzas de Jesús que solamente nos han llegado a través de su evangelio. Los textos son demasiado numerosos para que podamos estudiarlos todos. Destaquemos simplemente tres temas principales (hay ciertamente otros), apoyándonos en cada caso en un texto concreto. Podríamos resumirlos así:

- La riqueza impide al hombre ver más allá de la vida presente y por tanto saber dónde está su verdadero interés.

- La riqueza encierra al hombre en sí mismo y le impide pensar en los demás, en los que carecen de lo necesario.

- La riqueza tiende a ocupar en el corazón del hombre un lugar que corresponde sólo a Dios. Se convierte en una especie de ídolo.

Estos tres peligros pueden afectarnos aunque no seamos muy ricos, ya que no residen tanto en los bienes poseídos en sí mismos como en el apego que nuestro corazón puede sentir hacia esos bienes.

Recojamos estos tres peligros en forma de preguntas.

#### a. ¿Cuáles son los bienes verdaderos?

El rico se presenta como un hombre hipnotizado por unos bienes que se le van a escapar; por eso se hace incapaz de comprender dónde está su verdadero interés; se encuentra desprovisto de los valores que la muerte no puede arrebatarse. Esta es la enseñanza que desarrolla Lucas, sobre todo en los c. 12 y 16 de su evangelio.

El c. 12 invita ante todo a no tener miedo de las persecuciones (v. 1-12); luego se enfrenta con la cuestión de los bienes temporales y de la manera con que corren el peligro de acaparar el corazón del hombre (v. 13-34). Un desconocido viene a pedir a Jesús que haga de árbitro en una cuestión de herencia; Jesús se niega a entrar en ese juego y se aprovecha de ello para dar algunas explicaciones: *"Guardaos de toda codicia, que, aunque uno ande sobrado, la vida no depende de los bienes"* (12, 13-15).

Viene a continuación la parábola del rico insensato (12, 16-40). Ese individuo no ha pensado más que en gozar inmediatamente de sus bienes, sin preocuparse ni un instante de la eventualidad de la muerte y de la posibilidad en encontrarse con algo en el más allá. Y Jesús concluye: *"Eso le pasa al que amontona riquezas para sí y para Dios no es rico"* (v. 21). La cosa no está muy clara, pero se aclarará enseguida.

La invitación a no sentirse agobiados por el alimento y por el vestido acaba con una exhortación que recoge y desarrolla la conclusión de la parábola anterior: *"Vended vuestros bienes y dadlos en limosnas; haceos bolsas que no se estropeen, un tesoro inagotable en el cielo, donde no se acercan los ladrones ni echa a perder la polilla. Porque donde tengáis vuestra riqueza, tendréis el corazón"* (v. 33-34).

Los verdaderos bienes son los que la muerte no puede destruir. ¿Cómo, en comparación con ellos, puede concederse tanta importancia a los bienes terrenos, tan inconsistentes que habrá que abandonarlos?

Hemos visto ya cómo el c. 16 está formado esencialmente por dos parábolas: la del administrador poco honrado explica cómo hay que utilizar el dinero de que se dispone; la del rico y el pobre Lázaro señala cómo no hay que emplear el dinero de que se dispone.

El administrador es evidentemente un sinvergüenza. Es probable que Jesús no inventara esta historia, sino que la haya recogido de la crónica local y viera en ella la ocasión de un buen ejemplo: el ejemplo de un individuo poco honrado que supo prever las cosas, asegurándose buenos amigos para cuando perdiera su puesto. "Haced vosotros lo mismo", concluye Jesús, no ya robando a los demás, sino asegurándoos una buena salida para el momento en que tengáis que dejar la vida presente.

La parábola siguiente nos señala que no fue eso precisamente lo que supo hacer el rico epulón; al llegar al otro mundo, ese individuo se quedó sin nada...

El primer peligro de la riqueza, para Lucas, es hacer a la gente miope: el rico se hace incapaz de mirar más allá de la vida presente, incapaz de preocuparse de lo que vendrá luego, de la vida futura, eterna. Para asegurarse buenas amistades para esa vida venidera, hay que hacerse amigos de los pobres, dándoles lo que uno posee. Pues bien, y es éste el segundo peligro de la riqueza para Lucas, el rico es un hombre que no sabe pensar más que en sí mismo; se olvida de los pobres.

## b. ¿Qué hacer con los bienes terrenos de que se dispone?

Los textos que acabamos de leer son muy claros. El administrador poco honrado consigue amigos con su dinero y Jesús concluye: con vuestro dinero haceos ahora amigos, para que a vuestra muerte os reciban; los pobres son los amigos de Dios; haceos amigos suyos.

Es lo que no comprendió el hombre rico. No se dice que fuera un "mal" rico; simplemente, gozó de sus riquezas normalmente, pero esto le impidió ver a Lázaro, al pobre. Si se hubiera hecho amigo suyo en la tierra, reparando con él sus bienes, ¿no habría encontrado Abrahán la manera de hacerle franquear el abismo?

Del mismo modo, el rico insensato del c. 12 no ha hecho nada malo desde el punto de vista moral. Se olvidó simplemente de que no estaba solo, de que sus bienes no eran para que él gozase egoístamente de ellos, sino para compartirlos con los necesitados.

La desgracia de los ricos es que se encuentran encariñados en su egoísmo; se hacen incapaces de pensar en los demás.

## c. ¿Dios o Mammón?

Finalmente, nos encontramos ante una opción: *"Ningún criado puede estar al servicio de dos amos; porque o aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero, a Dios y a Mammón"* (16, 13).

El dinero se encuentra aquí personalizado, se convierte en un ídolo que lleva un nombre característico; esa palabra aramea está relacionada con la raíz *mn* (de donde viene la palabra *amén*): "lo que es seguro, con lo que hay que contar, lo que dura".

En esta forma, la opción queda claramente delimitada: se trata de saber en quién ponemos nuestra seguridad: en Dios o en el dinero.

El terrateniente insensato puso su seguridad en sus bienes. Se olvidó de Dios, que de pronto irrumpe en la escena. Este hombre es un "insensato", ya que ha puesto su seguridad en lo que no se sostiene, en lo que no dura. El desarrollo que sigue a esta parábola (12, 22-32) nos hace tocar el fondo del problema: nuestra confianza, nuestra seguridad, tenemos que ponerla en Dios. En *el maestro de Santiago*, Montherlant nos muestra al tenta-

dor que viene a proponer al asceta que acepte un puesto que le permitirá enriquecerse: "No sabes lo bueno que es tener mucho dinero, ¡cómo tranquiliza eso!, ¡cómo da solidez!, ¡qué confianza da en sí mismo!, ¡cómo puede uno entonces ser lo que es!". Cuando uno se encuentra al abrigo de la necesidad, se siente seguro, tiene confianza en sí. Ahí es exactamente adonde quiere llegar Jesús. Hay que escoger: poner la confianza en sí y en las riquezas, o en Dios. Si Jesús se muestra tan intransigente, es que ve con una lucidez meridiana que no hay compromiso posible entre Dios y Mammón.

Es lógico que esto no resuelve las cuestiones prácticas de aplicación; pero esto no es una razón para endulzar el evangelio. Es normal que el evangelio sea una fuente de inquietud y de crítica constante. Está hecho para eso. Hay que trabajar para vivir; es preciso que la madre de familia sepa que tiene algo para dar de comer a sus hijos. Pero en el seno de estas preocupaciones legítimas Jesús nos plantea la cuestión radical, que va a la raíz misma de nuestra acción: ¿en quién ponemos nuestra confianza y nuestra seguridad?, ¿en nosotros y en nuestros bienes?, ¿o en el Padre?

Lo que le interesa a Jesús es una confianza total en Dios, una actitud que consiste en poner solamente en él nuestra confianza. "Nuestro pan del mañana dádnoslo cada día." Basta con saber que estamos en manos del Padre y decirselo a él.

## 3. ¡AY SI TODO EL MUNDO HABLA BIEN DE VOSOTROS...!

La cuarta "maldición" plantea ante todo un problema de traducción; la mayoría de nuestras traducciones están equivocadas. He aquí, por ejemplo, una de ellas: "Desdichados *sois* cuando todos hablan bien de vosotros". El primer error es traducir por el presente; el subjuntivo aoristo en griego evoca claramente una eventualidad futura: "Desdichados *seréis* cuando...". Un segundo error más grave, porque falsea el sentido, es el siguiente: donde el griego dice: "se os habla bien a vosotros", se traduce: "se habla bien *de* vosotros". Hablar bien a uno es elogiarle, adularle, tributarle alabanzas. Se dirigen palabras bonitas a personas a las que les gusta esto; esas alabanzas les satisfacen, les dan importancia. Pues bien, desde el punto de vista del evangelio esto resulta muy peligroso.

# ALGUNAS PREGUNTAS PARA EL ESTUDIO DE LAS BIENAVENTURANZAS

## 0. Comparad las bienaventuranzas según Mateo y según Lucas

¿Cuántas son?, ¿cuáles son las comunes en los dos?; ¿qué añade Lucas?; ¿a quién se dirigen las bienaventuranzas?; ¿de qué pobreza se trata?... Señalad todos los parecidos y las diferencias, incluso las más pequeñas.

¿De quién nos hablan en primer lugar?, ¿de Dios?, ¿de Cristo?

¿Es del mismo estilo la última bienaventuranza común en Mateo y en Lucas?, ¿refleja la misma situación?

## 1. Las bienaventuranzas antes de Mateo-Lucas

Es probable que *Jesus* proclamara las bienaventuranzas en momentos diferentes de su existencia

En la *comunidad primitiva* se agruparon esas bienaventuranzas. J Dupont reconstruye, con bastante verosimilitud, su estado en aquel primer agrupamiento (véase abajo, la pagina siguiente). ¿Qué sentido podían tener entonces estas bienaventuranzas?

### DICHOSOS LOS POBRES...

Para mayor claridad, podemos seguir dos direcciones complementarias:

a. En los *evangelios*: ¿hay situaciones o palabras de Jesús que constituyan un trasfondo semejante al de las bienaventuranzas? Cf. Mt 11, 2-6 y Lc 7, 18-23: ¿qué *signos* da Jesús a Juan bautista? Cf. concretamente Lc 7, 21 y los dos relatos de milagros que preceden; cf. también Lc 4, 16-44. Jesús presenta estos signos como el cumplimiento de anuncios proféticos.

b. En los *anuncios proféticos*. Jesús *proclama la buena noticia* o, según la palabra griega, *evangeliza*. Esta palabra es bastante rara en el Antiguo Testamento; la encontramos en textos que nacieron con ocasión del destierro de Babilonia: Is 40, 9; 52, 7, 60, 6; 61, 1; 35, 5-6 (cf. también el Sal 96, 2, donde aparece esta palabra en la versión griega)

¿En qué situación se encontraba entonces el pueblo?, ¿qué resonancia tienen palabras como *buena noticia, pobres, liberación...*?

¿Cuál es el *contenido* esencial de esta buena noticia?

¿Cuáles son los *signos* que deben señalar su realización?

Si Jesús *realiza esos signos* (milagros), ¿no es para manifestar que ya se ha realizado esa buena noticia?; ¿no tiene este mismo sentido su *proclamación* por medio de las bienaventuranzas o su predicación en Nazaret?

Entonces, proclamar: "Dichosos los pobres." significaría: "Sois dichosos los pobres porque, ahora, ya no seréis pobres; en efecto, Dios viene como rey justo a establecer su reino".

Una objeción: ¿Todavía hay pobres! ¿Será ésta la señal de que este anuncio va para largo..., o de que los cristianos, a quienes Jesús confió su realización, no han cumplido con su tarea?...

### PERSEGUIDOS POR CRISTO

¿A quiénes se dirige esta bienaventuranza?; ¿de quién habla?, ¿de Dios?, ¿de Cristo?; ¿a qué situación alude de la vida de los discípulos?

## 2. Las bienaventuranzas según Lucas

¿A quién van dirigidas estas bienaventuranzas?, ¿a todos los pobres?, ¿a los cristianos pobres?; ¿qué significa el contraste *dichosos/desdichados*?; ¿coloca Lucas el *ahora* en el mismo sitio en que lo habría colocado Jesús?; ¿qué nos enseñan sobre la condición normal del cristiano? La inversión de los valores, o más bien, la manifestación de los verdaderos valores, concretamente en el momento de la muerte, es un tema predilecto de Lucas: cf., por ejemplo, Lc 1, 53; 8, 14; 12, 33-34; 18, 23... y sobre todo dos parábolas propias de Lucas: 12, 16-20 y 16, 19-31 (no se trata de un rico "malvado").

## 3. Las bienaventuranzas según Mateo

¿De qué pobreza se trata?, ¿pobreza material?, ¿disposiciones del corazón?, ¿qué disposiciones?

¿Cómo tienen estas disposiciones del corazón su fuente en Jesús?

3 Dichosos los que eligen ser pobres porque esos tienen a Dios por rey	20b Dichosos vosotros los pobres porque tenéis a Dios por rey	24 Pero ¡ay de vosotros los ricos porque ya tenéis vuestro consuelo!
4 Dichosos los que sufren porque esos van a recibir el consuelo		
5 Dichosos los no violentos porque éstos van a heredar la tierra		
6 Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque esos van a ser saciados	21 Dichosos los que ahora pasáis hambre porque os van a saciar Dichosos los que ahora lloráis porque vais a reír	25 ¡Ay de vosotros los que ahora estáis saciados porque vais a pasar hambre! ¡Ay de los que ahora reís porque vais a lamentaros y a llorar!
7 Dichosos los que prestan ayuda porque esos van a recibir ayuda		
8 Dichosos los limpios de corazón porque esos van a ver a Dios		
9 Dichosos los que trabajan por la paz porque esos los va a llamar Dios hijos suyos		
10 Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad porque esos tienen a Dios por rey		
11 Dichosos vosotros cuando os insulten os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía	22 Dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os expulsen y os insulten y propalen mala fama de vosotros por causa de este hombre	26 ¡Ay si todo el mundo os halaga!
12 Estad alegres y contentos que Dios os va a dar una gran recompensa porque lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido	23 Alegraos ese día y saltad de gozo mirad que os va a dar Dios una gran recompensa porque así es como los padres de estos trataban a los profetas	Porque así es como los padres de estos trataban a los falsos profetas

Se puede probablemente reconstruir así el texto anterior

Dichosos los pobres porque tienen a Dios por rey

Dichosos los que sufren porque serán consolados

Dichosos los que tienen hambre (y sed) porque serán saciados

Dichosos seréis cuando os odien y os expulsen cuando os insulten y calumnien por causa de este hombre estad alegres y contentos que Dios os va a dar una gran recompensa porque lo mismo persiguieron a los profetas que os precedieron

Para comprender mejor esta sentencia, vamos a compararla primero con la bienaventuranza correspondiente y luego intentaremos situarla en el conjunto del pensamiento de Lucas.

### a. Relación con la última bienaventuranza

Bastará con hacer aquí cuatro pequeñas observaciones.

● La última bienaventuranza enumeraba cuatro clases de ultrajes dirigidos a los cristianos: *“Dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os expulsen y os insulten y propalen mala fama de vosotros”*. En la maldición correspondiente no hay más que una sola especie de trato favorable: las palabras halagadoras. De la enumeración de la bienaventuranza sólo se conserva la idea global de insultos, a la que se oponen las palabras aduladoras. Hay una concentración en esta idea: insultos-halagos.

● Cuando la última bienaventuranza declara: *“Dichosos los perseguidos”*, se espera como antítesis: *“¡Ay de los perseguidores!”*, ¡ay de las malas lenguas que lanzan injurias!... Pues bien, ¡se declara desdichados a los que reciben halagos!

● La cuarta bienaventuranza establecía una semejanza entre la suerte de los cristianos perseguidos por los judíos y la suerte que los judíos habían hecho padecer antaño a los profetas. La cuarta maldición compara, un poco curiosamente, los elogios tributados a los que se designan como desdichados, con los elogios que los antepasados de los halagadores dirigían a los falsos profetas. Una cosa es clara: por ambos lados, los insultos o las adulaciones proceden de los judíos.

● La bienaventuranza de los perseguidos insistía en la recompensa futura. La última maldición no habla de ningún castigo, de ninguna inversión futura de la situación de los halagos. De esta forma se evita toda impresión de revancha.

Así, el paralelismo entre la última maldición y la última bienaventuranza es bastante amplio. El cambio de perspectiva se explica sin duda en parte por el hecho de que una oposición demasiado rígida habría dado la impresión de que se les permitía a los perseguidos una revancha; y no es eso lo que se desea.

El punto común sigue siendo la oposición entre judíos y cristianos. Las personas halagadas parecen pertenecer al judaísmo más bien que al cristianismo. Se ima-

gina mal en este contexto que unos cristianos puedan sentirse en peligro por verse adulados. Al contrario, es bien conocido que ése era precisamente el peligro que acechaba a los escribas y fariseos.

En todo caso, es significativa la concentración que se hace en esta última sentencia: en contraste con todas esas numerosas fechorías que son para los cristianos un motivo de alegrarse, el único motivo de temer por la salvación de alguien se encuentra en los halagos que se le dirigen. Es interesante profundizar un poco en este punto, situándolo en el conjunto del evangelio de Lucas.

### b. La opinión de los hombres, en la obra de Lucas

Repasando la obra de Lucas bajo este punto de vista, aparecen dos rasgos: la excesiva sensibilidad de Lucas a la “doxa”, es decir, a la buena opinión de los demás (que le viene ciertamente de su educación griega), y su fe cristiana que le lleva a superar esa sensibilidad griega para revisar su escala de valores a la luz de lo que Jesús sufrió en su pasión.

#### 1. La educación griega de Lucas

Señalemos una serie de rasgos que pertenecen a la educación griega que ha recibido Lucas:

● Lucas insiste muchas veces en la buena reputación de sus personajes y subraya que es unánime. Se encuentra este rasgo en la cuarta maldición: *“si todo el mundo os halaga”*.

También, en el caso de Jesús, *“su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en aquellas sinagogas y todos se hacían lenguas de él”* (Lc 4, 15). Poco más adelante, continúa Lucas: *“Noticias de él iban llegando a todos los lugares de la comarca circundante”* (4, 37). Y al revés: *“Todos se declaraban en contra”* (4, 22); *“se abochornaban sus adversarios, mientras toda la gente se alegraba de tantos portentos como hacía”* (13, 17). Estos mismos rasgos se encuentran en los Hechos, a propósito de las primeras comunidades cristianas (Hech 2, 47), de Gamaliel (5, 37), del centurión Cornelio (10, 22), de Ananías en Damasco (22, 12). Espontáneamente, Lucas se interesa mucho por la opinión pública, por la “doxa” no ya en el sentido bíblico y doxológico —gloria— que tie-

ne en el Antiguo Testamento, sino en el sentido griego de la palabra —opinión, fama.

● Lucas se muestra muy sensible al honor que se da, y más aún al deshonor y a la confusión del que se encuentra en una posición ridícula. Recordemos la historia de los puestos en la mesa (Lc 14, 8-10), la historia del administrador injusto que prefiere robar antes que exponerse a la vergüenza de mendigar (Lc 16, 3), la parábola del hombre que no ha podido acabar la torre que había comenzado y teme que *“los mirones se pongan a burlarse de él a coro”* (14, 29). En su sermón después de la cena, Jesús pide a sus discípulos que no imiten a los paganos, entre los que los responsables reciben el título honorífico de *“bienhechores”* (22, 25).<sup>1</sup>

● La atención que dirige Lucas a los vestidos va precisamente en este sentido. Un ejemplo divertido es el del manto remendado. Jesús, según Mt 9, 16 y Mc 2, 21, explica que no hay que poner una pieza de paño sin estrenar a un manto pasado; la pieza nueva, más resistente, tira del manto y deja un roto peor. Lo que le preocupa a Lucas no es el desgarrón, sino la estética. Si se cose una pieza nueva sobre la vieja, *“no le pega”* (Lc 5, 36). Tampoco Lucas nos habla de la forma de vestir de Juan bautista: no tiene nada de edificante ir vestido con una piel de camello y un cinturón de cuero; es una ridiculez. Y esto resulta bastante curioso, ya que Lucas recoge la oposición entre la forma de vestir de Juan, de la que no dice nada, y la de los hombres que viven en los palacios (7, 25). En Mateo, esos hombres llevan un traje confortable, cómodo; en Lucas, llevan un vestido elegante (7, 25). El rico de la parábola va vestido de *“púrpura y lino”* (16, 19). Cuando acoge a su hijo pródigo, el padre exclama: *“Sacad enseguida el mejor traje y vestido, ponédle un anillo en el dedo y sandalias en los pies”* (15, 22). El poseso de Gerasa vivía entre los sepulcros, nos dicen Mateo y Marcos, pero Lucas añade: *“hacia tiempo que no usaba vestido”* (8, 27).

Podrían citarse otros muchos pormenores de Lucas en este sentido. Estos bastan para demostrar la atención que pone Lucas en todo lo que distingue a la persona, en lo que concurre a su prestigio o puede dañar a la buena

opinión que se tiene de ella, haciéndole caer en el ridículo. Esta sensibilidad a los detalles exteriores le viene ciertamente de su cultura griega. El hombre griego no parece tener ideal más digno que el de atraerse la buena opinión de los demás.

Lucas es griego y comparte este ideal. Lo que pasa es que se ha hecho cristiano, ha entrado en una comunidad religiosa no solamente perseguida, sino incluso despreciada, al servicio de un señor muerto en medio de la situación más ignominiosa...

## 2. La experiencia cristiana de Lucas

Podría esperarse que su cultura griega llevara a Lucas a disimular el aspecto humillante de la condición cristiana. Pero no es así. No suaviza en lo más mínimo, por ejemplo, las humillaciones sufridas por Cristo en su pasión. En el tercer anuncio de la pasión, Marcos escribía: *“se burlarán de él, le escupirán”* (Mc 10, 34); Lucas escribe: *“se burlarán de él, le insultarán, le escupirán”* (Lc 18, 32). Lucas insiste más que los otros evangelistas en las injurias de los que vigilan a Jesús en casa del sumo sacerdote (22, 63). Es el único que nos habla de la comparecencia de Jesús ante Herodes, que le trata con desprecio (23, 11). En el calvario, indica que los jefes se burlaban también de Jesús (23, 35). En Mateo y en Marcos, el gesto de los soldados que ofrecen a Jesús vinagre parece ser un gesto de compasión: le ofrecen la bebida que tienen más a mano; para Lucas, se trata de una manera de mofarse de Jesús (23, 36)

Así, pues, Lucas no echa un tupido velo sobre las humillaciones de la pasión, esas humillaciones que dan un sentido nuevo a las afrentas que también tendrán que sufrir los discípulos.

Un hermoso texto de los Hechos nos presenta precisamente esta actitud de los discípulos. Los apóstoles tienen que comparecer por segunda vez ante el sanedrín. Piensan en entregarlos a la muerte; Gamaliel les salva la vida y los condenan únicamente a la flagelación: cuarenta latigazos menos uno. A nosotros nos impresionaría sobre todo el sufrimiento que padecen; Lucas se fija especialmente en la humillación y el deshonor de este suplicio. Pero lo que sería una vergüenza para su sensibilidad griega se convierte en un insigne honor para el cristiano que se siente discípulo de Cristo: *“Los apóstoles salieron del consejo contentos de haber merecido aquel ultraje por*

<sup>1</sup> Esto hace pensar que aquel buen Teófilo al que Lucas dedica su evangelio no es un cristiano. Lucas lo llama Excelentísimo, un cristiano no da ese título a otro cristiano. Es verdad que el título no se repite en los Hechos.



*causa de Jesús*” (Hech 5, 41). La manera de expresarse es típicamente judía; la traducción literal dice: *“los apóstoles fueron juzgados dignos de ser deshonrados por el nombre”*; este pasivo evita pronunciar el nombre de Dios; hablando claramente, esto significa que Dios juzgó a los apóstoles dignos del gran honor de sufrir por su nombre. En todos los demás lugares, cuando se habla del nombre, se habla de Dios. Aquí se trata del nombre de Jesús. El contexto señala claramente que aquí se designa pura y simplemente a Jesús como Dios.

Merecer un ultraje por causa de Cristo es para el cristiano un gran honor. Lo que para un griego constituiría

una vergüenza ante los hombres es lo que constituye un motivo de orgullo para el cristiano ante el Señor. Es un motivo de gozo, un privilegio... Tenemos aquí un hermoso ejemplo de la inversión cristiana de la escala de valores en relación con la cultura griega.

Volvemos a encontrarnos entonces con la enseñanza de la última bienaventuranza, cuya maldición opuesta habrá permitido comprender mejor hasta dónde llega su significado. La opinión de los hombres no es un criterio válido para los cristianos. Lo que le importa al cristiano es todo lo que pueda acercarle a su señor, empezando por la humillación que nos une a la que él padeció en su pasión.



CHARTRES El orgullo abatido Dibujo de J. Villette

# LAS BIENAVENTURANZAS SEGUN SAN MATEO

Al empezar el estudio de la bienaventuranza según san Mateo, nos encontramos con un paisaje muy distinto del que habíamos contemplado hasta ahora. Se nos presentan como un programa de vida cristiana. No quieren sencillamente enseñarnos **quién** es dichoso, sino quizá sobre todo **cómo** hay que obrar para participar de esa dicha.

Antes de estudiarlas detalladamente, vamos a considerarlas en bloque contestando a tres cuestiones: 1) ¿Cómo es que se pasa de cuatro bienaventuranzas a nueve? 2) ¿Sobre qué principio se organizan esas nueve bienaventuranzas? 3) ¿Cómo caracterizar la nota general de las bienaventuranzas según san Mateo?

## 1. ¿COMO SE PASA DE CUATRO BIENAVENTURANZAS A NUEVE?

De cuatro a nueve; se tiene la impresión de que Mateo tiene cinco bienaventuranzas nuevas. De hecho, no hay más que tres, fáciles de identificar: la 5.<sup>a</sup>, que es la bienaventuranza de los que prestan ayuda o *miserericordio-*

*so*; la 6.<sup>a</sup>, que es la de los *limpios de corazón*; y la 7.<sup>a</sup>, la de los que trabajan por la paz o los *pacíficos*. Estas tres no tienen ninguna correspondencia en la versión de Lucas.

Las otras dos bienaventuranzas no son nuevas, propiamente hablando, sino un doblaje de otras bienaventuranzas.

La 8.<sup>a</sup> bienaventuranza: "*Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad (o justicia), porque éstos tienen a Dios por rey*", se presenta como un desdoblamiento de la 9.<sup>a</sup>, la de los perseguidos por causa de Jesús. Esta última bienaventuranza contiene un detalle que no se encuentra en Lucas: "*Dichosos vosotros cuando... os calumnien de cualquier modo* (trad. literal: hablen *falsamente*) *por causa mía*". Esta palabra "*falsamente*" (literalmente: *mintiendo*) ofrece una restricción muy significativa. Para participar de esta bienaventuranza, no basta con que se hable mal de vosotros, es menester además que lo que se dice sea falso. Si hemos obrado mal y lo critican, no tenemos más que lo merecido. No seremos "*dichosos*" más que cuando no hayamos hecho nada para justificar lo malo que se dice de nosotros. Esta es la parte negativa; en plan

positivo diríamos 'Dichosos cuando se hable mal de vosotros después de que hayáis obrado bien Obrar bien en terminos biblicos se dice practicar la justicia Y esta es precisamente la expresión de la octava bienaventuranza

La indicacion de la octava bienaventuranza perseguidos por su justicia está estrechamente relacionada con la nueva indicacion de la novena de los que se ha hablado mal falsamente Son dos maneras de acentuar la misma idea es una dicha ser perseguido solamente cuando esa persecucion no está provocada por malas acciones se declara dichoso al que es perseguido precisamente cuando practica la justicia No se trata de dos bienaventuranzas realmente distintas sino de dos maneras diferentes y más o menos complementarias de expresar el mismo pensamiento

Esta misma explicacion vale también para la primera bienaventuranza Hasta ahora hemos hablado de los pobres de esos pobres de los que habla el oráculo de Is 61 *El espíritu del Señor está sobre mí porque el Señor me ha ungido Me ha enviado para dar la buena noticia a los anawin* La palabra hebrea *anawin* que suele traducirse por pobres puede designar muy bien una actitud de alma más que una situación economica o sociologica En este sentido la comprende Mateo y lo aclara diciendo pobres de espíritu o los que eligen ser pobres Pues bien la bienaventuranza de los mansos o no violentos no hace más que expresar de otra manera esa misma actitud fundamental de alma Los mansos o los pobres o los que sufren se dicen igualmente *anawin* en hebreo (cf salmo 37)

De este modo de las nueve bienaventuranzas de Mateo solo tres son realmente nuevas y otras dos son un desdoblamiento

## 2 ¿SOBRE QUE PRINCIPIO SE ORGANIZAN ESTAS BIENAVENTURANZAS?

Las ocho primeras bienaventuranzas más cortas forman un todo y se dividen fácilmente en dos grupos de cuatro

Forman un todo lo indica la utilización del procedimiento literario de inclusion que consiste en repetir al final lo que se dijo al principio Aquí la octava bienaventuranza repite literalmente la primera *Dichosos los que eligen ser pobres porque éstos tienen a Dios por rey*

*Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad porque esos tienen a Dios por rey*

Por otra parte la cuarta y la octava se caracterizan por la presencia de la palabra justicia *hambre y sed de justicia perseguidos por su justicia* Esta palabra justicia tiene un relieve considerable en el vocabulario judío pero sobre todo en funcion de las preocupaciones de Mateo que concede mucha importancia a esta palabra (concretamente aparece cinco veces en el sermón de la montaña)

Esto nos permite pensar que Mateo ha hecho realmente dos grupos de cuatro bienaventuranzas cada uno

La novena bienaventuranza es de un estilo muy distinto Las primeras eran breves ésta está más desarrollada va escrita en segunda persona ( vosotros ) se dirige expresamente a los discipulos mientras que las ocho primeras están escritas en tercera persona La novena bienaventuranza se convierte en Mateo en un elemento de transicion En cuanto bienaventuranza prolonga evidentemente la serie anterior pero por su manera de interpelear directamente a los discipulos ( vosotros ) enuncia ya el tema de las sentencias siguientes *Vosotros sois la sal de la tierra Vosotros sois la luz del mundo* Para Mateo esta bienaventuranza se convierte en el primer miembro de una segunda parte del exordio del sermón Anuncia a los discipulos la persecucion que tendrán que sufrir pero recalcando claramente habrá de sufrirlas sin dar pie a las persecuciones Luego advierte a los discipulos el papel que tendrán que representar ante los hombres un papel comparable al de la sal (v 13) y al de la luz (v 14 16) y ese papel lo cumplirán gracias a sus buenas obras (v 16)

Así pues en vez de cuatro bienaventuranzas encontramos un grupo de ocho divididas en dos estrofas viene luego una nueva bienaventuranza para introducir unas cuantas recomendaciones directas para precisar el papel de los discipulos ante el mundo

## 3 UN PROGRAMA DE VIDA CRISTIANA

### Importancia de la practica

Como el principal cambio realizado por Mateo consiste en relacionar la ultima bienaventuranza con lo siguiente es interesante empezar por este conjunto de

los versículos 11-16, la última bienaventuranza y las sentencias sobre la sal y la luz.

La primera carta de Pedro nos ofrece un excelente resumen de estos seis versículos: *“Portaos honradamente entre los paganos; así, ya que os tachan de malhechores, las buenas acciones de que son testigos les obligarán a rectificar el día que Dios los visite”* (1 Pe 2, 12). Los términos son diferentes, pero el parecido resulta significativo: “buenas acciones”... “rectificar” o “glorificar a Dios”... Esta recomendación de Pedro corresponde muy particularmente al punto de vista de Mateo en su añadido “falsamente”: hablan mal de vosotros, a pesar de que obráis bien.

Precisamente esta idea es la que sirve de enlace a las recomendaciones siguientes: tenéis un papel que representar en el mundo; ese papel tenéis que representarlo con vuestras buenas obras; es vuestra buena conducta la que tiene que mostrar a los hombres lo que vale vuestra fe cristiana. Sin esas buenas obras, seríais como la sal que ha perdido su sabor. En plan positivo, gracias a vuestras buenas obras seréis como el candil puesto sobre el candelero, haciendo brillar a los ojos de los hombres la luz que Dios os ha concedido.

## La “justicia” cristiana

Volvamos ahora a las ocho bienaventuranzas cortas. Hay una palabra de gran importancia: “justicia”. San Pablo ha construido toda una síntesis teológica en torno a esta palabra; pero no conviene interpretar demasiado a Mateo a través de Pablo; la teología de Mateo sobre la justicia no está tan avanzada como la de Pablo.

Para nosotros, esta palabra “justicia” tiene resonancias muy particulares, sobre todo sociales. No hay que imponer a Mateo esta perspectiva. Puede ser que la aceptase, pero la vería un poco limitada.

Con esta palabra “justicia” de Mateo estamos sencillamente en la gran corriente del lenguaje bíblico, en el que no están ausentes las resonancias sociales que tiene para nosotros la palabra, pero englobadas dentro de un significado más amplio y más profundo. La justicia de que habla la biblia y Mateo con ella afecta a todos los deberes que se tienen para con el prójimo, pero sobre todo a los deberes para con Dios, que son los que la definen.

La justicia es el respeto y la fidelidad a los derechos de Dios, tales como los ha concretado la alianza. La justi-

cia y la alianza van a la par. La justicia es la práctica de los compromisos de la alianza. Los derechos de Dios concretados por la alianza obligan a ciertos deberes para con Dios y para con el prójimo.

Marcos no emplea nunca la palabra “justicia”; Lucas una sola vez, en el *Benedictus*. Mateo la utiliza siete veces, siempre en palabras puestas en labios de Jesús.<sup>1</sup> Seguimos estando en la línea del ideal de la religión judía, aunque ampliado y profundizado.

Así, en el sermón de la montaña, inmediatamente después del exordio, Jesús introduce la larga serie de seis antítesis con esta declaración: *“Si vuestra justicia no sobrepasa la de los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de Dios”* (5, 20). Y un poco más adelante manifiesta: *“Buscad primero que reine su justicia, y todo eso se os dará por añadidura”* (6, 33). El texto paralelo de Lucas habla simplemente de buscar el reino de Dios. Mateo indica en qué consiste esta búsqueda: no se trata de soñar en lo que podrá ser ese reino, sino de dedicarse concretamente, para toda la vida, a realizar un ideal de perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Es el sentido que ya habíamos encontrado en la octava bienaventuranza. Y es también el sentido de la cuarta: tener hambre y sed de justicia es aspirar con toda el alma a una vida perfectamente conforme con la voluntad divina, perfectamente respetuosa de los derechos de Dios sobre nosotros. A través de esta palabra “justicia”, aparece la preocupación fundamental de Mateo: la de un cristianismo vivido efectiva y auténticamente.

## El corazón y las manos

Tras habernos detenido en el final de las bienaventuranzas y en la palabra “justicia”, podemos ahora echar una ojeada de conjunto al contenido de las ocho bienaventuranzas.

Podemos ante todo destacar dos bienaventuranzas que se distinguen de las demás por referirse a un obrar, a un hacer. La bienaventuranza de los misericordiosos no se refiere a las almas sensibles, sino a los que prestan ayuda a los demás: se trata de un comportamiento para con el prójimo. Todavía es esto más evidente en el caso de los que trabajan por la paz: no se trata de los “pacíficos” (que en el lenguaje ordinario es muchas veces sinó-

<sup>1</sup> Cf Mt 3, 15, 5, 6 10 20, 6 1 33, 21, 32

nimo de "bonachón"), sino de los que trabajan en favor de la paz. A estas dos bienaventuranzas de acción podríamos añadir también la octava, que concierne a los que obran la justicia.

Las otras cinco bienaventuranzas se refieren a actitudes fundamentales, a disposiciones de espíritu: la pobreza espiritual y la no violencia, el ardiente deseo de la justicia y la limpieza de corazón. Hay que añadir a ellas la bienaventuranza de los que sufren; según el contexto, no parece tratarse de personas que sufren en virtud de causas exteriores, sino de personas afligidas interiormente: una aflicción espiritual.

Estas actitudes de espíritu y estos comportamientos se relacionan, en cada ocasión, con una promesa de dicha en el reino de Dios. Esto les da un color condicional. Podríamos enunciarlas así: "Dichosos vosotros si sois pobres de espíritu, porque entonces es vuestro el reinado de Dios". En esta perspectiva, cada una de las bienaventuranzas de Mateo se convierte en una llamada para realizar las condiciones gracias a las cuales se podrá entrar en la dicha del reino. Cada una se presenta como una exhortación urgente para hacerse con las cualidades requeridas para participar en la salvación ofrecida por el evangelio.

## EL PERDON PIDE EL DON DE LA VIDA

A cada palabra del sermón de la montaña le precede algo. Precede la predicación del reino de Dios. Precede la asistencia y consuelo de ser los discípulos hijos del Padre (Mt 5, 16, 5:45, 5, 48, entre otros). Precede el testimonio sobre sí mismo, dado por Jesús con palabras y con obras. El modelo de Cristo está tras cada palabra del sermón de la montaña.

*Hay algo que precede.* Partiendo de esta concepción totalmente decisiva para la recta inteligencia del sermón de la montaña, quedaran claras dos cosas.

Primera: *la dificultad de las exigencias de Jesús.* Ahora es cuando podemos comprenderla. La doctrina que Jesús propone a sus discípulos va dirigida a hombres liberados ya de los poderes del demonio merced a la buena nueva. A hombres que ya están dentro del reino de Dios cuya calidad irradian. A hombres que han sido perdonados, que encontraron la perla preciosa y han sido invitados a las bodas. A hombres pertenecientes por su fe en Jesús a la nueva creación, al mundo nuevo de Dios. Doctrina dicha a hombres en cuyas vidas irrumpió ya ese

gran gozo del que nos habla la parábola del tesoro escondido en un campo, cuando quien lo encuentra se llena de alegría, y vende todo lo que tiene. Doctrina dirigida a hijos pródigos recibidos nuevamente por el Padre en su casa.

Jesús les anuncia a todos ellos: *vivid ya los tiempos de la salvación.* Pero propio de estos tiempos es también que la voluntad divina rija con todas sus exigencias. La presencia del reino de Dios significa vigencia del derecho puesto por él para el mundo que viene. Y este derecho es perdón soberano, a la vez que voluntad santa, porque el consuelo de su perdón es también pretensión de Dios sobre toda nuestra vida.

Todo esto nos lo dice Jesús sin rehuir el empleo de imperativos. Desde ahora, no te irrites contra tu hermano, evita la mirada impura, esfuérzate en conseguir la sinceridad completa, ama a tu enemigo.

La dificultad de las exigencias de Cristo sólo es comprensible partiendo de la magnitud del don de Dios.

(J. Jeremías, *Palabras de Jesús*, Fax, Madrid 1970, 89-93)

# DICHOSOS LOS QUE ELIGEN SER POBRES Y LOS NO VIOLENTOS

Vamos a estudiar juntas estas dos bienaventuranzas de Mateo: los que eligen ser pobres y los no violentos (los “pobres de espíritu” y los “mansos” de las traducciones clásicas).

La bienaventuranza de los no violentos, como hemos visto, se explica bastante naturalmente como un desdoblamiento de la bienaventuranza de los pobres. Esta procedía de Is 61, 1, donde se trataba de los *anawin*. La bienaventuranza de los no violentos está sacada literalmente del Sal 37, 11: “*los no violentos poseerán la tierra*” o “*van a heredar la tierra*”. La palabra “no violento” es traducción de la misma palabra *anawin*. Las dos traducciones distintas de una misma palabra son perfectamente válidas y nos permiten tomar conciencia de los matices de la palabra hebrea.

Estas dos bienaventuranzas indican simplemente dos aspectos de una misma y única actitud de espíritu, señalada en la primera bienaventuranza por “los que eligen ser pobres”. El estudio de las palabras “no violento” y “pobre” nos mostrarán que se trata en ambos casos de la misma realidad.

## 1. LOS NO VIOLENTOS

Resulta menos importante buscar cuál es la palabra más adecuada para traducir al castellano la palabra griega (*praüs*: manso, no violento, más bien que “humilde”) que averiguar las resonancias que tenía este término, lo que evocaba en aquella época. Repasemos algunos textos.

### El salmo 37

Veamos en primer lugar el sentido de la palabra en el Sal 37, ya que nuestra bienaventuranza proviene de él. Aunque es un salmo alfabético (cada versículo empieza por una de las letras del alfabeto por orden), este salmo es bastante coherente. Intenta tranquilizar a las almas piadosas que podrían escandalizarse ante el espectáculo de la prosperidad de los impíos y la desolación de los justos, que acaban siempre recibiendo prosperidad y felicidad. Se trata de una sabiduría muy corta, que adquirirá

otra dimensión cuando se crea en la vida después de la muerte.

Ante la prosperidad de los impíos, las almas piadosas corren el peligro de exasperarse: “No te exasperes”, les dice en tres ocasiones el salmista (v. 1. 7. 8), esto es, no pierdas la paciencia, no te irrites, no te rebelles. Al contrario (v. 7), hay que guardar silencio ante el Señor y esperar con paciencia: nada de ira (v. 8), sino una sumisión humilde, paciente, confiada en el Señor (v. 3. 4 5 7 9 34). Y para establecer esta tranquila confianza en el ánimo de su lector, el salmista le repite en todos los tonos que un pecador no llega nunca a viejo (v. 9 10. 22 28 34 38) y que, por el contrario, el Señor asegura a los justos la herencia de la tierra según la promesa hecha a Abrahán (v. 10. 22. 27 29. 34. 37):

*“Porque los que obran mal son excluidos,  
pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra.  
Aguarda un momento: ya no está el malvado,  
fíjate en su sitio; ya no está ahí,  
mientras los sufridos poseerán la tierra  
y disfrutarán de paz abundante”* (v. 9-11).

Los *anawín* son aquellos que ponen su confianza en el Señor y que no se exasperan ante la prosperidad de los pecadores, aquellos que —según la feliz expresión del v. 7— “descansan en el Señor y esperan en él”<sup>1</sup> La biblia griega, los Setenta, han traducido la palabra *anawin* por “mansos”; es bastante exacto, aunque un poco estrecho; podría pensarse más bien en una humilde confianza. Este significado de humilde confianza, de paciencia, de no irritación, es el que mejor cuadra a otras seis utilizaciones de este término en el salterio.<sup>2</sup>

## El ejemplo de Moisés

He aquí un texto muy claro: “Moisés era el hombre más sufrido del mundo” (Núm. 12, 3). La palabra “sufrido” traduce aquí una vez más la palabra hebrea *anaw* o la griega *praús*. ¿En qué consiste esta cualidad ejemplar de Moisés? Algunos relatos nos hacen pensar que no era tan

*manso* como se piensa y que a veces era terriblemente violento, por ejemplo cuando rompe las tablas de la ley. ¿Qué nos dice el contexto? María y Aarón emprenden una campaña contra él para destruir su autoridad. Ante todas aquellas acusaciones, Moisés no se defiende, de forma que es Dios mismo el que se ve obligado a hacerlo: convoca a los culpables en la tienda de las reuniones, su cólera se derrama sobre ellos y María es castigada con la lepra. Dejándose llevar de su carácter, Moisés intercede entonces por su hermana. Advertimos aquí el contraste entre el que es sufrido y el que se exaspera. Moisés es el hombre tranquilo, paciente, manso en la contradicción; es Dios el que se irrita y deja que explote su cólera.

## El ejemplo de Hillel

En la época de Jesús, los fariseos estaban divididos en dos grandes escuelas rivales relacionadas con dos maestros que vivían en la época de Herodes: Hillel el grande, representante de la escuela más comprensiva (Gamaliel y san Pablo pertenecían a esta escuela), y Shammai, que representaba a la escuela rigorista. Hillel se había convertido, en la tradición judía, en un modelo de mansedumbre; había toda una serie de historias encargadas de recordarlo. Se cuenta, por ejemplo, que tres paganos fueron a ver a Shammai para decirle que querían convertirse al judaísmo, pero ponían unas condiciones inaceptables. Indignado Shammai, los echó fuera de su casa: no hay que poner condiciones para la conversión. Los tres paganos fueron entonces a ver a Hillel, que les escuchó y les explicó por qué eran inaceptables sus condiciones. Los tres paganos renunciaron entonces a poner condiciones y se unieron al pueblo elegido. Uno de ellos fue a dar las gracias a Hillel: “Manso Hillel, que las bendiciones descansan sobre tu cabeza porque me has hecho entrar bajo las alas de la Shekiná (esto es, la presencia divina)”. Y se decían entre sí: “La irritación o la indignación de Shammai nos quería echar del mundo, la mansedumbre de Hillel nos ha hecho entrar bajo las alas de la Shekiná”. Volvemos a encontrar aquí la oposición entre la irritación y la mansedumbre. Otra anécdota: Hillel tenía un invitado; su mujer prepara la comida y en el mismo momento en que iba a servirla se presenta un pobre, le da la comida y empieza a preparar de nuevo otro plato; cuando finalmente se presenta a la mesa, Hillel le pregunta tranquilamente por qué ha tardado tanto; se lo

<sup>1</sup> Los musulmanes se definen precisamente por esta actitud. Los muslim (o musulmanes) son los que se someten totalmente a Dios o se entregan a él. Cuando Dios le dijo a Abrahán: Sométete él respondí: Me someto al señor del universo. Esta sumisión (*islam*) fue el testamento de Abrahán a sus hijos. (Corán II 125 126 ó 131-132)

<sup>2</sup> Sal 25 9 34 3 76 10 147 6 149 4)

explica e Hillel la aprueba. Y el relato concluye: este es un buen ejemplo para los que tienden a impacientarse en la mesa. Cuando en el siglo I de nuestra era se hablaba de un hombre manso, la primera imagen que se les debía ocurrir era la de Hillel.

Vemos así un poco mejor qué es un "manso": el que no se irrita, el que no se enfada, el que sabe quedarse tranquilo y pacífico, mostrando una paciencia inalterable. No hay en él nada de dureza ni de violencia. Es un no violento.

## 2. LOS POBRES DE ESPIRITU

Consideremos en primer lugar el añadido "*de espíritu*". Se encuentra frecuentemente esta construcción en la biblia: se añade un determinativo (sustantivo, adjetivo, participio...) a una palabra principal para advertirnos que esta palabra no tiene que entenderse en el sentido habitual. Aquí, este determinativo "*de espíritu*" nos indica que no se trata de la pobreza en sentido de indigencia, sino de una disposición espiritual. Tenemos otro ejemplo en las mismas bienaventuranzas: "dichosos los puros de corazón". El adjetivo "puro" significa limpio, sin mancha. La añadidura de la palabra "*de corazón*" indica que la imagen tiene que ser interiorizada; se trata por consiguiente de una disposición espiritual. Así es cómo, sobre todo en los libros sapienciales, se habla de un hombre "alto de espíritu", es decir, orgulloso, "bajo de espíritu", es decir, humilde, "largo de espíritu", es decir, paciente, "corto de espíritu", esto es, impaciente.

Por tanto, no se trata aquí de pobres en el sentido ordinario. Pero, ¿cómo trasladar esta noción de pobreza a un plano espiritual? Ya los padres de la iglesia se plantearon este problema: para unos, esto significaba "humilde", pero para otros se refería al desprendimiento interior frente a los bienes de la tierra. La exégesis moderna ha rechazado generalmente estas dos interpretaciones para proponer otras muchas, ninguna de las cuales ha logrado imponerse sobre las demás.

Afortunadamente, después del descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, en Qumrán, vemos las cosas más claras. En efecto, en esos textos se encuentra tres veces la expresión "*anwey ruah*", esto es, la palabra *anawin* con el determinativo *ruah* (= espíritu). Se encuentra también varias veces la expresión inversa "*ruah anawah*" = espíritu de pobreza.

La palabra hebrea *anawin* evoca la imagen de "encorvado": los que se han encorvado o se encorvan. Es la actitud del débil que no es capaz de resistir y defenderse, y se ve obligado a ceder ante los poderosos. Nuestra palabra castellana "pobre" viene del latín *pauper* que designa al que tiene poco en el aspecto cuantitativo; nos situamos entonces en el punto de vista económico. En hebreo, el pobre es considerado sobre todo como un ser humillado, rebajado, un hombre que no consigue hacer respetar sus derechos. Los *anwey ruah*, los "pobres en espíritu" son personas que se encorvan interiormente, que no resisten, que no se rebelan, personas que poseen la *ruah anawah*, el espíritu de pobreza, una actitud espiritual hecha a la vez de humildad, de paciencia y de mansedumbre.

Ahora queda claro que tenían razón los padres de la iglesia que interpretaban *humildes*, aunque eran incapaces de justificar su interpretación. Este "pobre de espíritu" no quiere decir humilde ni en griego, ni en latín, ni en siríaco. Tendríamos aquí un caso de tradición que se remontaría a una época en la que no se conocía todavía el hebreo, una vieja tradición que se había mantenido durante siglos.

Y aquí es donde hay que hacer la trasposición: los pobres de espíritu son los encorvados interiormente, los humildes.

## 3. LOS POBRES DE ESPIRITU Y LOS MANSOS

Hay manifiestamente un vínculo muy estrecho entre estas dos expresiones: pobres de espíritu y mansos. Se trata de una misma y única actitud de espíritu, la *anawah* de los monjes de Qumrán, donde se unen la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la no violencia, con la sumisión y la docilidad.

Para ilustrar esta actitud de espíritu, podemos apelar a la segunda parte del libro de Isaías, a la catequesis primitiva y al propio Mateo.

a. La segunda parte del libro de Isaías resulta especialmente interesante, ya que es la que ha inspirado las bienaventuranzas de Jesús. Hay dos textos que nos muestran la predilección de Dios por una actitud compuesta de humildad y mansedumbre: "*Así dice el alto y excelso...: Estoy sentado en la altura sagrada, pero estoy*



con los de ánimo humilde y quebrantado, para reanimar a los humildes, para reanimar el corazón quebrantado" (Is 57, 15). "En ése pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras" (Is 66, 2).

Es sabido que, según Mateo, el propio Jesús se designará como un maestro manso y humilde de corazón (Mt 11, 29).

b. En la catequesis de la iglesia primitiva es frecuente el tema que asocia constantemente la humildad a la mansedumbre, y también generalmente a la paciencia. Todo esto es una sola cosa. "Como elegidos de Dios, consagrados y predilectos, vestíos de ternura entrañable, de agrado, humildad, mansedumbre, paciencia; conlevoos mutuamente y perdonaos cuando uno tenga queja contra otro" (Col 3, 12). "Un favor os pido yo, el prisionero por el Señor: que viváis a la altura del llamamiento que habéis recibido; sed de lo más humilde y manso, sed pacientes y conlevoos unos a otros con amor" (Ef 4, 2). Este mismo tema se presenta a veces de forma negativa: "En vez de obrar por egoísmo (positivamente: obrando con humildad), cada cual considere humildemente que los otros son superiores" (Flp 2, 3). "Incluso si a un individuo se le cogiera en algún desliz, vosotros, los hombres de espíritu, recuperad a ese tal con mucha mansedumbre; estando tú sobre aviso, no vayas a ser tentado también tú (invitación a la humildad)" (Gál 6, 1).

Este mismo tema aparece en la primera carta de Pedro: "Tened todos la misma actitud y sed compasivos, con afecto de hermanos, buen corazón y humildad (se espera oír hablar de mansedumbre; de hecho, el autor continúa). No devolváis mal por mal ni insulto por insulto (es la mansedumbre, aunque no salga esta palabra)" (1 Pe 3, 8).

Y el tema sale de nuevo a relucir en los primeros padres. Así, san Clemente de Roma escribe en un texto que convendría leer todo entero: "Impureza, presunción, temeridad para los malditos de Dios; benevolencia, humildad, mansedumbre entre los benditos de Dios" (1 Clem 30, 8). Ignacio de Antioquía presenta la actitud cristiana frente a los que no comparten nuestra fe: "Frente a su cólera sed mansos; frente a su arrogancia sed humildes. Mostrémonos hermanos suyos por nuestra benevolencia" (Ad Eph 10, 2-3). También se encuentra un eco de este tema en la manera con que Hermas caracteriza al verdadero profeta, en oposición al falso: "El que posee el espíritu de lo alto es manso, tranquilo y humilde" (Mand 11, 8).

Estas recomendaciones reflejan muy bien la actitud que las dos primeras bienaventuranzas de Mateo exigen a los cristianos. Pero detrás de estas bienaventuranzas está ante todo el ejemplo del mismo Jesús, manso y humilde de corazón.

c. El evangelio de Mateo nos ofrece la mejor explicación práctica de estas dos bienaventuranzas. Vamos a detenernos en un texto que constituye su mejor paralelismo y que va a renovar nuestra visión no sólo sobre el comienzo de las bienaventuranzas, sino sobre el conjunto de la serie.

Mateo es el único que nos refiere esta declaración de Jesús: "Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo (manso) y humilde: encontraréis vuestro respiro, pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera" (Mt 11, 28-30).

La expresión "soy manso y humilde de corazón" parece a primera vista algo diferente de las bienaventuranzas, en donde figura ciertamente la palabra "manso", pero donde se dice "pobre de espíritu" en lugar de "humilde de corazón". Pero ya hemos visto que se da una real equivalencia entre ellas y que bajo la expresión de "pobre de espíritu" se encierra el sentido de "humilde de corazón". Se comprende fácilmente que Mateo, al recibir de la tradición una bienaventuranza que habla de los "pobres", haya querido explicitar el significado espiritual de la palabra sin creerse autorizado a sustituirla por la palabra "humilde" que habría sido más clara.

Examinemos primero la declaración de Jesús en sí misma antes de situarla en el contexto del evangelio.

### 1. La declaración de Jesús en sí misma

Los tres versículos que acabamos de leer constituyen la tercera estrofa de lo que se llama habitualmente "el himno de júbilo". Lucas posee las dos primeras estrofas, pero no la tercera, que es propia de Mateo. ¿Cuál es la más original? Se comprende más fácilmente la añadidura de esta estrofa que su supresión. Si Lucas la hubiera encontrado en su fuente, no se ve por qué la habría suprimido. Al contrario, se ve fácilmente a Mateo recibiendo este texto de su tradición y añadiéndolo al himno.

Este nuevo conjunto es muy coherente, a pesar de que la relación de este añadido es más clara con la primera estrofa que con la segunda. He aquí el comienzo:

*"Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien".* El texto original yuxtapone simplemente las dos proposiciones de bendición a Dios *porque* ha escondido esas cosas a los sabios y *porque* las ha revelado a los sencillos. Esto da la impresión de que Jesús da gracias a Dios por haber ocultado sus secretos a los sabios. Pero esto se debe a la índole especial de la lengua hebrea y aramea que yuxtapone las frases, porque no sabe subordinarlas. Nos toca a nosotros hacer esta subordinación. Por ejemplo, cuando los discípulos de Juan bautista le preguntan a Jesús: *"¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos y tus discípulos no ayunan?"*, no preguntan ciertamente por qué ellos mismos ayunan; su pregunta se refiere sólo a la segunda parte de la frase: por qué no ayunan los discípulos de Jesús. Por eso hay que comprender así la pregunta: *"¿Por qué, a pesar de que nosotros ayunamos, no ayunan tus discípulos?"*.

Lo mismo ocurre en nuestro texto. Jesús da gracias especialmente al Padre por el don, por la revelación hecha a los pequeños, un don tanto más digno de aprecio cuanto que no se les ha concedido a los sabios. No es que Jesús dé las gracias por la falta de revelación.

El vocabulario de esta acción de gracias es muy significativo. "Sabios" y "entendidos" son los apelativos habituales de los doctores judíos, mientras que "gente sencilla" es precisamente la manera con que esos mismos doctores designan a los "simples", muchas veces con un matiz despreciativo. Encontramos este mismo vocabulario en la carta a los romanos donde Pablo se dirige hipotéticamente a un doctor judío: *"Te respaldas en la ley, te glorias de Dios, conoces su voluntad y, doctrinada por la ley, aciertas con lo mejor; con eso estás convencido de ser guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, educador de ignorantes, maestro de simples, por tener el saber y la verdad plasmados en la ley"* (Rom 2, 17-20).

Mateo ha percibido muy bien ese matiz antidocloral del comienzo de este himno. La revelación que se les niega a los doctores de la ley se les concede a personas totalmente privadas de instrucción religiosa. Se ve cómo sobre esta antítesis Mateo puede añadir una más: Jesús, frente a esos mismos doctores, no opone ya a la gente simple, sino a sí mismo, "manso y humilde de corazón".

Es ahora el mismo Jesús el que se dirige a la gente sencilla. Los doctores de la ley pretenden ser sus guías, pero de hecho les imponen cargas insoportables. Es el reproche que les hace Jesús en Mt 23, 4. Jesús no será un maestro como ellos. Es desde luego un maestro, y por tanto tendrá exigencias que se presentan bajo las dos imágenes clásicas del yugo y de la carga. El yugo que Jesús propone a sus discípulos es un yugo fácil de llevar, bien adaptado, que no hiere a las espaldas, algo así como el yugo que utilizaban para llevar los cubos. Y su carga es ligera; no se trata de un peso aplastante, por encima de las fuerzas del que tiene que llevarlo. Jesús no impone obligaciones duras, excesivas. La religión que propone es llevadera, fácil, mientras que los doctores de la ley abruman a la pobre gente con observancias y prácticas que hacen la vida imposible. Jesús ofrece una religión ancha, llena de paz, un verdadero descanso en oposición a los esfuerzos y fatigas que proponen los otros.

Pero la diferencia no está sólo entre la enseñanza de Jesús y la de los doctores; se sitúa más profundamente en las disposiciones personales de esos respectivos maestros. Al señalar sus propias disposiciones, Jesús las opone implícitamente a las disposiciones de los doctores judíos. Sin decirlo formalmente, Jesús les reprocha dos cosas: su dureza y su orgullo.

Estas disposiciones interiores de Jesús, humildad y mansedumbre, tienen que ser para los débiles un impulso para que acudan a su escuela, para que se hagan sus discípulos. Sabrán que ese maestro es capaz de comprender su debilidad, de mostrarse paciente con ellos. Sabrá tener en cuenta sus posibilidades reales, buscando de verdad su bien más que el triunfo de sus propias ideas.

## 2. La declaración de Jesús en el contexto del evangelio

El texto que acabamos de leer forma parte de un conjunto propio de Mateo que, sin emplear las mismas palabras, pone de relieve la mansedumbre y la humildad de Jesús.

El retrato de Jesús que nos presenta Mateo es muy complejo. Comparado con el de Marcos y Lucas, el Jesús de Mateo es mucho más majestuoso. Se le ha comparado frecuentemente con el Cristo Pantocrátor de los mosaicos bizantinos. Así, por ejemplo, en Mateo, para dirigirse a Jesús antes hay que "avanzar hasta él" (este

verbo *prosérjomai* aparece en él 56 veces). Pero al mismo tiempo ese Cristo de Mateo es mucho más manso, humilde y discreto. Estos dos aspectos componen el retrato de Jesús en Mateo. He aquí dos textos característicos.

**Mt 12, 15-21.** Jesús es criticado por sus enemigos porque no comparte su forma de concebir el descanso sabático y se ponen a deliberar sobre la manera de acabar con él. Jesús se retira, se va, les cede el sitio. Pero, a pesar de retirarse, sigue curando a los enfermos. Estas curaciones y milagros servirán a su causa. Pues bien, esto es lo que Jesús parece temer. Manda severamente que guarden silencio (v. 16). Esta actitud de Jesús puede parecer extraña. Para explicarla, para explicar su deseo de evitar cualquier conflicto, Mateo recoge una larga cita de Isaías, haciendo en ella algunos retoques que realzan la imagen de Jesús. Esta cita constituye quizá el mejor retrato de Jesús según Mateo, al mismo tiempo que el mejor comentario de las bienaventuranzas: *“Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra, y sus leyes que esperan las islas”* (Is 42, 1-4).

No encontramos aquí las palabras “mansedumbre” ni “humildad”, pero es ésa precisamente la actitud que se subraya: no grita, no vocea; no rompe, no apaga...

**Mt 21, 5. La entrada de Jesús en Jerusalén.** Es el único lugar donde vuelve a aparecer el adjetivo “manso” (que no se encuentra en ninguno de los otros tres evangelios). Jesús llega a Jerusalén montado en un pollino. Se presenta así como el rey lleno de mansedumbre anunciado por el profeta Zacarías. En su cita, Mateo deja caer cierto número de detalles para fijarse solamente en ese adjetivo “manso”. Jesús cabalga sobre un pollino. El texto de Zacarías opone fuertemente el asno al caballo. El

caballo es el animal de guerra; a la biblia no le gustan los caballos; son animales de combate. Venir sobre un asno expresa la no violencia de este rey, su mansedumbre, su humildad.

Así, para comprender mejor las dos primeras bienaventuranzas de Mateo, nos encontramos con unos textos que nos hablan de la mansedumbre y de la humildad de Jesús.

Empezamos nuestro estudio intentando encontrar el sentido de las bienaventuranzas en los labios de Jesús y la proclamación de la bienaventuranza de los pobres se nos presentó con toda su fuerza tremenda. Nuestra primera impresión, al leer la interpretación de Mateo, es decepción: volvemos a caer en la moral. Jesús se centraba en Dios y aquí tenemos la impresión de que volvemos a caer en el hombre, de que no estamos ya a la altura del pensamiento de Jesús cuando, al hablar de los pobres, nos revelaba a Dios, el amor que Dios tiene a los pobres.

Y luego, tras la reinterpretación de Mateo, se ve dibujar en filigrana la persona del propio Jesús, la persona de Jesús tal como la vio Mateo, sin duda mejor que los otros evangelistas. Es Lucas a quien Dante llamaba *“escriba de la mansedumbre de Cristo”*; y sin embargo, es Mateo y no Lucas el que habla de la *“mansedumbre” de Cristo*.

La cristología y la vida cristiana están ligadas entre sí. Al redactar sus bienaventuranzas, Mateo está preocupado ciertamente de la manera cristiana de vivirlas; pero las bienaventuranzas de Mateo no son programa de vida cristiana más que por ser reflejo de la imagen que nos da de Jesús el evangelio de Mateo. Mateo refuerza el vínculo que unía, desde el comienzo, a las bienaventuranzas con el que las pronunció. Mateo comprende las bienaventuranzas como una exigencia divina para con los cristianos. Pero las entiende al mismo tiempo como una revelación que hace Jesús de sus propias disposiciones interiores. La relectura de Mateo no es simplemente la de un moralista, sino la de un creyente que reconoce en Jesús el modelo de toda vida cristiana.

Todas las exigencias del evangelio se reducen finalmente a ésta: conformar nuestros sentimientos a los de Cristo Jesús.

# DICHOSOS LOS QUE PRESTAN AYUDA (MISERICORDIOSOS) Y LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

Las bienaventuranzas de Mateo, tomadas en general, afectan a unas actitudes profundas, a unas disposiciones interiores. Pero hay dos bienaventuranzas que desdican del conjunto, ya que se refieren, más que a una disposición espiritual, a cierta manera de obrar; miran más al obrar que al ser. Son las bienaventuranzas de los misericordiosos y de los pacíficos. Podemos estudiarlas juntas porque son las dos bienaventuranzas del amor al prójimo.

## 1. LOS MISERICORDIOSOS QUE OBTENDRAN MISERICORDIA

La misericordia de que se trata aquí no es una simple sensibilidad de corazón que lleva a compadecerse de la desgracia ajena. El texto se refiere más bien a cierta manera de obrar, de comportarse con los demás. Esta bienaventuranza nos previene que Dios utilizará con nosotros la misma medida que utilizemos nosotros con los demás (cf. Mt 7, 2). Ser misericordioso es mostrar misericordia, como indica la conclusión de la parábola del buen samaritano (Lc 10, 37). Uno de los mejores lugares

paralelos de esta bienaventuranza en el Nuevo Testamento, pero bajo forma de amenaza, se encuentra en la carta de Santiago: *"El juicio será sin corazón para quien no tuvo corazón"* (Sant 2, 13). La misericordia que pide Santiago es el amor al prójimo, especialmente al pobre.

Si queremos concretar más lo que hay que entender en Mateo por "conducta misericordiosa", se abren ante nosotros dos pistas que vamos a explorar sucesivamente:

- se es misericordioso perdonando a los otros;
- se es misericordioso ayudando a los que se encuentran en apuros.

### a. Perdonar

El tema del perdón encuentra su mejor expresión en la parábola del siervo despiadado (Mt 18, 23-35). El empleado incapaz de devolver al rey la suma fantástica de 10.000 talentos le suplica: *"Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré"*. Del mismo modo, su compañero, que le debe sólo 100 denarios, le dice: *"Ten paciencia conmigo, que te lo pagaré"*. Estos dos empleados hacen la mis-

ma súplica; piden un poco de paciencia. No se trata aún de misericordia.

Ante los apuros del primer empleado, el rey se siente compasivo y le perdona su deuda. Al contrario, este mismo empleado se muestra duro con su compañero y le hace entrar en la cárcel. De ahí, el reproche del rey que constituye la conclusión de la parábola de Jesús: “¿No era tu deber tener también compasión de tu compañero como yo la tuve de tí?”. El rey no sólo demuestra tener paciencia, sino que, lleno de compasión, perdona la deuda; al obrar de este modo, se muestra misericordioso. Es lo que debería hacer también el primer empleado con su compañero.

Pero la parábola no se detiene aquí. Mateo añade una conclusión para ilustrar más claramente todavía el deber cristiano del perdón.

Mateo inserta esta parábola en lo que se ha llamado el discurso sobre la vida en comunidad (Mt 18). Al proceder de este modo, insiste en un aspecto que la parábola no desarrollaba, en un aspecto que le ha parecido importante para su comunidad.

La parábola insistía en la necesidad de perdonar. Mateo la une con un pequeño relato que demuestra la necesidad de no cansarse nunca de perdonar y añade una conclusión que hace del perdón una condición para entrar en el reino de los cielos.

En el relato que sirve de introducción a la parábola, Pedro le pregunta a Jesús: “Si mi hermano me sigue ofendiendo, ¿cuántas veces lo tendré que perdonar?, ¿siete veces?...” “Siete veces, —responde Jesús—; setenta y siete”. El perdón tiene que repetirse de manera indefinida.

Esta introducción tiene al mismo tiempo como consecuencia hacer del perdón una condición para entrar en el reino. Lo sugiere ya el mismo comienzo de la parábola, cuando habla del reino a propósito del deber de perdonar; pero queda perfectamente claro en la conclusión nueva del v. 35: “Lo mismo os tratará mi Padre del cielo, si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano”. Mateo concreta igualmente un aspecto que no se indicaba claramente en la parábola: hay que perdonar desde el fondo del corazón; pero sobre todo cambia la perspectiva de la parábola. En ésta el rey decía: tú debes perdonar como yo te he perdonado; la conclusión declara: tú serás perdonado como hayas perdonado. Es la perspectiva del *Padre nuestro*: “Perdónanos... así como nosotros perdonamos”. La misericordia que hayamos demostrado a los demás

tiene que asegurarnos la misericordia de Dios el día del juicio. Esta perspectiva es igualmente la de la quinta bienaventuranza.

De pasada, podemos comprender la preocupación pastoral del evangelista que, en una parábola que recibe de la tradición, insiste en los aspectos que le parecen más importantes para su comunidad.

Podrían estudiarse otros muchos textos que ilustran este primer aspecto de la misericordia. Pero éste es el más representativo.

## b. Ayudar a los que se encuentran en apuros

Mostrarse misericordioso es perdonar de corazón y de manera indefinida. Pero es también ayudar a todos los que están necesitados. El texto más claro es, en esta ocasión, la descripción del juicio final: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme...” (Mt 25, 31-46).

No encontramos aquí la palabra “misericordia”, pero esta lista se inspira directamente en las acciones que el judaísmo llamaba “obras de misericordia”, aunque con algunas pequeñas variantes. El judaísmo habría hablado de una obra de misericordia especialmente importante que era sepultar a los muertos. “Visitar a los encarcelados” no es una buena obra clásica; el judaísmo habría hablado más bien de “rescatar a los prisioneros”; pero esto supone que se tienen medios económicos para hacerlo. Mateo no propone en su lista más que las buenas obras que son accesibles a todo el mundo, incluso a los que no tienen nada.

Con tal que añadamos a ello el perdón —la buena obra de misericordia típica evangélica—, tenemos en esta enumeración una idea bastante exacta de la conducta que evoca esta quinta bienaventuranza.

## 2. LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

Esta bienaventuranza no habla de los hombres “pacíficos” en el sentido que tiene esta palabra entre nosotros: personas que se dedican a vivir en paz, en buena armonía con todo el mundo. Esta clase de paz está destinada ante todo a ellos mismos. No es ciertamente nada malo, y la

catequesis primitiva recomienda con frecuencia esta actitud: Rom 12, 18; 14, 19; 2 Cor 13, 11; 2 Tim 2, 22; Heb 12, 14. Pero la palabra que se emplea en esta bienaventuranza no se refiere en primer lugar a esta actitud. No se trata solamente de vivir en buenas relaciones con los demás. "Pacífico" dice demasiado poco. Otra traducción que a veces se ha propuesto, "pacificadores", dice quizá demasiado.

Los **pacificadores** son personas que disponen de un poder, gracias al cual imponen a los demás el vivir en paz, reprimiendo si es necesario a los que se empeñen en perturbar esa paz. El nombre de "pacificadores" se concedía a los emperadores romanos que imponían la paz en su imperio y más allá de las fronteras con la fuerza militar y a veces la policial. Cristo conquistó este título con su victoria en la cruz en donde impuso la paz a las potencias celestiales (Col 1, 20; véase paralelo en Ef 2, 15).

Aquí no se trata ni de pacíficos ni de pacificadores, sino de una categoría intermedia que podemos traducir por "los que trabajan por la paz". Sólo se puede apelar en este sentido a un texto del Antiguo Testamento (Prov 10,10), pero los escritos rabínicos, por el contrario, son muy claros. Trabajar por la paz se convierte en una obra de misericordia muy importante en el judaísmo a partir del siglo I. Y se comprende fácilmente. Si las obras de misericordia consisten en ayudar a las personas que están en dificultades, no son los esposos que andan reñidos ni los amigos que se han enfadado los que menos necesidad tienen de ayuda. Es algo muy delicado reconciliar, enseñar a vivir en paz a los esposos y a los amigos; pero es una obra sumamente meritoria. Según los doctores judíos, el mejor servicio que se puede prestar al prójimo es ayudarlo a reconciliarse con los demás, buscar la paz con todos. En este sentido se interpretaba, por ejemplo, el oráculo de Malaquías (3, 23-24): "*Os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor, grande y terrible; reconciliará a padres con hijos, a hijos con padres, y así no vendré yo a exterminar la tierra*": la misión de Elías, el precursor de la venida del Señor, será una misión de reconciliación. Elías vendrá a procurar la paz, especialmente en el interior de las familias.

Según el historiador judío Flavio Josefo, contemporáneo de los evangelistas, esta obra de pacificación tenía una importancia particular en la espiritualidad de los esenios, entre los cuales ya hemos visto el relieve que se le daba a la *anawah*, la pobreza espiritual.

No tiene nada de extraordinario encontrar esto en los

evangelios. Los doctores judíos tenían razón: traer la paz a la gente, ayudarles a reconciliarse, a vivir cordialmente es de verdad hacerles un buen servicio. Y no es extraño escuchar que Dios reconocerá a esos hombres por hijos suyos, porque la acción en favor de la paz entre los hombres está perfectamente de acuerdo con el amor que Dios les tiene, y Dios tiene que reconocerlo admitiéndolos a gozar en su reino de los privilegios reservados a sus hijos: Dios los llamará hijos suyos.

### 3. MISERICORDIOSOS Y ARTIFICES DE LA PAZ EN EL CONTEXTO DE MATEO

Intentar situar estas dos bienaventuranzas, tomadas justamente, en el contexto del evangelio de Mateo equivale a estudiar el amor al prójimo en este evangelio. En efecto, estas dos bienaventuranzas presentan dos formas concretas del amor al prójimo. Ver la importancia de este tema en su evangelio permitirá conocer mejor el significado de estas bienaventuranzas.

#### La regla de oro

Mateo relaciona esta sentencia con lo precedente: nos en lo que se llama "la regla de oro". Lucas la formula así: "*Tratad a los demás como queréis que ellos os traten*" (Lc 6, 31). Mateo se hace más insistente: "*Todo lo que queríais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significan la ley y los profetas*" (Mt 7, 12).

Mateo relaciona esta sentencia con lo precedente: "en resumen", pero la verdad es que no tiene mucha relación con lo que se dice inmediatamente antes. La regla de oro es más bien la **verdadera conclusión del sermón de la montaña**. Este sermón empezaba con un exordio: las bienaventuranzas y los cuatro versículos siguientes (5, 3-16); luego el v. 17 constituía como el título del sermón, como la proposición del tema general: "*No penséis que he venido a derogar la ley y los profetas. No he venido a derogar, sino a dar cumplimiento*". Aquí se trata de la ley y de los profetas y no es sin duda una casualidad el que vuelva a encontrarse esta expresión, añadida por Mateo, en la regla de oro. Jesús no deroga la ley y los profetas, sino que les da cumplimiento, precisamente reduciéndolo todo a un solo principio: "*Todo lo que queríais que hicie-*

*ran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos"*. El sermón no termina con este v. 12; los v. 13-27 constituyen un epílogo que corresponde al exordio. En el pensamiento de Mateo, *"todo lo que querriais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos"* no es más que una manera de decir: *"amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos"*. Y esto estaba ya en la ley: *"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Lev 19, 18).

## El mandamiento

Mateo cita por tres veces este mandamiento del amor al prójimo, mientras que Marcos y Lucas lo citan una sola vez. Hay buenas razones para creer que las otras dos veces es Mateo el que lo ha añadido, en el sermón de la montaña (5, 43) para extender el mandamiento del amor al prójimo al amor a los enemigos, y en el episodio del joven rico (19, 19) para introducir la invitación que Jesús le hace de vender todos sus bienes para distribuir el dinero entre los pobres.

En el pasaje en que los tres evangelistas citan el mandamiento del Levítico, Mateo se las arregla para dar mucho más relieve al deber de amar al prójimo. Se trata del episodio en que preguntan a Jesús cuál es el mayor mandamiento (Mt 22, 34-40). En Marcos y en Lucas se trata de una conversación en privado: un doctor de la ley va a buscar a Jesús para plantearle la cuestión de tú a tú. En Mateo, Jesús se encuentra en una reunión ante los fariseos, de quienes el doctor de la ley no es más que un portavoz; la escena es mucho más solemne. Por otra parte, el objeto de la pregunta es más concreto: no se trata de saber cuál es *"el primer mandamiento"*, sino cuál es *"el mandamiento principal de la ley"* (v. 36). Y en su conclusión Jesús repite: *"De estos dos mandamientos penden la ley entera y los profetas"* (v. 40); está en discusión toda la interpretación del Antiguo Testamento, en cuanto norma de conducta.

A Jesús le preguntan por un mandamiento; responde hablando de dos mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo. Es Mateo el que pone más de relieve el alcance de esta respuesta. En él, Jesús empieza citando el mandamiento de amar a Dios y concluye: *"Este es el mandamiento principal y el primero"*. Le han preguntado por el mandamiento principal; se acabó; la respuesta ya está dada. Por tanto, resulta un poco extraño oír que Jesús añada: *"Pero hay un segundo no menos importante:*

*Amarás a tu prójimo como a ti mismo"*. Ya es sorprendente que haya algo al lado del mandamiento principal; pero más extraño resulta todavía oír que del segundo se dice que es *"semejante al primero"* (lo cual es propio de Mateo, esto es, igual a él. Y la conclusión (v. 40) los pone efectivamente a la par, declarando: *"De estos dos mandamientos penden la ley entera y los profetas"*.

Para el judaísmo es normal la declaración de que el primer mandamiento es amar a Dios. Todo el alcance de la respuesta recae en el hecho de que el amor al prójimo no es menos importante. Precisamente por esta igual importancia que se le concede al segundo mandamiento es por lo que la religión de Jesús se distingue de la de los fariseos. Para Jesús, el amor al prójimo no se puede separar del amor de Dios.

Lo que Mateo ha sabido realzar tan bien en este pasaje nos permite comprender el lugar que ha querido conceder, en las bienaventuranzas, a estas dos formas concretas de amor al prójimo: prestarle ayuda y trabajar para que los demás vivan en paz y concordia.

## LA CORRECCION FRATERNA

Citado tres veces por Mateo, el mandamiento de Lev 19, 18 que prescribe amar al prójimo no forma más que una sola cosa con lo que el v 17 dice de la reprimenda que hay que hacer al prójimo que obra mal. La recomendación evangélica de reprender al hermano que peca (Mt 18, 15, Lc 17, 3) hace eco a este versículo. El contexto en que Mateo sitúa esta recomendación es significativo entre una instrucción sobre la solicitud que hay que observar con los "pequeños" que se extravían (18, 10-14) y el largo desarrollo sobre el deber de perdonar (18, 21-35). La corrección fraterna es una forma concreta, quizá muy importante, del amor que se le debe al prójimo. No es posible la indiferencia ante el mal que recibe un hermano que se mete por un mal camino. No existe una bienaventuranza para los que practican la corrección fraterna, pero no cabe duda del lugar que ocuparían entre las demás, se inscribiría naturalmente entre la bienaventuranza de los misericordiosos y la de los que trabajan por la paz, en el sitio que el evangelista ha reservado a los limpios de corazón.

# DICHOSOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN: ESOS VAN A VER A DIOS

La bienaventuranza de los corazones limpios propia de Mateo es muy interesante nos orienta hacia la unidad que tenemos que realizar en nuestra vida entre el trabajo y la oración

Antes de emprender el estudio de cada una de las expresiones pureza de corazón y ver a Dios puede ser útil mencionar dos textos que ilustran la relación que hay entre ellas

La bienaventuranza de los corazones limpios como la de los mansos pero de forma menos literal está sacada del salterio *Sal 24 3 6*

—¿Quién puede subir al monte del Señor?  
¿quién puede estar en el recinto sacro?  
—El de manos inocentes y puro corazón  
el que no se dirige a los ídolos ni jura en falso  
Ese recibirá la bendición del Señor  
le hará justicia Dios su salvador  
—Así son los que te buscan los que vienen  
a visitarte Dios de Jacob

En este texto no está la promesa de ver a Dios pero veremos como es ese deseo de ver a Dios lo que se expresa en venir a visitar (literalmente *buscar el rostro*)

de Dios Para ver a Dios hay que ser de manos inocentes y puro corazón

El segundo texto se encuentra en el *Tárgum palestino del Levítico*<sup>1</sup> En el c 8 del Levítico se nos presenta la gran ceremonia de la ordenación de Aarón y de sus hijos en el c 9 el sacrificio ofrecido por los nuevos sacerdotes y por todo el pueblo *Acercándose toda la comunidad se colocó ante el Señor Moisés les dijo Cumplid cuanto el Señor ha ordenado y se os mostrará su gloria* (Lev 9 5 6) He aquí la interpretación del Tárgum Se acercó toda la asamblea y se mantuvo con un corazón perfecto ante el Señor Y Moisés dijo he aquí lo que el Señor os ha mandado hacer *Quitad de vuestro corazón las malas inclinaciones y enseguida se os reve*

---

<sup>1</sup> En la época de Jesús la biblia se leía en las sinagogas en hebreo a pesar de que no se hablaba entonces aquella lengua desde hacía mucho tiempo Después de esta lectura venía su traducción al arameo la lengua ordinaria una traducción bastante libre parafraseada es lo que se llama *Tárgum* Los textos targumicos son muy interesantes para ver como se comprendían algunos textos en la época de Cristo [cf *In testamento* (Cuadernos bíblicos n 12) Estella 1978]



lará la gloria de la Shekiná (la presencia) de Dios". El texto del Levítico evocaba las purificaciones rituales. Al comentarador arameo le pareció esto insuficiente, e introdujo entonces en el texto la idea de una purificación radical, que consistía en arrancar del corazón las malas inclinaciones, esto es, la tendencia al pecado. Solamente entonces se podrá ver la manifestación de la gloria de Dios. Estamos muy cerca de esta bienaventuranza: para ver a Dios hay que purificar el corazón. Es verdad que la bienaventuranza promete una visión de Dios de un orden muy distinto, pero no carece de interés observar la asociación tan estrecha, desde el punto de partida, entre la idea de una purificación del corazón y la de ver a Dios.

## I. LA PUREZA DE CORAZON

¿Qué significa la "pureza de corazón"? La palabra "puro" quiere decir normalmente "limpio", en oposición a "sucio", "manchado". *"Uno que se ha bañado —dice Jesús a Pedro— no necesita lavarse más que los pies; está limpio todo"* (Jn 13, 10). Pero es evidente que, en este contexto, la palabra puro tiene una resonancia muy distinta. Antes de situarla en el contexto del evangelio de Mateo, escuchemos algunas de sus resonancias a través de la biblia.

### a. La pureza de corazón en el contexto judío

Categoría muy ritual en su origen, la pureza se fue haciendo cada vez más interior. He aquí algunas de estas etapas.

1. En los libros más antiguos de la biblia, la pureza es una categoría ritual. Así es como se distingue entre animales puros e impuros; no se trata evidentemente del problema de la limpieza de unos o de otros, sino de que en el trasfondo hay antiguos tabúes de orden ritual.

Lo mismo pasa cuando esta noción se aplica a las personas. El Levítico enumera toda una serie de maneras de contraer una impureza ritual. Con frecuencia se trata de un simple contacto: el hecho de tocar un animal impuro (gato, perro...), de tocar un cadáver o de infringir las prohibiciones alimenticias o sexuales.

Esta impureza ritual impide participar en el culto, pero no tiene en sí misma ningún carácter moral. Por ejemplo, era una obra especialmente meritoria delante de Dios sepultar a los muertos, aunque uno tuviera que quedar impuro hasta la noche por haber tocado a un cadáver. La madre era impura durante 40 días después del nacimiento de un niño y de 80 días después del de una niña, aun cuando la transmisión de la vida era buena y expresamente querida por Dios (cf. Gén 1, 28).

En Israel saben muy bien que las prescripciones sobre la pureza ritual no tienen nada que ver con la moral; pero no por eso pueden desdeñarse. Estas reglas se convierten en expresión religiosa del respeto que se debe a Dios. Son observadas en un espíritu de religión y no en sí mismas.

Esta idea de pureza ritual estaba evidentemente, en su origen, relacionada con una concepción sumamente grosera de la santidad de Dios.

2. La predicación de los profetas fue llevando progresivamente a Israel a descubrir que la santidad de Dios es de orden moral y, por tanto, paralelamente, que las condiciones para acercarse a Dios no son de orden ritual, más o menos mágico, sino de orden moral. Pasando así del plano ritual o sacral al plano moral, se llega pronto a la noción de pureza de corazón, de una pureza situada al nivel de la conducta, de las disposiciones interiores.

Un antiguo relato señala muy bien el conflicto entre estas dos concepciones. Se trata de un texto de la tradición elohísta escrito hacia el siglo VIII a. de C. en el reino del norte.<sup>1</sup> El libro del Génesis, en el c. 20, nos cuenta que Abrahán llegó a Guerar; hace pasar a su esposa Sara por hermana suya. Abimelec se lleva a Sara y quiere tomarla por mujer. Dios le avisa: *"Vas a morir por haber tomado esa mujer, que es casada"* (20, 3). Se han infringido las reglas de la santidad; por tanto, hay que pagar con la muerte. Abimelec protesta y protesta en nombre de la moral. Abrahán y Sara lo han engañado: *"Lo he hecho de buena fe y con manos limpias"* (v. 5). El argumento concluye; Dios reflexiona y lo reconoce: *"Ya sé yo que lo has hecho de buena fe y con manos limpias"*. Y como no ha habido adulterio, podrá Abimelec salir adelante, con la condición de que Abrahán interceda por él.

<sup>1</sup> Véase *El Pentateuco* (Cuadernos bíblicos, n. 13) Estella 1977 25

Así, pues, en dos ocasiones habla el texto bíblico de la integridad del corazón, que la biblia griega ha traducido por "limpieza de corazón". Nosotros diríamos que Abimelec ha actuado de buena fe y que por esa buena fe Dios le ha impedido llevar a cabo el delito hasta hacerlo irreparable.

En este texto nos movemos entre la concepción ritualista, más o menos mágica, y la concepción moral. El paso definitivo lo dará el autor del salmo 24.

3. En el salterio encontramos una concepción de la pureza del corazón que es la de **rectitud, de ausencia de toda falsía.**

Con el salmo 24, que ya hemos leído y en el que se inspira nuestra bienaventuranza, estamos en el plano exclusivamente moral. Las condiciones para presentarse delante de Dios se reducen a cuatro. Las dos primeras son generales: tener manos inocentes y un corazón limpio; las otras dos son aplicaciones concretas; no adorar a los ídolos (otros traducen: no seguir la vanidad, lo falso, lo vacío) y no jurar en falso.

El salmo 15 desarrolla este mismo tema:

*Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda  
y habitar en tu monte santo?*

*—El que procede honradamente y practica la justicia,  
el que habla sinceramente y no calumnia con su len-  
gua,*

*el que no hace mal a su prójimo ni difama a su veci-  
no.*

Es la misma insistencia en la rectitud, en la ausencia de toda falsía; la descripción del salmo 15 ayuda a comprender mejor el sentido en que el salmo 24 habla del "puro de corazón".

El salmo 73 establece esta misma asociación entre la inocencia de las manos y la pureza del corazón: "¿Para qué he conservado la conciencia limpia y he lavado mis manos en señal de inocencia?" (73, 13). Es el lamento del salmista al ver la prosperidad de los impíos. Y vemos de nuevo esta misma asociación en la carta de Santiago: "Acercaos a Dios y él se os acercará: lavaos las manos, pecadores; purificaos el corazón, indecisos" (Sant 4, 8).

Estas asociaciones habituales son importantes. El corazón y las manos son la sede de los pensamientos y el instrumento de las acciones; esto representa al hombre entero. (También se encuentran otras parejas: el corazón

y la boca, el corazón y los labios). Nosotros tendemos más bien a disociar las intenciones de los actos y a poner toda la importancia en las intenciones. Esta disociación es poco bíblica y muy poco conforme a la actitud de Mateo. Para Mateo, la disociación entre lo interior y lo exterior, entre lo que se piensa y lo que se dice o se hace, es precisamente una hipocresía. Atender sólo a la pureza de intención cuando se habla de la pureza del corazón resulta algo falso y peligroso. Más valdría, para conservar la nota bíblica y evangélica, comprender la pureza de corazón como una perfecta correspondencia entre lo de dentro y lo de fuera, entre las intenciones y las acciones. La pureza de corazón no prescinde de los actos; al contrario, lo que pasa es que hace recaer la atención en la fuente de donde provienen esos actos.

4. Así, pues, hay que hacerse dignos de acercarse a Dios por medio de toda la santidad moral de la vida. Es la purificación del corazón la que nos hace capaces de ofrecerle el culto que le agrada.

Y entonces se presenta una grave objeción para Israel: eso que Dios nos pide está por encima de nuestras posibilidades humanas. El hombre es demasiado profundamente pecador para cumplir esa exigencia de pureza de vida y de corazón.

El profeta Jeremías es el primero en exponer la respuesta a la objeción: lo que el hombre no puede hacer, lo hará Dios. Para que el corazón del hombre sea puro, es preciso que, mediante un acto creador, Dios le dé un corazón nuevo: "Les daré un corazón para que reconozcan que yo soy el Señor; ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios" (Jer 24, 7; cf. Jer 31, 31-34).

Esta intuición de Jeremías pasó a ser uno de los temas principales de Ezequiel: "Os rociaré con un agua pura que os purificará, de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que pongáis por obra mis mandamientos" (Ez 36, 25-27; cf. también 11, 19; 37, 14; 39, 29). Tenemos aquí muy concretamente el tema del corazón nuevo; ese corazón nuevo que Dios promete darle al hombre es también un espíritu nuevo y ese espíritu nuevo no es otro más que el espíritu de Dios mismo.

Esta promesa de Ezequiel se convierte en el tema de oración del salmo 51, el *Miserere*, pero con una diferencia: se pasa aquí del plano colectivo al plano individual.

*Purifícame con el hisopo: quedaré limpio;  
 lávame: quedaré más blanco que la nieve (v 9)  
 Oh Dios, crea en mí un corazón puro,  
 renuévame por dentro con espíritu firme;  
 no me arrojes lejos de tu rostro  
 (esto es: no me impidas verte),  
 no me quites tu santo espíritu;  
 devuélveme la alegría de tu salvación,  
 afiánzame con tu espíritu generoso. (v 12-14)*

El hombre es incapaz de purificar él mismo su corazón, en el que está demasiado profundamente arraigada la inclinación al mal. Es Dios el que va a tomar la iniciativa, creando en el hombre un corazón nuevo, un corazón puro, debido a la presencia de su Espíritu Santo. Es el espíritu de Dios el que va a combatir en el hombre la mala inclinación, el que va a procurar al hombre esa pureza sin la cual no puede presentarse ante Dios para verlo.

Es verdad que no hay que introducir demasiado rápidamente en la sexta bienaventuranza, adonde no lo llama nadie, este tema del corazón nuevo de Ezequiel o del salmo 51. La bienaventuranza se inspira en el salmo 24 y no en el 51. Está claro. La pureza del corazón en el salmo 24 no se considera como un don de Dios, sino como una exigencia de Dios. Y éste es el punto de vista que recoge Mateo. Pero era conveniente ver también el otro aspecto que nos ofrece una perspectiva complementaria a la que recoge Mateo.

## b. La pureza de corazón en el evangelio de Mateo

Fuera de las bienaventuranzas, hay otros dos lugares en los que Mateo nos habla de la pureza del corazón.

Un día, los fariseos reprochan a los discípulos de Jesús que se ponen a comer sin haber hecho antes las abluciones rituales (Mt 15, 1-20). Suprimir esas abluciones es exponerse casi fatalmente a contraer una impureza ritual. La respuesta de Jesús en Marcos es ambigua, casi equívoca: "*Nada que entra de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro es lo que mancha al hombre*" (Mc 7, 15). Mateo encuentra esta respuesta algo exagerada y la retoca: "*No mancha al hombre lo que entra por la boca; lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre*" (Mt 15, 11). Luego Jesús explica, según Marcos: "*Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre; porque de dentro, del corazón del hombre, salen*

*las malas ideas: inmoralidades, robos, homicidios* " (Mc 7, 20-21). Mateo sigue siendo más preciso: "*Lo que sale de la boca viene del corazón, y eso sí mancha al hombre. Porque del corazón salen las malas ideas: los homicidios...*" (Mt 15, 18-19). Así, pues, el corazón es el principio de la impureza por todos los malos pensamientos que origina. Pero también lo contrario puede ser verdad: el corazón de donde proceden las buenas intenciones y las buenas acciones será fuente de pureza para el hombre; él mismo será puro. El corazón no es una cosa inerte, sino lo que da origen a una conducta conforme con la voluntad de Dios. No hay justicia posible para el hombre, esto es, conformidad con la voluntad divina, más que a partir de la sumisión interior de un corazón puro a dicha voluntad.

El segundo texto de Mateo es un poco curioso: "*¡Fariseo ciego! ¡Limpia primero la copa por dentro, que así quedará limpia también por fuera!*" (Mt 23, 26) Pero si se aplica esta recomendación a los hombres, como nos invita a hacer el contexto, se encuentra una idea muy parecida a la del c. 15: la pureza del hombre depende exclusivamente del interior, es decir, del corazón. Si el corazón es puro, todas las acciones que inspire serán conformes con la justicia, con la voluntad de Dios.

*Así, pues, el corazón puro no es simplemente el que tiene buenas intenciones; es el corazón de donde proceden los actos buenos, de donde viene esa conducta de*

El amor alimenta la oración y la oración alimenta el amor. Interceder y dar gracias es permitir a la sangre del caliz que inunde el universo ' En todas las cosas haced eucaristía ', dice el apóstol Maravillaos de que Dios exista, descubriréis entonces que todo está vivo. La oración se hace existencia, existencia de aquel que deja de encerrarse dentro de sí mismo para abrirse a lo que es inmenso y sencillo. Los corazones limpios ven a Dios y los mansos heredan la tierra

— *Y los pobres de espíritu?*

Son los que han dejado de ver en su yo el centro del mundo —tanto si ese yo es individual como colectivo—, para verlo en Dios y en el prójimo. Se vacían de todo y en definitiva de sí mismos. Y reciben en cada instante su existencia de Dios, como un regalo

(O *Clement Dialogues avec le patriarche Athénagoras*, 182)

vida que permitirá presentarse delante de Dios, entrar en relación con él, sin que sea necesario además recurrir a prescripciones rituales.

## II. VER A DIOS

Por casi toda la biblia se expresa el convencimiento de que no se puede ver a Dios sin morir (por ejemplo: Ex 19, 21; 33, 20...). El que cree que ha visto a Dios se llena de terror ante la idea de que va a morir. Isaías exclama: *"¡Ay de mí, estoy perdido!... He visto con mis ojos al rey y señor de los ejércitos"* (Is 6, 5).

Pero también por casi toda la biblia se nos dice que los grandes santos del pasado vieron a Dios: Abrahán, Jacob (lo dice su nombre: "Israel" es "el que ve a Dios"), Moisés, Isaías... Y con frecuencia en los salmos el piadoso israelita expresa su ardiente deseo de ver a Dios. Es evidente que la expresión "ver a Dios" no siempre se entiende en el mismo sentido.

En el Nuevo Testamento, esta expresión parece resumir, en varios pasajes, toda la esperanza cristiana y señalar el fin supremo de la existencia del hombre: *"Cuando Jesús se manifieste y lo veamos como es, seremos como él"* (1 Jn 3, 2) *"Ahora vemos confusamente en un espejo, entonces veremos cara a cara"* (1 Cor 13, 12), y el Apocalipsis nos muestra a los elegidos, al final de los tiempos, ante el trono de Dios y del Cordero: *"Sus servidores le prestarán servicio, lo verán cara a cara"* (Apoc 22, 3-4)

Antes de volver a la bienaventuranza, intentemos señalar el sentido de la expresión "ver a Dios" en la biblia. Expresión profana al principio, utilizada en la corte real: "ver el rostro del rey", tomó un sentido litúrgico, luego se traspuso para indicar el fin de los tiempos (sentido escatológico), como en el caso de la bienaventuranza.

### 1. "Ver a Dios" en la biblia

Hay diversas formas de "ver". Pongamos un ejemplo fácil. Cuando uno vuelve de Roma, le preguntamos: *"¿Has visto al papa?"* Si se trata de un peregrino, la pregunta significa: *"¿Has visto al papa con ocasión de alguna ceremonia?"* Si se trata de un obispo, le preguntamos evidentemente: *"¿Le ha recibido el papa? ¿Ha hablado*

## VER A DIOS

San Pacomio que vivió en el siglo IV en Egipto es con san Antonio uno de los principales inventores del monaquismo cristiano. La regla que escribió inspiró ampliamente a los grandes fundadores occidentales.

Sucedio un día que Teodoro se dirigió a nuestro padre Pacomio derramando abundantes lágrimas todavía no habían pasado seis meses desde que entro en los hermanos. Nuestro padre Pacomio le dijo: *"¿Por qué lloras?"* En efecto, muchas veces se había admirado de verlo, a pesar de ser tan nuevo con este sentimiento de lágrimas. Teodoro le respondió: *"Padre deseo que tu me declares si veré a Dios si no, ¿de que me sirve haber venido a este mundo?"* Nuestro padre Pacomio le dijo: *"¿Deseas verlo en este mundo o en el mundo venidero?"* Teodoro le respondió: *"Deseo verlo en el mundo que dura eternamente."* Nuestro padre Pacomio le dijo: *"Apresurate a producir el fruto que describe el evangelio: Dichosos los que tienen el corazón limpio porque esos verán a Dios. Y si acude a tu espíritu un mal pensamiento bien sea de odio bien de malicia de celos de envidia de desprecio a tu hermano de vanagloria acuerdate inmediatamente y di si consiento en una de estas cosas no vere al Señor."*

Cuando Teodoro escucho estas palabras de labios de nuestro padre Pacomio se preparo a caminar en adelante con humildad y pureza, a fin de que el Señor colmase su deseo de verlo en el mundo inmutable.

usted con él?". La misma expresión tiene entonces dos sentidos diversos. "Ver a Dios" no significa necesariamente contemplarlo como un objeto en una vitrina; esta no es una perspectiva muy halagueña.<sup>1</sup>

Vamos a intentar señalar lo que esta bienaventuranza entiende por la expresión "ver a Dios". Pero las explicaciones más hermosas no bastarán para hacernos sentir la plenitud de la promesa que nos ha hecho, si esa promesa no responde a una experiencia vivida; no basta con preguntarse qué es lo que aquí significa ver; es preciso que

<sup>1</sup> Recordamos la historia de aquel jesuita que intentaba consolar a una mujer con que se encontró en el metro sollozando por haber perdido a su hijo. Intenta explicarle que su hijo ahora ve a Dios lo contempla. Y la pobre mujer dejando un momento de suspirar le dice: *"¿Le parece ésa una buena ocupación para un mozo de 20 años?"*

esta explicación nos ayude a unirlo con otras experiencias que ya hemos tenido.

### a. Un lenguaje cortesano

"Ver al rey" o "ver el rostro del rey" es una expresión utilizada en el próximo oriente. El libro de los Reyes nos dice que, entre los personajes de Jerusalén deportados a Babilonia por Nabucodonosor, habla "*cinco hombres que ven el rostro del rey*" (2 Re 25, 19). Jeremías nos habla de ellos como de siete personajes "*que ven el rostro del rey*" (Jer 52, 25). Esta cifra de siete corresponde al número de dignatarios de la corte de Persia de que nos habla el libro de Ester (1, 14). En la corte del rey Asuero, había también siete grandes personajes "*que ven el rostro del rey*". Se comprende que se trata de altos dignatarios que tienen acceso al rey, sus colaboradores inmediatos, los miembros de su consejo. "Ver al rey" no es evidentemente verlo en una ceremonia, sino formar parte de su séquito inmediato, tener constantemente acceso a su lado, estar en relación directa y habitual con él.

El rey de Persia llevaba el título de "rey de reyes". Como su corte estaba organizada con siete consejeros, no se podía imaginar que la corte del verdadero rey de reyes, o sea, la corte de Dios, pudiera estar menos organizada. No sería conveniente. Se imaginan entonces que en la corte celestial hay también siete altos dignatarios que ven el rostro de Dios, que tienen acceso directo a su presencia. Cuando Rafael revela su identidad a Tobías, le dice: "*Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están al servicio de Dios y tienen acceso ante el señor de la gloria*" (Tob 12, 15). La expresión es un poco distinta; se reconoce en ella la sensibilidad del judaísmo tardío que evita, por respeto, hacer a Dios demasiado cercano. El apocalipsis nos hablará igualmente de "*siete ángeles que están delante de Dios*" (Apoc 8, 2). En los libros apócrifos y en los textos de Qumrán aparecen con frecuencia esos siete personajes a los que se llama "los ángeles del rostro".

El servicio de estos ángeles que ven a Dios, que sirven ante su rostro, se convierte fácilmente en un servicio de tipo sacerdotal: desempeñan un oficio litúrgico, un oficio de mediadores entre Dios y los que no tienen el privilegio de tener acceso directamente a Dios. Le presentan, por ejemplo, las oraciones que se dicen en la tierra.

Del lenguaje cortesano, real, profano, hemos pasado ya al lenguaje litúrgico.

### b. Un lenguaje litúrgico

Aquí chocamos con una dificultad. Los textos bíblicos antiguos hablaban de buena gana de "ver a Dios"; el judaísmo más reciente tiende a eliminar esta expresión. Muchas veces se contentan con un pequeño retoque: en vez de "ver a Dios", dicen "ser visto por Dios". Así evitan, por respeto, convertir a Dios en objeto de un acto humano. Esto está bastante claro en las prescripciones relativas a la obligación de todos los israelitas varones de subir a Jerusalén en las tres fiestas de peregrinación: tenían que "*ir a ver el rostro de Dios*", como indica el Deuteronomio (31, 11); pero otros textos emplean la voz pasiva: "*serán vistos ante el rostro de Dios*" (Ex 23, 17; 34, 23; Dt 16, 16; Ex 34, 24).

En el salmo 42 hay cierto número de manuscritos que emplean todavía la voz activa: "*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?*"; pero otros escriben: "*¿Cuándo seré visto ante el rostro de Dios?*".

Así, pues, "ver el rostro de Dios" es presentarse ante Dios en su templo, participar en el culto que se le rinde, esa felicidad que echa de menos Ezequías cuando se entera, por boca de Isaías, de que va a morir: "*Ya no veré más al Señor en la tierra de los vivos*" (Is 38, 11). Este vocabulario es frecuente en los salmos: "*El Señor es justo y ama la justicia: los honrados verán su rostro*" (Sal 11, 7); "*Yo, por mi rectitud, veré tu rostro; al despertar me saciaré de tu semblante*" (Sal 16, 15); "*¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria!*" (Sal 63, 3). Y es esto lo que quiere decir el salmo 24 cuando se pregunta: "*¿Quién puede subir al monte del Señor?, ¿quién puede estar en el recinto sacro?*", y responde: "*El de manos inocentes y puro corazón*".

No concluyamos demasiado pronto que la sexta bienaventuranza promete a los corazones puros que serán admitidos a participar de las ceremonias del templo. Como todas las demás promesas de las bienaventuranzas, la de ver a Dios atañe a una felicidad de la que se gozará cuando el reino de Dios haya quedado plenamente establecido al final de los tiempos. En efecto, es este sentido escatológico el que ha tomado la expresión "ver a Dios".

### c. Al final de los tiempos

La promesa de la bienaventuranza traslada la visión litúrgica (ver a Dios en su templo) al final de los tiempos, cuando se inaugure el mundo nuevo. Esta misma trasposición se encuentra en dos hermosos textos del Nuevo Testamento.

Escribe el Apocalipsis: *“En la ciudad (la nueva Jerusalén) estará el trono de Dios y del Cordero, y sus servidores le prestarán servicio, lo verán cara a cara y llevarán su nombre en la frente”* (Apoc 22, 3-4). Estamos aquí en el mundo nuevo ya inaugurado; los servidores de Dios le rinden culto, ven su rostro, son admitidos en su presencia, concretamente para rendirle un culto. Aquí ya no hay templo (no lo hay en la Jerusalén celestial: Apoc 21, 22); Dios mismo es el templo.

El autor de la carta a los hebreos escribe por su parte: *“Esmeraos en tener paz con todos (pacíficos) y en vivir consagrados, sin lo cual nadie verá al Señor”* (Heb 12, 14). Es interesante relacionar este texto con Heb 9, 14; sólo los que han sido consagrados, o sea, purificados interiormente, pueden rendir culto a Dios vivo. Según Heb 12, 14, es la santidad lo que les permite ver al Señor.

Notamos, pues, en qué sentido tan denso y rico en matices se emplea la palabra “ver”. No se trata sólo de mirar, sino de ser admitido ante Dios para rendirle culto en el santuario celestial; es ser llamado a su presencia para gozar de su intimidad, para hacer alguna cosa, para un servicio activo que sigue siendo de tipo litúrgico.

## 2. “Verán a Dios”

Ya sabemos bastante para poder volver a nuestra bienaventuranza y comprender mejor lo que nos dice y lo que supone.

¿Qué es lo que dice? Como todas las demás bienaventuranzas, ésta promete una felicidad que se realizará en el mundo venidero. Y esta esperanza transfigura ya el presente: abre el presente hacia un porvenir maravilloso.

Nos promete que vamos a ver a Dios, no solamente contemplándolo como si fuera un objeto o un espectáculo, sino teniendo acceso a él. Seremos admitidos en el

círculo inmediato de sus servidores gozando de su familiaridad y para hacer alguna cosa en su servicio. Si se tiene el privilegio de tener acceso a Dios, es para servirle activamente, para rendirle culto y entrar de esta forma en relación personal con él, expresando lo que se siente, haciéndose escuchar por él, entrando en diálogo con él. Todo eso es “ver a Dios”. Y en función de esa admisión en la intimidad de Dios es como adquiere su verdadero sentido la pureza de corazón. Para ser admitido a ver a Dios en este sentido tan denso y tan rico, es preciso tener un corazón puro.

Esto es lo que promete esta bienaventuranza. Pero no resulta realmente inteligible, no puede decirnos absolutamente nada, si no tenemos ya cierta experiencia de lo que puede ser esa felicidad prometida. Si no, se queda en una mera abstracción.

Entre los primeros oyentes de las bienaventuranzas, éstas apelaban ciertamente a la felicidad que sentían al participar en las ceremonias del culto en el templo de Jerusalén, esa felicidad que encuentra tantas veces eco en los salmos. A nosotros nos cuesta darnos perfectamente cuenta de lo que podía tener de jubiloso, para los israelitas, participar en el culto. Pensemos por ejemplo en *el entusiasmo de Ben Sira, cuando nos describe las ceremonias presididas por el sumo sacerdote Onías* (Eclo 50, 5-21).

Esta bienaventuranza puede hacernos vibrar también a nosotros, en la medida en que conozcamos una experiencia análoga, la dicha de celebrar juntos el culto de Dios, sin excluir, por otra parte, la de entrar en relación con Dios en la humilde oración en secreto. Gracias a la experiencia de la oración, y de la oración junto con los demás, es como podemos iniciarnos en esta visión de Dios que habrá de ser el privilegio de los elegidos en el mundo venidero. La dicha que nos promete esta bienaventuranza no puede ser exclusivamente futura, sin arraigo en nuestra vida presente. La pureza de corazón que nos pide está orientada hacia una felicidad venidera, pero tiene que permitirnos conocer, ya ahora, cierta anticipación de esa dicha y suscitar de este modo en nosotros el deseo y la esperanza de esta visión de Dios. La pureza de corazón tiene que permitirnos conocer, ya desde ahora, una experiencia de la intimidad con Dios, experiencia que hace posible la esperanza, una esperanza viva, gozosa, de la dicha de ver a Dios en su reino.

# EL MENSAJE DE LAS BIENAVENTURANZAS

Nuestra investigación partió de un hecho que se impone a la vista: las bienaventuranzas de Jesús nos han llegado, a través de Mateo y de Lucas, bajo dos formas notablemente distintas. Sin embargo, hay un fondo común a las dos versiones y tienen la misma función: sirven de exordio a un discurso-programa que presenta también un fondo común y unas divergencias considerables.<sup>1</sup>

## I. LAS BIENAVENTURANZAS ANTES DE LOS EVANGELIOS

Nuestra atención se dirigió ante todo al fondo común. Tenía que permitírnos remontar, por encima de las redacciones definitivas, lo más cerca posible del punto de partida que tendría como final estos dos textos.

### 1. "Dichosos los pobres..."

*porque Dios viene a instaurar su reino, que restablecerá la justicia y dará la dicha a los que están privados de ella, cristianos o no cristianos.*

Era cosa fácil en lo que se refiere a las tres primeras bienaventuranzas: la de los pobres, los afligidos y los hambrientos. Situadas en el contexto histórico del ministerio de Jesús, se presentan como una expresión de su mensaje central: "¡El reino de Dios está cerca!". Para darse cuenta del significado que trae consigo esta buena noticia, hay que recordar las resonancias que la ideología real tradicional suscitaba en la esperanza del reino de Dios. Dios, como rey justo y misericordioso, tiene que hacer triunfar el derecho de los desgraciados y de los oprimidos. Así, pues, la llegada próxima del reino de Dios se presenta como una buena noticia, especialmente para los que, en la situación actual, son los más desafortunados.

---

<sup>1</sup> Reproducimos aquí con la benévola autorización de M. Gabalda la conclusión general del tomo III de las *Béatitudes* 669-672

*Las bienaventuranzas nos dicen quién es DIOS:  
no es neutral; está del lado de los pobres*

Esta buena noticia anunciada a los pobres adquiere así su verdadero sentido en función de un presupuesto *teológico*. Está en juego cierta concepción de Dios y de su reino. Es verdad que Dios es el creador de todos los hombres. Ricos y pobres, poderosos y débiles, opresores y oprimidos, todos son hijos suyos. Pero Dios no es neutral. Plenamente de acuerdo con su misericordia compasiva, su justicia "real" toma partido en favor de los pequeños, de los humildes, de los oprimidos. En su reino, los pobres serán necesariamente unos privilegiados, y esto en virtud de la manera con que pretende ejercer su poder real. Dios no tiene más remedio que proteger y defender a los que no son capaces de defenderse por sí mismos; es inútil prestarles unas virtudes que justifiquen la predilección con que Dios los ama. Es en Dios donde está su justificación.

*Las bienaventuranzas nos dicen  
cuál es el papel de JESUS:  
por él es como Dios inaugura su reino*

La buena noticia anunciada a los pobres tiene al mismo tiempo un sentido *crisológico*. Ilumina el sentido que Jesús atribuye a su misión en la tierra: primer acto de la intervención de Dios con vistas a la llegada de su reino. La venida de Jesús entre los hombres atestigua la decisión que ha tomado Dios; constituye ya una primera fase del reino, una primera forma de su presencia: "Si yo echo los demonios con el espíritu de Dios, señal de que el reino de Dios os ha dado alcance" (Mt 12, 28). El valor de signo que tiene el ministerio de Jesús se manifiesta ciertamente en su predicación, pero ante todo y sobre todo en su comportamiento con los desheredados de la sociedad palestina de su época: los pobres, desde luego, pero también los débiles y los enfermos, los ignorantes y los pecadores. En Jesús, Dios muestra a los hombres con qué espíritu desea ejercer su realeza.

## 2. "Perseguidos por causa de Cristo"

*Se promete la dicha a los creyentes,  
a la comunidad cristiana,  
en la medida en que se unen  
a la acción de Cristo*

El presupuesto *crisológico* de las bienaventuranzas no podía dejar de llamar la atención de los primeros cristianos. Lo que estaba implícito tendía necesariamente a explicitarse. La bienaventuranza de los perseguidos atestigua esta evolución: las víctimas de la persecución son llamadas dichosas, no ya simplemente en virtud de sus sufrimientos que piden la intervención de la justicia divina, sino de una manera más concreta porque sufren por causa de Cristo: "por causa mía" (Mt 5, 11), "por causa de este hombre" (Lc 6, 22). Introducidas en algunos otros lugares de los evangelios, las precisiones de este tipo traducen la toma de conciencia de los creyentes, que captan cada vez con mayor claridad el papel de Cristo en la realización de la salvación. Pablo lo explicitará más todavía haciendo de la participación en los sufrimientos de Cristo la prenda de la participación en la gloria de su resurrección. El motivo por el que se sufre adquiere entonces una importancia esencial. Los sufrimientos padecidos por causa de Cristo refuerzan el vínculo de solidaridad que une a los creyentes con aquél de quien esperan la salvación.

## II. LAS BIENAVENTURANZAS DE LUCAS

*Las dos series de bienaventuranzas  
se dirigen ahora a los creyentes  
que son pobres. Su situación de miseria es normal:  
es el resultado de su fidelidad a Jesús.  
Pero cuando mueran, Dios restablecerá la situación*

La versión de Lucas reinterpreta el conjunto de las bienaventuranzas en la perspectiva de esta precisión *crisológica*. La última bienaventuranza no es ya la única que concentra su mirada en los cristianos que son víctimas de malos tratos por parte de los hombres; las primeras bienaventuranzas no hablan ya de los pobres en general, sino que se dirigen expresamente a los cristianos ("vosotros") que son pobres, que pasan hambre, que lloran. Se les quiere ayudar, animar, consolar en la condición tan penosa en que se encuentran actualmente.

Sus sufrimientos encontrarán una maravillosa compensación en la suerte que les aguarda, no solamente en la parusía que podría muy bien retrasarse, sino en el momento en que dejen la vida presente. Que no tengan envidia de los dichosos de hoy, cuya dicha se trocará pronto en desventura. Los creyentes son ahora los más



dignos de lástima, pero la esperanza que han puesto en Cristo (cf. 1 Cor 15, 19) los hace verdaderamente "dichosos".

### III. LAS BIENAVENTURANZAS DE MATEO

*Las bienaventuranzas se dirigen a todos los hombres, cristianos o no cristianos, que practican la "justicia"*

La versión de Mateo se sitúa en una perspectiva totalmente distinta. Su inspiración pastoral lo lleva directamente a las consecuencias que las bienaventuranzas tienen que tener en la vida cristiana. Poco importan aquí las condiciones de la existencia; sólo cuenta la fidelidad a las exigencias de la "justicia" superior anunciada por el evangelio. Poco importa incluso el hecho de llamarse cristiano y de pertenecer a la iglesia: "No basta decirme: ¡Señor, Señor! para entrar en el reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo" (Mt 7, 21). Así, pues, las bienaventuranzas conservan el aspecto general que tenían en su origen; su enseñanza es válida para cualquier hombre, para el cristiano lo mismo que para los demás. Es verdad que la última sólo se les puede aplicar a los cristianos; pero una doble puntualización evita toda interpretación abusiva: de nada serviría sufrir persecución por causa de Cristo, si esa persecución no se padeciera "por la justicia" (5, 10) y si las acusaciones que la provocan no fueran "falsas" (5, 11).

*No se habla ya de pobreza material, sino de disposiciones del corazón*

La pobreza como tal no constituye un título de admisión para el reino, sino sólo el hecho de ser "pobre de espíritu" y "no violento" (5, 3-4). El hambre física no goza de ningún privilegio; para agradar a Dios, hay que mostrarse "hambriento y sediento de justicia" (v. 6), de

esa justicia que, más exigente que la de los escribas y fariseos (v. 20), equivale a la "perfección" misma (v. 48). Nuevas exigencias completan el retrato del candidato al reino: se le pide pureza de corazón (v. 8), y sobre todo la práctica de la caridad, en el perdón y el ejercicio de las obras de misericordia (v. 7), en su preocupación por buscar la paz y la concordia entre los hombres (v. 9). Desde el principio hasta el final de esta lista, la entrada del reino se ve ligada, no ya a unas condiciones económicas o sociales, sino a las disposiciones de espíritu, de donde procede la conducta conforme con el ideal de la "justicia" evangélica.

Hay ciertamente algunas diferencias entre el manifiesto mesiánico que eran en su origen las bienaventuranzas y el programa de vida que se deduce del primer evangelio. No creemos que se pueda criticar a Mateo por haber atribuido a las palabras de Jesús el valor de normas para la vida cristiana. Es verdad que su interpretación no agota todo el alcance de la buena noticia proclamada por Jesús, pero, si es cierto que esa buena noticia tiene que transformar la existencia de quienes la reciben, las consecuencias y las aplicaciones que acentúa el evangelista explicitan de forma maravillosa la naturaleza de la transformación sin la que no podría existir un auténtico discípulo de Jesús.

*Estas disposiciones de corazón encuentran su fuente en Jesús*

Por tanto, sería inexacto decir que, en Mateo, las bienaventuranzas no tienen ya un significado cristológico. Hemos subrayado bastante, sobre todo a propósito de los mansos y de los misericordiosos, la armonía profunda del programa de vida de las bienaventuranzas con los rasgos del comportamiento de Jesús sobre los que Mateo se complace en llamar la atención. Las exigencias que las bienaventuranzas presentan a los discípulos son en el fondo las que se desprenden de la vida y del ejemplo de su maestro, "manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29).

# Una llamada a la felicidad. Una religión de esperanza

Más que portadoras de un mensaje teológico y cristológico, más que una enseñanza que pide una transformación de nuestra manera de pensar y de obrar, las bienaventuranzas son ante todo una proclamación de felicidad. Conviene que no lo olvidemos.

Proclamación de felicidad, y no solamente promesa de felicidad. Las bienaventuranzas declaran dichosas a las personas referidas. Los pobres, o los pobres de espíritu, *son* dichosos; lo son efectivamente en el momento en que se les llama así. Lo que pasa es que tienen que tomar conciencia de ello. Las bienaventuranzas no son una promesa ni un deseo, sino una fórmula de felicitación.

Sin embargo, es evidente que la dicha que se proclama en el primer miembro de cada bienaventuranza no se

comprende sin la promesa enunciada en el segundo. Considerada en sí misma, la situación presente de los pobres no puede llamarse dichosa. Sólo aparece como tal si se la considera en la relación que la une al porvenir. La pobreza de los pobres, o la humildad de los pobres de espíritu, es portadora de futuro, prenda de una felicidad venidera. Por eso puede ser llamada dichosa.

Apoiada en una promesa, la religión de las bienaventuranzas no puede ser más que una religión de esperanza, pero el arraigo de la promesa en una situación actual *preserva a esa esperanza de la tentación de evadirse fuera* de la realidad. El presente saca su sentido del porvenir, cuya promesa trae. Los apuros y las exigencias del presente son precisamente la fuente de donde brota la gozosa esperanza que transfigura la existencia del creyente.

# PARA CONTINUAR EL ESTUDIO...

J. Dupont, **Les Béatitudes**, t. I. **Le problème littéraire**; t. II, **La Bonne Nouvelle**; t. III, **Les évangélistes**. Gabalda, París 1969-1973, 388, 426 y 744 p

Una obra fundamental, que constituye una autoridad. Quizás asuste su volumen, pero de hecho se lee muy fácilmente, ya que el aspecto técnico ha pasado a las notas. Siempre será interesante volver sobre ella para completar este cuaderno; éste, a su vez, al señalar sus líneas maestras, permitirá una consulta fácil de aquélla.

El mismo J. Dupont ha escrito varios artículos sobre este tema; entre otros pueden leerse:

- **L'interprétation des béatitudes**: Cahiers bibliques, n° 4, de la revista Foi et Vie (1966) 17-39.
- **Les pauvres et la pauvreté dans les Évangiles et les Actes**, en *La pauvreté évangélique*. Cerf, París 1971, 37-63.
- **Introduction aux Béatitudes**: Nouvelle Revue Théologique (febrero 1976) 97-108.

P. A. Giguere - J. Martucci - A. Myre, **Cri de Dieu - Espoir des pauvres**. Ed. Paulines et Apostolat des Editions, Toulouse 1977, 136 p.

Este libro está escrito por los animadores de la Sociedad católica de la biblia, equivalente canadiense de «Évangile et Vie». Los autores se apoyan en los estudios de J. Dupont; por tanto, se encontrará en esta obra una interpretación fundamentalmente idéntica a la de este cuaderno.

El primer capítulo presenta la situación socio-económica de Israel. El segundo desarrolla la idea de que, en el Antiguo Testamento, la ley es el derecho de los pobres, los profetas son la voz de los pobres, y los otros escritos son el gozo de los pobres (véase el cuadro de la página 9 de este cuaderno, en donde citamos su introducción y su conclusión). El último capítulo estudia las bienaventuranzas en sí mismas y acaba con

unas cuantas páginas muy bellas sobre lo que podría significar hoy ser «una iglesia para los pobres».

Un libro que se lee con gusto, excelente en todos los aspectos

P - E Jacquemin, **Les béatitudes selon saint Luc**: Assemblées du Seigneur 37 (1971) 80-91.

Id., **Les béatitudes selon saint Matthieu**: Assemblées du Seigneur 66 (1973) 50-63.

S Legasse, **Les pauvres en esprit** (Col. Lectio Divina n° 78). Cerf. París 1974, 128 p.

Finalmente —séanos permitido hacerlo por una vez—, aconsejariamos dos libros de un género muy distinto:

- Un testimonio. J Bouchaud, **El fuego**. Sígueme. Salamanca 1977.

Un librito muy sencillo, pero terriblemente apasionante, donde se descubre a un pueblo, a unos militantes, a ciertos conocidos como Helder Cámara que, sin frases, viven la difícil condición del cristianismo tal como nos la presenta Lucas.

- L Farago, **Mademoiselle Marguerite**. Cerf, París 1977, 240 p.

Una novela de amor que nació del encuentro del autor, colaborador de la «Agence Presse France», con mademoiselle Marguerite, una anciana vendedora de periódicos de 83 años. Durante aquellas breves conversaciones que tuvieron desayunando juntos en la mesa de un bar, ella cuenta las escenas del evangelio como solamente un pobre (en el sentido de Mateo) puede hacer. No se trata de exégesis, el biblista seguramente no firmaría todas sus interpretaciones, pero al escucharla entran ganas de cerrar la boca de los sabios y de pedir a Dios que nos introduzca, con el mismo frescor, en la fuente misma de las bienaventuranzas.

# CONTENIDO

Desde siempre se ha considerado a las bienaventuranzas como el corazón mismo del mensaje cristiano. Pero a veces se les ha hecho decir lo que ellas no quieren decir; por ejemplo, espiritualizándolas demasiado o utilizándolas para mantener un orden social injusto, a pesar de que son, ante todo, un grito revolucionario.

Jacques Dupont, monje benedictino belga, las ha estudiado en una obra monumental (¡1.558 páginas!), que constituye una autoridad en todo el mundo. Son las líneas maestras de esta exposición las que aquí nos presenta, ofreciéndonos al mismo tiempo un ejemplo interesante de estudio de los textos evangélicos.

## **DICHOSOS ... ¿QUE CLASE DE DICHA? 7**

La buena noticia que proclama Jesús es una llamada a la dicha

## **LAS BIENAVENTURANZAS ANTES DE LOS EVANGELIOS 10**

Las bienaventuranzas de Mateo y las de Lucas no hablan de lo mismo. A través de ellas, apoyándose en la práctica de Jesús y en los anuncios de los profetas, se puede encontrar el sentido de la predicación de Jesús.

- Las primeras bienaventuranzas nos hablan de Dios: «¡Dichosos los pobres porque Dios es un rey justo y está cansado de veros sufrir! En adelante, ya no seréis pobres, porque Dios viene a establecer su reino»...

- La última bienaventuranza dirigida a los «perseguidos por causa de Cristo» habla sobre todo de Jesús. Se promete la dicha a los cristianos unidos a Jesús.

## **LAS BIENAVENTURANZAS SEGUN LUCAS 24**

Lucas dirige las bienaventuranzas a los cristianos: son pobres. Esta situación es normal, porque es el resultado de su fidelidad a Jesús. Pero, cuando mueran, Dios les dará la dicha.

## **LAS BIENAVENTURANZAS SEGUN MATEO 38**

Mateo dirige las bienaventuranzas a todo aquel que practica la «justicia». No se trata aquí de la pobreza material, sino de las disposiciones del corazón que encuentran su fuente en Jesús.

- Dichosos los que eligen ser pobres y los no violentos.
- Dichosos los que prestan ayuda y los que trabajan por la paz.
- Dichosos los limpios de corazón: éstos van a ver a Dios.

## **CONCLUSION. EL MENSAJE DE LAS BIENAVENTURANZAS 59**

Sinopsis de las bienaventuranzas y cuestionario para su estudio 32  
Para continuar el estudio...